

BNPHU
PD-RV
RD864.4
H519et
v.1

FED. HENBIQUEZ I CARVAJAL.

ETICA I ESTETICA


1.

— PAGINAS BREVES —



Imp. J. R. Vda. Garola, Sucesores.
SANTO DOMINGO, R. D.
1929



 **Biblioteca
Nacional**
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS



F. Henriquez y Carvajal

COLECCION



FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL.

ETICA I ESTETICA

1.

— PAGINAS BREVES —



Imp. J. R. Vda. García, Sucesores.
SANTO DOMINGO, R. D.
1929

7864-8
LD
2018
leg

BNP
PD-RU
RD 864.4
H519et
V.1



SET. 1 6 1978

LINEAS.

ETICA I ESTETICA, a modo de una doble síntesis harto expresiva, es el título que luce al frente esta nueva edición de algunas páginas en prosa escritas por el Maestro en una larga serie de años.

Ellos forman dos libros, en sendos volúmenes, cada uno con su respectivo subtítulo. El subtítulo responde al contenido de cada volumen. Páginas breves son las que integran el primero. Las del segundo se refieren a las lecturas hechas por el Maestro, en un lapso de ocho lustros, i a sus diversos puntos de vista en relación con el alma que vibra en cada libro leído por él con interés mental o con emoción estética. Almas i libros es la frase sustantiva que le sirve de epígrafe.

Ambos volúmenes —a guisa de credenciales de honor i de afecto— lucen también algunas páginas cordiales, evocadoras de nobles efusiones de cariño fraternal o de filial ternura, que acrecen el valor que tenga o se le atribuya al contenido de uno i otro libro.

Bajo los auspicios de esas páginas cordiales ha puesto el autor los dos volúmenes de **Etica i Estética**.

LOS EDITORES.

Reg. No. 003208

2012/08/14

BNP
PD-W
20864.4
H519.4
v.1



PAGINAS CORDIALES.

RELATIONSHIP BETWEEN



EL CENTENARIO COLOMBINO EN LA PRIMADA.

Las fiestas del Descubrimiento no han sido en Santo Domingo cosa vana, ni mera cortesía entre gobiernos establecidos, ni ocasión de pedigüña candidatura al honor nimio envenenado de un asiento provincial en la Academia Española, ni caso propicio a los de alma arcaica para mostrar, con el apego a la ensangrentada conquista, el desamor de todo lo propio y nuevo. Por otras partes de América han sido eso las fiestas del Descubridor; pero en Santo Domingo, la tierra amada de Cristóbal Colón; la tierra de más recuerdos y mayor nobleza indígena de aquellos tiempos en que se ensanchó el mundo; la tierra que el ambicioso italiano descubrió con gloria y abandonó con grillos; la tierra donde, acaso, en su arquilla de plomo, revuelto el polvo con los huesos, está lo que queda del cuerpo macizo e inquieto del Almirante, las fiestas han sido como filial tributo i como un renacimiento nacional.

La misma Academia, que en otras partes no es más que agencia hábil de España en América para defender sus miserables posesiones, las Antillas que arruina i corrompe, —no es en Santo Domingo, donde jamás se apaga el alma de Enriquillo, más que como la tradición castiza del país i la única expansión segura del amor al arte en los tiempos revueltos que, en las ansias de la ordenación, atraviesa aun la patria de Juan Pablo Duarte. ¡Con nueve jóvenes de "alma generosa y aspiración nobilísima," juró Duarte, i realizó la fundación de la república!

Pintorescas y memorables fueron las fiestas del Centenario Colombino-Americano en Santo Domingo, y no fué en ellas sólo de notar la alabanza, a menudo hueca, de lo pasado, árbol seco donde van colgando la hinchazón i la vanidad sus púrpuras chillonas, sino la historia, en sobria literatura, de la mente i el patriotismo del país; y la prueba de la capacidad grande i aspiración enfrenada de sus hijos.

VIII

No sin objeto habla PATRIA hoy de aquellas fiestas, sino por gratitud, puesto que como recuerdos del Centenario se han elegido dos composiciones, de la magnífica poetisa una, de Salomé Ureña, compañera del pensador Francisco Henríquez y Carvajal; y de Fed. Henríquez y Carvajal la otra dedicada, con hondo pensamiento, a tres antillanos que no descansan en la obra de contribuir al rescate, equilibrio y bienestar de nuestra América: a Betances, a Hostos y a Martí.

Federico Henríquez y Carvajal, autor de la poesía así laudada, es hombre que se duele de toda injusticia, y ayuda a toda empresa de libertad, y busca por sobre mares y montañas el mérito americano, y enlaza a nuestros pueblos con las letras amigas, y suaves, y los ama con pasión. PATRIA es su casa, como la de todo buen dominicano, como la de todo americano bueno; y hoy publica, porque es de justicia, las bellas décimas: Tierra!

José Martí.

New York. 1893.

EL TESTAMENTO DE MARTÍ.

Este es el nombre con que es conocido, en las Antillas y en Costafirme, el documento que publicamos en homenaje a la memoria de Martí.

Cuando éste se disponía a salir con Máximo Gómez de La Reforma, próxima a Montecristi, en la República Dominicana, con dirección a los campos de Cuba libre, en donde habían de tener, él la fortuna de perecer, y los cubanos la desgracia de que pereciera él, a manos de la alevosía, Martí contestó a la última carta que había recibido de Federico Henríquez y Carvajal.

Este Federico Henríquez y Carvajal, inaigne amigo de Martí, de Betances, de Cuba, de Puerto Rico, de la Independencia, de la Libertad, de la Cultura y del Progreso, es uno de los mejores periodistas de la América latina. Su *Letras y Ciencias* es una revista digna de ser tan estimada como lo es. En ella se han publicado composiciones tan hermosas como las décimas dedicadas por Henríquez y Carvajal a Betances, Hostos y Martí, con motivo del Centenario de Colón, y en ella se ha publicado no ha mucho el Testamento de Martí.

Este documento, que sin duda figurará entre los de la Historia de la Independencia de Cuba, tiene tres cosas superiormente notables: las ideas, los sentimientos, y cierta difusa sombra de muerte que vaga y divaga por todo él.

En ella pensaba al escribirla el dispuesto a todo sacrificio. Consumado el sacrificio, es natural que la sombra de la muerte, así por deber provocada y arrostrada, divague ante los ojos del que lee esa carta.

Notabilísima también es ella por las ideas. No son ideas de Martí, sino de la Revolución; y especialmente de los revolucionarios puerto-riqueños, que, en cien discursos y mil escritos e innumerables actos de abnegación, han predicado, razonado y apostolado en favor de la Confederación de las Antillas; pero

esas ideas de comunidad de vida, de porvenir y de civilización para las Antillas, están expresadas con tan íntima buena fé por el último Apóstol de la Revolución de las Antillas, que toman nuevo realce.

Pero lo en que más brilla la carta son los sentimientos que resplandecen en ella.

Bien hizo Henríquez i Carvajal, en apellidar TESTAMENTO a esa carta, porque en ella habla un alma, más que un hombre, como las almas hablan, al separarse del mundo de los hombres.

E. M. de Hostos.

Santiago de Chile, 1895.

VIAJANDO CON EL MAESTRO.

Cuando lo ví en la Habana, en una tarde silenciosa, me reconoció al instante. El Maestro me pareció bastante envejecido, que no en balde habían pasado por aquella alma noble y viril y aquel espíritu puro, tormentas desastrosas que hubieran aniquilado un carácter menos fuerte y agotado la fé de un corazón más débil en los grandes empeños.

Luego cupo a mi suerte y para deleite espiritual, ir en viaje con el Maestro, acompañado igualmente por Tulio M. Cestero, hasta la ciudad de Washington, D. C. Fué entonces cuando Maestro y discípulo vimos de nuevo aquellos días de la ciudad primada. Recordamos a la gentil Santo Domingo de Guzmán con su Torre del Homenaje, su Palacio de Colón, su Catedral vetusta e histórica.

De aquella peregrinación del ilustre constructor queda en mí la visión todavía.

—“Recuerda usted, Maestro, aquellas mañanas soleadas y alogres de la Escuela Normal?”

Y el Maestro sonríe, con sonrisa apenas perceptible, pero, tornando la vista hacia la hija gentil que le acompaña, exclama entre regocijado y satisfecho:

—“Uno de mis discípulos. Escritor y diplomático...”

Y la expresión tiene la consagración amable de una sonrisa de su hija Luz, bella y gentil rama milagrosa de aquel tronco procer, y, como él, consagrada en las lides del saber.

—“Allí me orienté yo, Maestro, en la vida del hombre. Fué el período de transición de mi existencia. Las sacudidas de la revolución cubana tuvieron eco en mi corazón de muchacho co-

legial, porque allí, en aquella Escuela Normal, supo usted inspirar amor a la verdadera libertad y al culto de la justicia. Quedó usted allí, con aquel inmenso espíritu procer de Martí, infundiendo esperanzas....."

Y don Federico sonrió levemente, melancólicamente, acaso volviendo con el recuerdo anheloso a la belleza y a la dulce realidad de aquel apostolado magnífico.

"Por eso, por lo que usted supo darme de la rica savia de su robusto tronco intelectual, le amé siempre. Y por ende a la ciudad primada, retratada eternamente en mi retina, y a Quisqueya...."

Y él suspira en un suspiro largo:

"Quisqueya....."

"No es hoy la misma. Verdad que entonces vivía su vida bajo la tiranía odiosa de Ulises Heureaux; pero hoy vive la existencia misera, gimiendo sus penas bajo la bota ruda de los nuevos conquistadores. Quisqueya gentil, que fué gloriosa bajo la trilogía de Duarte, Sánchez y Mella. Aquella Quisqueya que en cada 27 de Febrero evocaba, estrepitosamente, el recuerdo de sus tres héroes gloriosos y a quienes jamás olvidó en sus cultos el Maestro, apóstol virtuoso en la religión del patriotismo."

Y me parece que el recuerdo de la Isla gentil lleva a su corazón adolorido una piadosa consolanza, porque va en viaje con el impulso de pedir justicia, sólo justicia, con la gracia de su palabra noble y cariciosa. Porque hay que saberlo: el Maestro es siempre dulce y afable. De las fuentes de su credo patriótico, hablando de la tierra triste y castigada, fluyen las palabras anhelosas, con un íntimo sentimiento de ternura y de belleza recóndita. Santo Domingo fué la cuna hospitalaria de los que allí aprendimos en la dura lección del exilio a valorizar la patria añorando la lejana casa solariega.

Corre el tren de la Florida East Coast, devorando millas en la llanura, cenicienta a trechos, bordada de verdores y vallecitos umbrios luego, campo de pastos extensos en que las vacas parecen puntos blancos en la lejanía.....

—“Cabe siempre dentro de la justicia de toda causa, Maestro, una esperanza. Sabe usted que yo he de contribuir a la restauración de la libertad en nuestra Santo Domingo inolvidable. Yo también he de poner mi grano de arena. Yo he de ir a la prensa en pos de apoyo y justicia. Yo he de escribir....”

Y el Maestro me mira con una mirada llena de agradecimiento, de ternura conmovedora. Apoyo, justicia, libertad, eso es lo que piden los dominicanos de limpio corazón y de buena voluntad y exentos, como este patricio insigne, de ambiciones locas. El es un ejemplo de amor a la Patria; le asalta la visión de la trinidad gloriosa de las tres Islas Antillanas, en las figuras de Duarte, Martí y Hostos. El lleva palpitante el ideal antiguo y excelso, el anhelo instintivo de la libertad bien comprendida, sin revoluciones asesinas, como enseñara don Eugenio M. de Hostos en día memorable en la Escuela Normal. El va inspirado en su culto. Pueden los nuevos conquistadores hollar la tierra de sus progenitores, aquella tierra incomparable, cuyas bellezas cantaran Salomé Ureña de Henríquez y el glorioso lírico José Joaquín Pérez; pero allí no ha de morir el ideal de independencia, y, cuando vuelva a su goce magnífico, renacerá la Isla deslumbradora mucho más bella imaginándola fuera de las sombras de su actual cautiverio injusto.

El Maestro y yo hemos venido, durante este delicioso viaje a través de los Estados Unidos, renovando esperanzas y recuerdos. Su hermosa cabeza cana, como un gallardo penacho, se ha inclinado muchas veces en un como gesto de oración y el discípulo ha sentido el legítimo orgullo de haberle comprendido, que cuando se adora y se ama a la Patria, cuando se siente el deleite de servirle con sinceridad y pureza, cuando ilumina nuestro anhelo un resplandor de la futura gloria de su bien, las lágrimas de la emoción llegan al balcón de nuestros ojos, miran a la vida torva y ruda y nos dicen que, por ella, podemos ser buenos si el rumbo siempre es uno y el mismo.

Cuando me abraza don Federico Henríquez y Carvajal —el noble Maestro que ha puesto en mi alma una nueva perspectiva, vasta como el mar—, y dejo el tren en que hemos viajado unas cincuenta y dos horas, me parece que conmigo sigue el modelo viviente de los insignes patricios: abogado, como Lincoln, pidiendo libertad para sus esclavos; perseverante, como Martí, invocando sus derechos; peregrino como Juan Pablo Duarte.

Al alejarme, entre las sombras de una noche melancólica, miro al Maestro, nimbada su blanca cabeza por la luz del tren, que con los brazos abiertos me dice un adiós.

Y el discípulo siente que al balcón de sus ojos, explorando la ruda realidad de las cosas, se asoman dos lágrimas 'furtivas....

..Higinio J. Medrano.

Philadelphia. 1919.

PAGINAS BREVES.

PLATE 1

CONCEPTO DE LA CRITICA.

Dentro de la más amplia definición de la crítica, tomado el concepto en su universalidad, caben los distintos géneros que nacen de aquella, i los cuales se refieren a las diversas manifestaciones de la actividad humana, ya en el fecundo campo de las ciencias, ya en el campo florido de las artes bellas.

Ocupa en el segundo un sitio prominente la crítica literaria, considerada con acierto —según un notable humanista, crítico él mismo de merecida fama— como la “crítica artística aplicada al juicio de las producciones literarias”.

La crítica literaria es un arte. Como todo arte se funda en los principios de una ciencia. Esos principios constituyen la fuente de información para el crítico, quien, estableciendo la debida comparación entre los principios i los hechos, llega a determinar i aún pone de manifiesto la conformidad o la pugna que exista entre los unos i los otros.

De ahí se originan varias condiciones, de altísimo valor i de difícil logro para el común de los mortales, destinadas a informar, por manera principalísima, el augusto ministerio de la crítica.

Quien oficia de crítico, si oficia en el templo magno de las bellas artes, debe unir las más selectas facultades del organismo afectivo —tales como el gusto i el sentimiento de lo bello— a un conocimiento pleno del asunto que es tema del juicio. Conocimiento i gusto, ciencia i sentimiento, combinados, compenetrados, determinan el mejor concepto de la crítica de arte. Sin un claro i cabal conocimiento de la belleza, obtenida a la luz de los principios de la estética, resulta flaco i a las veces falso el juicio que se adquiere de la obra artística; i sin emoción estética, a la par, es flojo i a las veces superficial ese mismo juicio.

Pero no basta al crítico reunir a la ciencia, que atesora en su organismo intelectual, el sentimiento artístico i el buen gusto que enriquecen su organismo afectivo; necesario le es elevar la conciencia al sereno ambiente de la imparcialidad.

“La imparcialidad es condición inexcusable de toda sana crítica”. Ninguna pasión, alta o baja, debe influir en el ánimo del crítico, ni menos debe influir en su juicio. Si influye en el uno, lo perturba; si en el otro, lo pervierte.

Obliga la imparcialidad, sin obsesiones ni reservas, a hacer justicia a la obra juzgada; i el juicio, que en un criterio imparcial se apacienta, funciona exento de las sollicitaciones que, de otro modo, suelen extravíarlo por las sendas tortuosas de las pasiones mezquinas o de la torpe injusticia.

Claro es que para oficiar de crítico se exige una detenida preparación i una educación que abarca importantísimos ramos de conocimientos humanos. Revilla los puntualiza en este orden: Estética, Literatura científica, Historia de la Literatura, Gramática, Filología,

Retórica, Poética i Métrica, sin excluir los estudios filosóficos i los históricos.

Con ese bagaje científico-literario, i con un sentimiento artístico acendrado en la contemplación de la belleza objetiva, i con un gusto educado en el examen de las obras maestras, o en las bellas obras del arte, i con un sereno espíritu de imparcialidad, ajeno de influencias i de preocupaciones, podrá el crítico honrar con sus juicios la noble investidura del magisterio que constituye la crítica.

1892.

EL SUEÑO DE UNA VIRGEN.

Era la hora de los reflejos moribundos, de los últimos esplendores de la tarde: la hora triste de las melancólicas visiones i de los anhelos vagos del poeta: la hora solemne del recogimiento del espíritu i de las hondas meditaciones del alma huérfana i sola.

Declinaba el sol i trasponía las cimas del lejano monte. Nubes de armiño i de oro i de escarlata prendían sus gasas vaporosas en la azul atmósfera, no lejos de las verdes cumbres. Ya no se oían los amorosos reclamos de Filomela en el misterio de las frondas; sino ledo rumor de arrullos que denunciaban el regreso de las tórtolas, en feliz pareja, al blando i caliente nido.

Auras marinas, henchidas al pasar de las mil esencias que derraman los silvestres cármenes, difundían sus efluvios en el tibio ambiente de aquella tarde de estío.

Ella se deslizó sobre el césped, e iba luego por la angosta senda marcando apenas en el polvo húmedo la huella de su planta breve.

El iba en pos de Ella.

Seguía de cerca, como la sombra de aquel cuerpo de hada, lleno de luz i armonía. I a medida que las tenues claridades del crepúsculo se disipaban, iba disminuyendo el paso de la doncella pudorosa i disminuía entre ellos la distancia.

Fué de noche.

El velo de las sombras envolvió el paisaje i el éter se pobló de estrellas.

Borróse la ya brevísima distancia que los separaba, i en las manos trémulas del galán se apoyó dulcemente la diestra mano de la virgen conmovida.

Se besaron dos suspiros.

I ráfaga indiscreta movió las hebras de los rizos ondulados de la virgen, i los labios del galán se posaron sobre ellas. Hubo algo como un beso sin sonido.

Así besa el cisne con sus niveas alas el móvil cristal de la laguna. Así besa el céfiro el cáliz del albo lirio.

Rasgó el oriente su pabelón de nubes, i una cascada luminosa de rayos de luz desvanecida, devueltos a la Tierra por la Luna, bañó la castísima frente de la virgen i la frente pensativa del poeta.

No lejos, a orillas del Caribe en calma, dejóse oír

una voz, llena de lágrimas, que modulaba en ritmo de melancolía:

“Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
i el primero que te dí.—”

El, acariciado por la luz incontaminada de los ojos de la virgen, dejó caer de sus labios esta perla de su espíritu:

Qué elocuente i peregrino
el idioma de las almas,
si el amor les da su ritmo:
un idilio las miradas!
un poema los suspiros!

I ella . . . lo envolvió en los efluvios de su virginal ternura!

Así, en el templo augusto de la Creación, en la hora solemne del recogimiento del espíritu i de las confidencias del amor, a la indecisa misteriosa claridad de la luna, se desposaron dos almas, nacidas para ir en pos del mismo ideal. Así se acendran, en las almas que moran en el cielo del espíritu, las inefables adoraciones supremas.

1887.

CIENCIA I POESIA.

I

MIRANDO AL CIELO.

La Ciencia va, de día en día, ensanchando el campo inmenso de los conocimientos humanos. Doctos naturalistas, físicos eminentes, insignes matemáticos, sabios astrónomos, concurren a descifrar los aparentes misterios del Cosmos.

La cosmología penetra, con ojos de vidente, merced al telescopio indagador i al número infalible, en los profundos senos del espacio; i algún astrónomo psicólogo, soñador de fin de siglo, asido de la luminosa túnica de Urania, la celeste musa, se cierce en las inconmensurables llanuras estelares, i canta sus maravillas i saluda a las humanidades del cielo.

Pliega sus alas la fantasía, sinembargo; porque la ciencia ocupa ahora el campo de las observaciones. ¿Qué descubre Mascart, físico ilustre, en detenido examen científico del océano de aire? De sus observaciones i sus cálculos acaba de deducir que la altura de la atmósfera es, con mucho, superior a la de 60 kilómetros generalmente admitida por la geografía física.

Datos que aduce: En la atmósfera se presentan cirrus a 90 kilómetros. Las estrellas érrantes, fugaces exhalaciones nocturnas, atraviesan las capas atmosféricas a 200 kilómetros de la tierra. A 500 kilómetros de altura se producen las auroras boreales.

I cabe pensar, en vista de la mucho mayor altura de la envoltura gaseosa del planeta, con el ilustrado español R. Becerro de Bengoa, que futuras indagaciones confirmarán la teoría racional del sabio profesor Dick Steer.

Decía en sus lecciones Dick Steer —citado por aquel— "que la atmósfera no tiene término; que la masa de oxígeno, de nitrógeno i de los demás cuerpos que en ella hai en suspensión, se difunden por los espacios interplanetarios en la forma radiante i expansiva que es propia de estos cuerpos, cuando la atracción o la gravedad de los grandes astros disminuye; que la materia no se concluye en esos límites caprichosos, señalados a las atmósferas de los planetas i las estrellas, sino que, tal cual es en ellos i tal cual la conocemos, está difundida por los espacios; que esa materia difundida, idéntica a la que compone las substancias sólidas, líquidas i gaseosas, es la que la ciencia ha entrevisto i admitido con el nombre de éter, i que el vacío no existe."

"Por el movimiento de esa materia —agrega— universalmente difundida i unida, se trasmite el movimiento que produce la electricidad, el calor i la luz con que viven, se transforman i alumbran los astros."

Entre tanto, desde el acreditado Observatorio de Niza, la ciudad del fresco ambiente perfumado i el puro cielo itálico, un astrónomo afortunado, Mr. Charlois, cierra con seis nuevos asteroides la serie de veinticin-

co con que su poderoso telescopio ha enriquecido la legión de pequeños planetas que giran entre las órbitas de Marte i de Júpiter.

Con esos seis llega a 319 el número de asteróides conocidos, reconocidos e inscritos hasta hoi en el catálogo de los mundos planetarios.

No le basta empero al ojo escrutador ahondar, cada vez con mayor i más lucido éxito, en los abismos cosmo-gráficos; la óptica pide más, i, convirtiendo el espectroscopio en espectrofotógrafo, toma en los observatorios diversos clichés de los espectros de las estrellas. Esta delicada faena se confía a estudiosas señoritas, quienes estudian i analizan las rayas características del espectro de cada astro. La señorita D. Kumpke, en el observatorio de París, y la señorita M. Maury, en el de Harvard College, desempeñan tal encargo de modo satisfactorio. Las últimas observaciones dan estos datos: "En el espectro, todo astro que gira como acercándose a la Tierra, da las rayas más unidas que cuando se aparta". Ilustres físicos, de ayer i de hoi, han establecido el método científico exacto para hacer el examen de estas variaciones de las rayas i para deducir de ellas, además de la composición química de los astros que ya se conocía, el peso de ellos, la velocidad de sus movimientos, las fuerzas atractivas que obran sobre ellos i aún los centros invisibles alrededor de los cuales giran i gravitan."

Maravillas del cálculo i de la física! Con la ayuda efficacísima del uno i de la otra, se ha llegado a las siguientes deducciones científicas, con las cuales se aumenta el valiosísimo tesoro de la astronomía: "Aldebarán viene hacia nosotros con un vuelo de 50 kilómetros; Alfa de Orión, con velocidad de 74; Beta, de la Osa

menor, con la de 46. La Zeta de la Osa mayor, que se consideraba simple, es estrella doble; doble también la Beta del Cochero, cuya pareja corre con una velocidad de 240 kilómetros por segundo en una órbita de 13 millones de kilómetros. La masa total de esos gemelos es dos veces i media mayor que la de nuestro Sol. Su distancia de la Tierra es cuatro millones de veces mayor que la que separa a este planeta del mismo astro solar.

Arturo, Altair, Vega, Sirio i la Espiga son astros predilectos de tales estudios. ¡Qué de prodigios habrá de descubrir aun el ojo experto de la ciencia en los infinitos océanos poblados de miriadas de soles i de mundos!

Entretanto la primavera de 1892, de la cuarta centuria del Descubrimiento de América, se inicia con la aparición del anunciado cometa americano. Vése en nuestro diáfano cielo, hacia el Este, antes del alba, un gran cometa de lengua cauda, aun desvanecida, que en vuelo parabólico se dirige al centro de calor i de luz de nuestro sistema planetario. Flammarion le llama *estrella de oro*, por su áureo brillo, i opina que se ha formado —en lenta gestación de siglos— con substancias de ríos, lagos, mares, volcanes i minas de oro de la región andina, encendidas por el fecundo sol de la zona tórrida. Ya ese vagabundo, de blonda cabellera, ni causa sustos ni enjendra miedos; ahora, por virtud de la ciencia divulgada, es buscado con curiosidad tranquila i admirado con sereno placer del alma.

I es que el alma —así la del ignorante como la del sabio, así la del anciano como la del niño, así la del pensador como la del poeta,— tocada por el rayo de luz de la ciencia, lo mismo que por el rayo de luz de la fé, sabe i cree i proclama que: *¡Coeli narrant gloria Dei!*

POTENCIA LUMINOSA DE LA LUCIERNAGA

II

Como el cocuyo,
el genio tuyo ostenta su fanal,
i huyendo de la luz, la luz llevando,
sigue alumbrando
las mismas sombras que buscando va.
G. Gutiérrez González.

Langley, sabio profesor naturalista, quiso probar, i lo demostró cumplidamente, que todavía son imperfectos los medios de que dispone el mundo científico para obtener la radiación luminosa.

De ahí nuevas investigaciones en el campo de la naturaleza física i nuevas disquisiciones en el campo de la ciencia.

Ciertamente es curioso observar cómo cada progreso de la luz artificial se señala con demostraciones de pública alegría.

"La humanidad se felicitó cuando la antigua bujía i la lámpara de aceite fueron reemplazadas por el más eficaz i cómodo gas; i se llenó de alegría cuando el gas empezó a ceder el paso a la aún más económica i brillante luz eléctrica".

No es extraño, pues, que se asombre al oír de labios de la ciencia experimental la siguiente revelación: La pálida luz de esmeralda que de sí despide la luciérnaga es —si se transforma, por agencia química, en irradiación luminosa—de una potencia i virtud cuatrocientas veces mayor que la llama del gas i probablemente cien veces más enérgica que una lámpara de incandescencia.

Esos números, que son el resultado de cálculos i medidas de comprobada exactitud, indican a los exploradores de esta región científica cuán inmenso es el campo que aun hai por descubrir.

Otro físico, Staub, escrutador de fenómenos producidos por el aire, determina la eficacia luminosa del brillo fantástico que se vé en un tubo de Geissler encendido. “La razón final entre la luz i la energía total que se descubre, varía en los diferentes tubos desde 10 a 33 por ciento. El límite inferior no es mucho mayor que el de la lámpara incandescente; pero el superior marca un notable progreso sobre aquella.”

I, sin embargo, esos métodos quedan todos vencidos al comparárseles con la luz de la luciérnaga; cuya transformación química en irradiación luminosa habrá de producir un día el alumbrado artificial de mayor potencia i eficacia.

Edisson i Bell, magos de la luz eléctrica, inclinaos ante ese nuevo prodigioso e infinito arcano, descifrabable, de la Naturaleza!

1892.

DUARTE EN LA TRINITARIA

Era el 16 de Julio de 1838.

Allí, en una modesta casa, no lejos del templo en donde la piedad o el fervor de los fieles alzaba himnos i preces a la Virgen del Carmen, estaban reunidos nueve jóvenes entusiastas, de alma generosa i aspiraciones nobilísimas, convocados por uno de ellos, guía i maestro, por el **Primero**, para ser iniciados por él en un plan de redención del pueblo esclavo i víctima de oprobiosa tiranía.

El **Primero** expuso, con elocuente verbo de creador, su idea de patria libre, de separación o muerte, i desenvolvió su vasto plan revolucionario, con copia de argumentos i de datos, puesta la mira de predestinado en la fundación de la República Dominicana.

Un voto unánime, voto de conciencia iluminada, voto de convencidos, correspondió sin reservas al reclamo del Maestro. Entonces, todos de pie, los trinitarios fundadores, los primeros iniciados en el magno pensamiento i el óptimo propósito, juraron, ante Dios i ante Duarte, consagrar esfuerzos i vida a la obra de patriotismo eminente.

Duarte juró enseguida.



Miradle con los ojos del espíritu. Alzase en primer término, frente a sus futuros colaboradores, apóstoles de su credo, —en la siniestra mano el documento histórico, el decálogo de los patriotas, en el cual se lee: **DIOS, PATRIA I LIBERTAD. — REPUBLICA DOMINICANA;** —la diestra inmaculada extendida a la altura del corazón magnánimo— la honda i reveladora mirada en lo alto, como cerniéndose en los nuevos horizontes que se abren i ensanchan ante él, o como quien siente surgir de su creador espíritu el verbo hecho carne, o sea hecho patria.

Es el génesis que principia.

1892.

OYENDO LA MELODIA.

A mis hijas Flor, Luz i Carmela.

I

Era la media noche.

Bajo el ala azul de un ambiente delicioso, de ledas auras de Galindo, dormía al parecer la ciudad del Ozama.

Cuántos ensueños blandos, de rosa i oro, mariposas del núbil anhelo, aleteando en el soñador espíritu de insomnes vírgenes! Qué de infantiles sueños efímeros, albos o azules, alados lirios, volando en torno i perfumando las sendas cunas de dormidos niños!

Hebe, la poética confidente de los idilios, navegando en su góndola de alabastro, iba en las ondas del éter como atraída por la magia de celestiales sirenas. . . .

II

Religioso silencio, el de los hogares, i silencio augusto, el de la atmósfera, reinaban en la ciudad antigua, cuando exhaló el armonium vago preludio en rítmica escala de suspiros, i suspiró el violín, i se quejó el dulce violoncelo.

I al beso de luz de la amorosa luna, entre las aéreas ondas del ambiente plácido, ascendió de los acordados instrumentos i del hogar al cielo, como plegaria de almas doloridas, la melancólica e inefable **Melodía de la Muerte.**

III

En filial arrobamiento, remedo acaso de los ángeles en los divinos lienzos de Murillo, los huérfanos de madre amantísima oían absortos el musical poema; i al apagarse en la silente atmósfera el último morendo de la Melodía, ai! hondo suspiro, uno solo, iba a volar i plegó las alas en su nido.....

IV

La emoción que embargaba a los adolescentes, i a los niños, se deshizo en lágrimas... Dos inocentes criaturas sonreían.....

Tal vez el alma buena i cariñosa de la madre muerta, modelo de madres, descendía, en ese supremo instante de evocación piadosa, a acariciar i unjir con besos de ternura las almas de las vírgenes i de los ángeles de su hogar sumido en duelo.

V

Hijos del alma!—como eco de voz que no se olvida, parecióme oír en el misterio de la callada noche. La virtuosa madre muerta, inspiradora musa de la Melodía, suspiraba por sus hijos i los bendecía, con infinito amor i maternal ternura, desde el fondo de la conciencia del amante padre pensativo.

Luego el padre, acariciando la cabecita de áureos rizos del penúltimo de sus hijos, interrogaba también con angustioso acento conmovido:

“¿Dónde está Dios?.....”

I el gracioso niño, mirándole sonreído, alzadas ambas manitas hacia la luna, balbucía: “Oh...! con mi mamá en el cielo.....!”

EL DIA DE LAS ALMAS,

Memento, homo.....!

I

Atardecía.

Ondas de tristeza movíanse en la entenebrecida atmósfera.

A los quejidos monotonos de las esquilas uníanse los ensordecedores tañidos, acompasados, de las campanas doblando a muerto.

Los salmos del dolor i de la angustia, ayes del alma, que atraviesan los círculos del Dante, subían en alas de las armonías tristísimas del órgano e iban a apagarse entre el follaje de las palmeras sustentadoras de los arcos i de la enhiesta cúpula del templo.... Liberamé, dómíne..... suspiraba conmovida voz de lágrimas.

II

Dolientes i curiosos abandonaban, por temor a la inminente lluvia, la amorosa o distraída contemplación de las decoradas tumbas, i se alejaban pensativa i lentamente del cementerio.

Hundíase a poco el sol en el ocaso, como nunca macilento, i al caer su postrer rayo luminoso encima de las fosas i los sepulcros del camposanto, apenas si una que otra piadosa enlutada pudo ver esa última i melancólica caricia solar: el beso de la luz moribunda a la cruz o al ara que marca el límite arcano entre la vida i la muerte.

La lluvia envolvió el espacio, i sobre el vecino monte se desvaneció la pálida silueta del sol de los muertos.

Era la hora del ángelus.

III

Las ofrendas i galas de las tumbas, azotadas por el viento i por la lluvia, quedaban ya en el seno oscuro de las sombras; pero, a la tenue vacilante claridad de las bujías, veíanse discurrir como al azar algunos visitantes de la necrópoli.

Uno, que permanecía abismado en las inefables memorias de una muerta mui amada que hizo un cielo de su hogar i fue sol sin eclipse en ese cielo, apacentó una intensa i prolongada mirada de ternura i de dolor sobre la tierra aun removida, donde yace la excelente esposa i madre, —i se dió a vagar, a paso lento, cabe las humildes fosas i las decoradas tumbas.

—Aquí, —pudo oírsele balbucir— descansa un hombre probo. Esa virtud, que es síntesis de virtudes, legó por toda herencia a los suyos.

—Debajo de esa lápida roen los gusanos el busto ebúrneo de una madre culpable.—Allí, alimentando acaso con jugos de su carne virgen la savia bienoliente de ese rosal florido, descansa un ángel de peregrina hermosura i de alma cándida, segada en la dulce adolescencia.

—¿Qué guarda en su seno aquella olvidada fosa?

Una víctima de sus propios errores o de las pasiones ajenas. El miserando!—

Este? Este fué un héroe cívico. Murió en el campo del honor: enseñando. Descansa de tu ímproba labor, pobre maestro de escuela i honrado padre de familia!

—Ese? Ese no es más que... un sepulcro blanqueado.

—Aquel? Saludemos reverente la tumba del ilustre centenario!!— A pocos pasos duerme una niña que trocó la cuna de mimbres i de rosas por albo lecho de piedra. Contrastes de la eterna niveladora.

—Junto al muro, hacia este lado, yacían los restos de un prócer. Hizo patria... i murió desconocido, valetudinario, en la miseria. Estuvo ahí! A dónde habrán ido a podrirse los huesos del patriota anciano? •

—La piedad filial erigió este austero túmulo a un hombre. A una dama, fuerte por sus virtudes, está dedicada esa hermosa columna. Es un símbolo. Podría ser un ejemplo!

—Ese ángel vela el dulce sueño eterno de otro ángel. El amor de una madre amantísima posa en el uno la mirada i en el otro sus dolores.

Una, dos, tres... ah! Qué de esperanzas carísimas, de juventud malograda, yacen sepultadas a la sombra de la cruz redentora!

—No lejos de aquí hai dos fosas gemelas. Muerte súbita, la de ella, i drámatica muerte, la de él, al lucir el alba del amor, en la primavera de la vida, cavó la una junta a la otra huesa. Trájico idilio, como el inmortalizado por Shakespeare, orló las sienes de los

soñadores amantes con aureola de martirio. Pobres
liras rotas! ¿En dónde yacen?

I el nocturno visitador de la necrópoli acertó a
detener el paso endonde el suelo, un tanto hundido,
apenas deslinda varias descuidadas fosas. E, incli-
nándose con respeto, logró leer en los rígidos brazos
de negra cruz solitaria el simpático nombre de... **Ju-
lieta**. I a su lado ¡oh dolor! tanteó un trozo de palo, des-
medrado, que dejó de ser cruz i carece de epitafio i
hasta de nombre, desde hace ya mucho tiempo.... Es
cuanto queda encima de la olvidada fosa del infeliz...
Romeo!

¿Irían sus huesos a la fosa común o al pudridero?
Malhadado idilio!

IV

El silencio augusto de la noche i el venerando si-
lencio de las tumbas sólo eran interrumpidos por los
agudos lamentos de las esquñas i el estridente clamor
de las campanas, doblando a muerto en los vecinos tem-
plos de la ciudad antigua, cuando el conmovido visita-
dor se disponía a abandonar el camposanto.

Al salir de la necrópoli se volvió hacia el interior,
i, paseando una última detenida mirada compasiva so-
bre las solitarias tumbas, suspiró con el poeta:

Ai! ¡qué solos se quedan los muertos!

1894.

El Fonógrafo.

Erase una concurrida audición del fonógrafo parlero.

—Magnífico!

—Admirable!

Sucedíanse, a sotto voce, las más sintéticas interjecciones— el verbo inconjugable que dijo Bello, el docto gramático i filólogo a quien hoi hace reparos nimios el distinguido autor de la *Arquitectura de las lenguas*; —sucedíanse las exclamaciones más enfáticas del complacido auditorio.

Momento delicioso!

Intimo placer o emoción estética encendía las mejillas de una virgen pálida i fulguraba en las pupilas de otra virgen soñadora. Otras enmudecían de agradable sorpresa.

Era que el fonógrafo reproducía, con fidelidad pasmosa, como a impulsos de algo subjetivo, o como espíritu evocado por misterioso conjuro telepático, una de las más urentes escenas líricas, de alborozo i de embriaguez i de locura, del vertiginoso Carnaval de Venecia.

Explosiones intermitentes de varonil carcajada

i aleteos i arrullos de risas femeniles, en inacorde ritmo, solían romper, como la sirte a la ola, las cadenciosas ondas de armonía de la afinada orquesta.

Momo triscaba en los dominios de Euterpe.

Momento delicioso!

Alguien—que, tras la ruidosa escena lírica, acababa de oír la conmovida expresión del verbo de una niña en las viriles estrofas de un canto poético a la patria, pasó del hondo sentir al pensar hondo i dió alas de fantasía al siguiente monólogo interno:

—El invento es prodigioso. Pone el espíritu en asombro i lo seduce i lo arroba el curiosísimo aparato de Edison, que así, por manera tan peregrina, toma i se asimila i conserva i reproduce los trinos del ave, las descargas del trueno, los rumores o los rugidos de la ola, los acordes o los arpegios de la música, las cadencias del canto i los matices rítmicos del discurso.

Si el antiguo mundo i el mundo medioeval alzaron soberbios monumentos, tenidos luego por maravillas del humano ingenio, i tuvo la antigua Grecia a sus siete sabios por antonomasia; húbolas de más alta estética a partir del renacimiento i mayores aun las ofrece, en calidad i en número, este fecundo siglo XIX, el de la soberanía popullar i de las soberanas fuerzas de la Naturaleza puestas al servicio del hombre.

A la civilizadora electricidad—aprisionada en el pararrayos por un fundador de nacionalidad i apóstol de la soberanía del pueblo,— se le deben maravillosos monumentos creados por fecundos ingenios mui más doctos que los sabios helénicos de cuya sabiduría se ufanaba la Grecia antigua. Entre esos monumentos, los que son productos de la electricidad o son movidos

por su poderosa fuerza, acaso ninguno maraville tanto como el fonógrafo.

El es joya científica de este siglo, i de hoi más, junto a la tarjeta fotográfica en que el rayo de luz, supremo artista, copia la vera-efigies del ser querido o reverenciado, i junto al libro en cuyas páginas palpitará por siglos el espíritu edificante de los buenos o el espíritu educador de los sabios, habrá de alzarse el fonógrafo, en cuyos tubos de caucho i cera se reproduce por modo sorprendente i raro, como todo cuerpo en el cristal de la fuente o en la luna del espejo, cuantos sonidos lleve la onda sonora al aparato reproductor para ser devuelto por el órgano vocal del peregrino instrumento.

Las generaciones del porvenir —¡felices ellas!— que verán el rostro expresivo i leerán las luminosas ideas, podrán oír, también, la elocuente palabra de las augustas i venerables cabezas blancas del siglo XIX.

Cesó el monólogo interno.

Algunos oyentes se divertían con el humorístico discurso, de disparatados conceptos, que el fonógrafo pronunciaba en aquel instante.

Era la nota lijera o efímera de una humorada.

Tal se dijo quien antes hablaba consigo mismo, i, movido sin duda por un interés estético que no estorba ni desmedra tu particular interés ¡oh Julio!, se dió a pensar en lo valioso del aparato fonográfico, si sus tubos contuviesen algo así como unos acordes de Sarasate, un monólogo de Salvini, cierta fermata de la Patti, una frase de Martí, alguna invocación de Castelar, cualquier apóstrofe de Montoro, alguna sentencia de Gladstone i el pax vobis de León Trece.

Si a tanto no puede aspirar el modesto fonógrafo

del Ozama, antes del Yaque, algo más de lo que posee podría conseguir i ofrecerlo a quienes se solazan, admirándola, con la maravilla del invento, i gustan de apacentar el displicente o angustiado espíritu —en fieles reproducciones de elocuente verbo o de selecta música o de inspirado canto.

Hai empero en la caja fonográfica diversos escogidos números, que placen i complacen, dignos del famoso invento de Edison i de su más culto i exigente auditorio.

Basta uno cualquiera de ellos para admirar el portentoso aparato i para loar i bendecir al sapientísimo electricista: al prodigioso Mago de Menlo Park.

1894.

PLAGIO.

Como una bomba explosiva, a uso de anarquistas dinamiteros, cayó entre nosotros, los satisfechos poseedores del patriótico himno nacional del maestro José Reyes, la osada denuncia de plagio que le lanzara desde Cuba el sedicente autor de una marcha... fotográfica.

El Listín, diario de esta ciudad, que dió a conocer la acusación de plagio, publicó sin retardo la entrevista que con el citado maestro, autor del himno, celebró uno de los redactores del mismo diario.

I lo que expuso, con su reconocida sinceridad el presunto superchero, esclarece por modo edificante el origen cierto de la pieza musical puesta en tela de duda, o clavada en palo de ignominia, por la lijereza de un oficioso noticiero i por la sospechosa lijereza del rapsoda compositor bufo de la marcha que se supone objeto del plagio.

Acaso bastaría con lo dicho ya en abono del maestro Reyes i de su obra; pero quien escribe las presentes líneas, en honra debida al himno nacional dominicano i a su inspirado autor, hubo también de avistarse con el maestro Reyes, en presencia del señor Alfredo M. Soler, director de la Banda Militar, i recogió en la

entrevista informes que sirven para destruir totalmente la osada denuncia de los Alvarez i Tamayo.

Enumero los más elocuentes datos.

Primero: el himno se produjo por estímulos de un buen modelo: el himno nacional argentino.

Segundo: Reyes compuso el suyo en el año 1880.

Tercero: Tamayo declara que compuso su marcha, estando en Puerto Príncipe de Haití, en 1881; esto es: un año más tarde.

Cuarto: Soler, robusteciendo informes del maestro Reyes, manifiesta que él (Soler) instrumentó el himno en 1881 para la Banda militar que se instruía i funcionaba entonces bajo la inteligente batuta del malogrado maestro Luis Eduardo Betances.

Quinto: Tamayo expone que compuso su marcha para sorprender graciosa (no gratuitamente sin duda) i galantemente al señor Presidente de Haití, mientras ese magistrado hacía sacar su presidencial efigie en un salón fotográfico. La marcha debió de ejecutarse en el breve lapso en que el rayo artista de la luz solar copió la octogenaria faz del Jefe del Estado. I, no obstante la complacencia de Salomón, la marcha no prosperó ni en orquestas ni en marciales bandas de música.

Sexto: Archin i Gutiérrez, plenipotenciarios del gabinete haitiano en el período salomónico, o no conocieron la marcha salomónica de Tamayo, o no echaron de ver el pretenso plagio, pues en varias ocasiones oyeron aquí el himno nacional i lo celebraron como inspirada composición dominicana.

Séptimo: En los primeros tiempos de cobrar auge en el país el himno del maestro Reyes, acaso en 1881, estuvo aquí de paso un señor Ramos, músico, quien se llevó consigo para Port-au-Prince copia del repetido

himno. ¿Conoceríalo entonces el señor Tamayo?

Octavo: Ese, indudablemente porque su marcha fotográfica— salomónica fracasó en Haití, incluyó más tarde su marcial composición, ya de regreso en Santiago de Cuba, en una zarzuela bufa que denominó Jorobeta. I Jorobeta, acaso por la joroba, tampoco pudo medrar en la escena; sinembargo de que el género bufo privaba entonces en los teatros de la cubana antilla.

Qué puntos calzará como compositor original el fracasado autor de Jorobeta!

Sobra con lo expuesto, si ya su cabal honradez i su reconocida modestia no le pusieran a salvo de toda sospecha i de la más leve duda, para aniquilar la acusación de plagio inconsulta i torpemente lanzada contra el maestro José Reyes.

Cabe dudar de la identidad, i aun de la semejanza, de las dos piezas musicales —el himno nacional dominicano i la marcha salomónica o de Jorobeta;— pero, si a la postre pudiese señalarse el plagio o la imitación o el calco o el recorte, o lo que sea, claro es que no será en la obra musical compuesta, en horas de inspiración i de patriotismo, por el modesto i sincero compositor dominicano. El himno nacional es su obra i nuestra joya!

1894.

COPOS DE ESPUMA.

I.

Vargas Vila depuso el soberbio i vibrante estilo, que tiene "del látigo de Montalvo", según Martí, con el cual flajeló a los míseros providenciales de la tiranía, i luego, como quien descansa en medio a la difícil brega de la vida, púsose a jugar con las ondas azules del ensueño i las ondas esmeraldas del idilio, i aún con las turbias e intranquilas olas de la realidad dramática.

Juegos de soñador i de poeta!

Al toque de su junquillo áureo —la mágica varita de su poético estilo— formáronse en la superficie i corrieron unos en pos de otros hasta doce copos de espuma.

Estos, cuán ricos de fantasías! Esos, cuán palpitantes de vida! ¡Cómo se mueven, en ondulaciones rítmicas, llenos de emoción estética, vividos o soñados, subjetivos, irisados i aromados al beso de luz i de rosas del amor, o envueltos en el sudario del dolor sombrío!

Frágiles, como el recuerdo vago, i lijeros, como el vaporoso ensueño, dormían en su soñador espíritu a la manera que suele el cisne sobre el flotante junco del sereno lago.

La fantasía, cortesana del amor, aleteó en el fondo del alma, i los despertó del inefable sueño....

II.

Allá van los copos de espuma.

Enfermizo color de cera tiene ése.

Virgen enclaustrada en estrecho misticismo, de inconsciente castidad o histérica, ocúltase en el copo moribundo. Súbito rayo tórrido del sol lo hiere, i la cohibida carne hace explosión en la lascivia.

Este se ha formado de lágrimas i suspiros.

Pálido como el dolor, negro como el infortunio, áureo como el amor, azul como el ensueño i verde como la esperanza, es una perla del espíritu, de cambiantes colores, que, al beso de la nostalgia, se evapora en la plegaria del hijo huérfano: Madre mía!

Aquel es el eterno idilio del amor abnegado. Se acendra en el sacrificio i muere en el dramático poema del dolor supremo. Fecunda realidad americana palpita en esa página exuberante de vida.

Cuadro trágico se esfuma encima de esotro copo lleno de tinieblas.

Sobre su negro fondo, de pasión culpable i de providencial castigo, lame a intervalos la cárdena lengua del relámpago i estalla al fin el rayo: la conciencia vengadora.

Ese copo, que pasa como en alas del recuerdo, sudor i sangre de la miseria, brotó del vientre de París.

Inolvidable! ¿Es un copo de espuma, o una perla del alma?

“En el arábigo idioma
Lulú significa perla.”

De su diáfano seno se alzará siempre, como el aroma de los floridos cálices, el idilio de un amor... inolvidable.

El amor único i reconcentrado i no comprendido enjendró los celos; los celos fraguaron el crimen, i la bestia humana fué domada por el amor.

La felicidad de él, su rival, le guiaba al crimen; la felicidad de ella, su ídolo, le guió al suicidio. I al hundirse Claudio en las aguas del río i en las sombras de la muerte, nó los celos infecundos, sino el amor edificante iba flotando sobre ese copo de espuma.

Así la nube que guarda el rayo se deshace en lluvia...

Diéronse cita los tres enemigos del alma i, en bacanal de impudicias, reprodujeron la culminante escena del libertino, esclavo de su culpa.

De una Rosa, deshojada por las sugestiones del demonio i las concupiscencias de la carne, nació otra Rosa para ludibrio del mundo.

Esa espuma se formó en el cieno.

Soñador!

Toda la nostalgia de los anhelos, toda la melancolía de los recuerdos, toda la inspiración de la fantasía, todo el amor de la patria, han derramado con sus perfumes los colores del iris en ese último copo de espuma.

Del poema i la elegía, de las ansias de la patria ausente i de los sueños de la ida adolescencia, hai i fulgura en esa página subjetiva. Detrás del soñador se ve al proscrito. Detrás de los suspiros asoma el llanto. Suspiros del alma soñadora; lágrimas del corazón herido: lágrimas de sangre.

III.

Poeta de ensueños i nostalgias, de ideales i lejanías, , soñador yo mismo, he visto pasar unos tras otros, meciéndose en la onda azul de su fantasía, al conjuro de la varita mágica de su estilo, los poéticos copos de espuma de Vargas Vila.

Dejadlos correr; dejad que pasen sobre las ondas del recuerdo. . . . ;Son las vagas creaciones del soñador poeta!

1895.

NUPCIAL.

A Luisa Ozema.

Amor no es ciego.

Desnudo. El cuerpecito gentil, ahora sin alas, envuelto en la suave claridad de la luna; húmedos de rocío el pelo áureo i las róseas carnes; pendiente del hombro i caída a la espalda la ociosa aljaba de los certeros dardos; de pié, en puntillas, sobre la frágil rama de un rosal florido, que no cede al peso de la dulce carga; i asido, con ambas indiscretas manecitas, entreabriéndola, a la verde persiana que oculta la nupcial alcoba,— el travieso niño mimado de los idilios—que no es ciego— posa la mirada, curioso i complacido, en el casto nido del amor.-i contempla su obra.

Dentro, en el tálamo de armiño, luce un jirón del cielo en plenitud de gloria, i asoma nueva luna de miel a iluminar el nido de las nupcias i a endulzar las horas del eterno idilio.

1895.

POST NUBILA.

A Belisa.

Quedo, mui quedo, iba el poeta amigo acercándose al lecho de amplias sábanas, como de armiño, entre las cuales se perdía la extenuada enferma, cerrados los ojos i cñensamente pálida, con la amarilla palidez de un cirio. Parecía que estaba muerta.

Los desnudos brazos, llenos de puntos dolorosos, denunciaban la tenacísima porfía de los médicos por salvar a la joven madre moribunda.

El poeta la contemplaba conmovido, evocando tristes memorias de su hogar en duelo, cuando ella, la poetisa enferma, entreabrió los párpados i mirándole con anhelos de vida i ansias de madre, le interrogó con asustada voz de niño:

—Me voi a.....morir.....verdad?

—No!—repúsole quedo, mui quedo, el buen amigo, mientras una ola de angustia le subía del corazón a los ojos en indiscretas lágrimas....

Para ocultarlas volvió el poeta la cabeza, i su mirada se detuvo absorta en la cuna de la reciennacida que labios cariñosos arrullaban.

Un alegre rayo de sol, caricia del cielo o luz de esperanza, jugaba con las galas del blando nido.

La niña lo miraba.... i sonreía!

1895.

PERFILES.

I.

Es la cándida niña, la angelical Ofelia.

Alba i blonda, blanda i dulce, inocente i casta, alondra i cisne, vaga en la región purísima del ensueño. La diadema del amor resplende en las sienes de la virgen.

Vedla, paloma, bajo la avasalladora mirada del águila. Vedla: la timidez en las manos, la emoción en el seno, el pudor en las mejillas, el beso en los labios, el candor en los ojos, el ideal en la frente, todo diáfano, todo azul, todo casto.

Niña la víspera, mujer apenas por la gracia del amor, nada sabía de sombras la adorable niña. De luz era su ambiente; sus émulas, las flores; soñar, talvez, la fácil labor de su alma.

I despertó, sorprendida, entre las redes del desamor i la injuria i del desdén i la muerte. I la pobre niña enajenada, que llorando reía o lloraba riendo, se durmió sobre un copo de espuma, i, mientras se perdía en las ondas del aire su último canto de amor, unjido en lágrimas, halló en las ondas del lago blanda i piadosa muerte.

Así muere el cisne.

Ofelia, en la inconciencia de la locura, como en la sencilla expresión del cariño, se lleva tras de sí, en ovación espléndida, las simpatías del auditorio. El au-

ditorio sufre el contagio de la profunda i dulce melancolía de la adorable hermosa niña.

II.

Ahí va taciturno, sombra que sigue a otra sombra, abismo que se asoma a otro abismo; ahí va, solitario, como ido de sí mismo, con el dolor i la vigilia en el rostro pálido, con el hastío i el anatema en los labios trémulos, con la duda i la ira en la mirada incierta, con las tinieblas del alma en la mente escrutadora. Ahí llega, envuelto en el sudario de la noche triste, tambaleándose en el misterio, i cae desplomado en el horror del vacío, sujestionado por el dolor supremo i obsedido por la eterna duda, doble corona de espinas ¡ai! que le oprime el cerebro hasta casi convertir en locura real su fingida demencia.

Helo ahí, echando la sonda de su poderoso verbo en el insondable mar sin orillas del más allá, del medroso ultra-tumba. El monólogo, siempre humano i siempre nuevo, surge de la interrogadora conciencia.

Ser o no ser.....! Morir.....! dormir.....! tal vez soñar!..... Edipo ante la Esfinge.

Ser o no ser!.. exclama Hamlet, i se siente calor de vida i frío de muerte.

Morir.....! dormir...! —balbuco Hamlet, i se hielà la sangre en las arterias.

Morir.....! dormir.....! tal vez soñar!—suspira Hamlet, i como que le nacen alas al espíritu i tiende el espíritu a huir de esta cárcel estrecha: el mísero cuerpo humano.

Hamlet, en la plenitud de lo sublime por la obsesión del eterno arcano, había dominado en absoluto al auditorio puesto en pasmo.....

CRITICA AL VUELO.

I

A Luisa Ozema Pellerano.

Ella, que ama el arte i tiene delicadezas de poetisa en su buen gusto literario, acabó de leer el siguiente expresivo párrafo:

“Y en tanto que el viejo enjugaba lágrimas rebeldes, con el dorso de su mano encallecida, el niño sonrosado y blondo sonreía con sonrisa picaresca sin saber por qué.”

Hablábamos, ella i yo, del hermoso cuadrito *Alba y Ocaso*, lleno de luz en el niño i de sombras en el anciano, i ella hacía del cuadro inteligente elogio.

—Pero.....

La conjunción, a guisa de reparo, brotó de ambos interlocutores.

—Algo huelga en la última bellísima pincelada.

Coincidíamos, ella i yo, en ese reparo de gusto artístico. Mera emoción estética.

Ella, menos exigente o más benévola, se limitaba a borrar el *sin saber por qué*. Yo, acaso sin saber por qué, borraba de los infantiles labios aquella *sonrisa picaresca*, para dejar en plena luz al niño que sonreía.

I la pincelada final del cuadrito, esplendente de verdad i de belleza, reapareció a nuestro juicio i a nuestro gusto de esta manera:

I en tanto que el viejo enjugaba lágrimas rebeldes, con el dorso de su mano encallecida, el niño sonrosado y blondo sonreía.....!

II

A Leonor M. Feltz.

He oído muchas veces i otras muchas he leído esta frase hecha:

La discusión había llegado a su periodo álgido.

Acabo de leer la misma proposición en un estimable semanario recién venido al estadio del periodismo.

Gramaticalmente considerada, la proposición es correcta.

Ideológicamente considerada, el pensamiento expresa lo contrario de lo que se ha querido decir. Si las voces se elevaban del diapason normal; si los rostros se enrojecían; claro es que la discusión había subido en grado termométrico. Luego, con álgido se ha pretendido expresar la idea de ardiente.

La fauna i la flora de las zonas glaciales, por la baja temperatura del medio en que vive la una i vegeta la otra, pueden calificarse de álgidas.

La fiebre álgida baja la temperatura normal.

Se ha caído pues en grave error de concepto.

Al periodo álgido de la discusión se llega, cuando ésta decae, i muere porenfriamiento.

III

A Eva M. Pellerano.

Leo:—Mozo trae cerveza....

¿Sujeto o vocativo?

Ese mozo parece lo uno i es lo otro. Lo primero, a guisa de apodo, le pareció a una estudiosa niña que acababa de leer tal proposición. Túvola por indicativa, cuando su autor ha querido (según luego se deduce) que sea imperativa.

La niña estudiosa, sustituyendo el que le pareció apodo por un florido nombre de persona, decía:—**Jacinto trae cerveza**.....

I con eso comprobaba que la juzgada proposición está en modo indicativo.

De donde procede el error cometido es fácil verlo i demostrarlo. Se origina en la falta de los indispensables **dos puntos**. **Mozo**, como vocativo que es, los exige para su necesaria separación del cuerpo de la proposición gramatical que subsigue.

Pero.... el error denunciado no anda solo. Hai, a renglón seguido, un caso de reincidencia. Este:

—**Isaac pobre amigo, tomas tú rom?**

Cualquiera, niña estudiosa o nó, echa de ver que falta ahí una coma para destacar, en lo que valga, ese desgraciado pobre amigo. Aquí del refrán, señorita:

—“**Quien hace un cesto**”....

IV

A César Nicolás Penson.

Cazo al vuelo dos opuestos juicios i los coloco vis a vis o en líneas paralelas.

Dice el uno, deslizado en un artículo de loas, no al genial poeta del **Intermezzo**, sino al travieso corresponsal de los **A través de París**, que:

"El odio de Heine a Alemania era un hecho....Y, sin embargo, los alemanes no maldican de él, porque su patria diera talento tan grande que en muchas ocasiones se nivela con el de Goethe!"

Dice el otro, comentando la actitud hostil de Alemania para con su ilustre hijo, que:

"Yo no soy de los que creen que Heine odiase su patria. Antes creo que la amaba; y en sus obras, al través de ironías amargas y sarcasmos sangrientos, se ve el amor triste y despechado que le profesaba. Y los escritores alemanes juzgan inoportuno todavía que se levante a Heine una estatua....!"

¿Estarán aun vivas las pasiones?

El juicio emitido en el primer párrafo transcrito es de un criticón, idólatra del humorista puertorriqueño, corresponsal de **El Herald**.

El razonado juicio del segundo párrafo es de Bobadilla, el reputado crítico cubano, el de **Capirotazos**, **Triquitraques** i **Solfeos**.

¿En qué quedamos, pues?

Quien se atreva o se decida a saltar por encima de una de esas paralelas, que se quede con la otra.

Yo voto con **Frai Candil**.

1895.

LA DOLORES.

Cayó el telón. i de muchos labios saltó, a guisa de verbo inconjugable, esta expresión de sorpresa: Ya!?

Era que el acto primero, primor de exposición del asunto que origina el drama i del medio en el cual va el drama a producirse, todo lleno de colorido local i de palpitante vida campestre, vida de gente sin artificio, había terminado demasiado pronto.

Eso decía un mi vecino, quien, acaso por vez primera, no se aburría desde el comienzo de una obra puesta en escena.

Andrés Julio (no Montolío) se llegó a mí diciendo: "Qué cuadro! Cuánta claridad i lozanía en la breve exposición del hecho sobre el cual se alzará el drama, i cuánta verdad en el mesón i en sus dueños i sus parroquianos".

Decíame, cabalmente, lo que yo estaba pensando de las pocas escenas del primer acto. El de las **Fantasías Indígenas**, i el de las **Cosas añejas**, i el de las **Vibraciones**, i el de las **Siluetas**, i el de **Antonia**, se hacían lenguas en loor del mesón i su animada concurrencia. La misma impresión favorable había en la generalidad de los espectadores. (*)

La atención, toda puesta en la Dolores, principia-

(*) Andrejulio Aybar, J. Joaq. Pérez, César N. Penson, Fabio Fiallo, Mig. Angel Garrido i Arturo Pellerano Castro.

ba a converger hacia el Seminarista. Algo informe se esfumaba en aquel mancebo hurraño, encojido, meticoloso, tan diverso del grupo de gárrulos y maldicientes que cortejaba a la garrida moza i murmuraba de ella.

Sobrevino la apuesta. La Dolores, mezcla de leona i de paloma, cede al reclamo del burlador coplero, su antiguo amante, i otorga la cita para las diez, en donde ha de empeñarse la batalla decisiva entre el amor i el odio.

I, tras el blando consejo, brota del pecho del seminarista —no como salto de agua, sino como erupción de fuego— el torrente de la pasión comprimida.

Tú! balbuce sorprendida la Dolores.

El! divulga, a gritos de mofa, uno del montón de los babiecas, i en poco estuvo que él lo extrangu-lase. El! i, entre asombros, el seminarista se lanza a las astas del toro i salva de ellas a otro hombre.

Un hombre! lo que necesitaba la Dolores, lo que la Dolores buscaba. Por eso, en raptó de amor aun inconsciente, cítele también para las diez . . . como quien se agarra, para no caer, de sólida columna.

Habiase redoblado el interés al reanudarse la acción del drama en el acto tercero.

Se acerca la hora de la cita . . . ¡maldita hora! La Dolores, en plena lucha interna, se debate entre las garras del odio i las sugerencias del amor. Van a encontrarse frente a frente, ¡por ella! por su imprudente confianza, el que aún la deshonra i el que la ama. El choque es inminente . . . La catástrofe se cierne por encima de su cabeza. El huracán ruje dentro de su pecho. ¿Cómo exponer al sacrificio a ese generoso mancebo,

cuya pasión se le ha entrado, a la Dolores, hasta el fondo del alma?

Otra lucha interna, no menos reñida, entre el seminarista i el hombre, sostiene consigo mismo el obediente sobrino de la mesonera. "O al seminario o a la cita". El dilema es forzoso. La tía lo empuja i la Dolores ayuda a la tía... I desaparece el varón fuerte, el hombre, para dar paso al seminarista que se va, que se fué... Pero... no! Retrocede, i reaparece, hecho hombre, junto a la Dolores.

Las diez. En la calle suenan guitarras i coplas. Tocan a la puerta. La Dolores es presa de angustias horribles. Hai que escojer, i aleja del peligro al seminarista i arrostra ella sola, heroína del amor que la redime, con la deshonra, el escándalo i la muerte. La puerta se abre. Entra Melchor, el coplero de las injurias, i la falacia i el odio evocan el hecho infamante.

El seminarista lo ha oído todo e interviene en el conflicto. I mientras la Dolores agoniza de dolor i de angustia, los rivales se encierran en estrecha estancia, con sendos puñales en la vengadora diestra, porque uno de ambos estorba al otro. Pasa un minuto, i ábrese la puerta i uno de los contendientes, demudado pero firme, aparece con su puñal tinto en sangre. El burlador de doncellas i coplero de deslices era el muerto.

A los gritos de la aterrada protagonista del drama acude la gente de dentro i fuera del mesón.—¿"Quién ha dado muerte a Melchor"? "Yo le maté"—dice la Dolores, en sublime rasgo que el amor inspira.

I en explosión de carne i de espíritu, de hombre i de amante, transfigurado, lleno de la realidad que lo absorbe i lo rodea, el Seminarista reivindica para sí el derecho de vengador de una honra que es suya.

Era de ver el espanto i el pasmo de la mesonera i de sus parroquianos ante la erguida talla del vengador mancebo.

El Seminarista era todo un hombre.

Tal es el drama de Feliú i Codina.

El auditorio, encantado de las escenas, por la sencillez i el verismo del asunto; complacido de los personajes, por la verdad i la naturalidad de todos ellos; dominado, en fin, por el creciente interés del drama i su soberbio desenlace; i especialmente satisfecho de la ejecución de la obra, pues todos estaban en cuerda i Roncoroni i Victoria Sala se excedieron a sí mismos, solia interrumpir con salvas de aplausos las mejores escenas, i prorrumpió en vítores e hizo explosión de entusiasmo al final de la representación, en obsequio debido a los artistas i en homenaje merecido del drama.

Si Mariana fué laureada por la Real Academia Española, acaso porque Echegaray es académico, el público dominicano ha discernido el lauro de su opinión i de sus simpatías al soberbio drama de Feliú i Codina: **La Dolores.**

1895.

VERA EFIGIES.

Ante el retrato de Carmita.

Nimbo de juventud sin nubes orla su frente, de palidez marmórea, sobre la cual palpita el beso de luz de la belleza. Del casto seno emerge, como del cáliz de una magnolia, el rico aroma de los veinte abriles.

Tiene suave la tez de nácar i fina la sonrosada oreja; la barba i la nariz, helénicas; entre sombras los rasgados ojos; luz del alma en las pupilas; casta i risueña la mirada.

Pétalos de entreabierta rosa son sus labios. En ellos se anida, como ave del cielo, la sonrisa cordial i blanda.

Desciende por encima del hombro i sobre el busto cae la trenzada guedeja, de abundosa mata de pelo, semejante a negra sierpe de anillos diagonales.

Aun aletean en sus sienes juveniles los últimos anhelos de la virgen.

La luna de miel esparce en torno de ella la luz benigna de las felices nupcias.

Virtud! expresa la blanda i cordial sonrisa.

Amor! la mirada risueña i casta.

Así, en la flor de la juventud i la belleza, cuando de la virgen surjía, al beso del amor, el angel bueno del

hogar, así aparece la radiosa imagen en el lienzo, al mágico conjuro del pincel del artista, como evocación inefable de la joven madre fenecida.

Es ella.....

Todos exclaman al verla:

“Está hablando!”

I el grupo infantil, huérfano de madre, la contempla en dulce arrobó i dice con filial ternura:

“Nos está mirando”!

1896.

PINCEL I LIRA.

Hermoso cuadro al óleo.

En la tersa i sonora badana de una rica pandereta, orlada de cintas tricelores que se enlazan i forman la bandera nacional, se destaca en plena luz artistica el precioso cuadro.

La fantasia del artista trazó en aquel lienzo circular, de reducido campo, algo así como un poema: iba a decir la apoteosis de una poetisa.

En primer término la gradería, llena de flores, que conduce al pórtico del templo apolinico. En el fondo se alzan las columnas del simbólico monumento. Detrás aparece el sol iluminando el horizonte.

A la derecha, apoyada en áurea lira, holiando palmas i rosas, luce de cuerpo entero la dulce cantora del monte i la ciudad de plata.

Es un pincel que riñe parias a una lira:

El pintor es Luis Desangles; la poetisa, Virginia Elena Ortea.....

1896.

TRIUNFOS CUBANOS.

No se alude a los de las armas.

Con o sin ellas, por el derecho o por la fuerza, la lei histórica de la independencia se cumple en América.

Trátase aquí de dos hermosos festivales lírico-literarios, habidos en Nueva York, en los cuales lucieron su inspirado numen pléyades de oradores cubanos.

En el primero, conmemorativo del Diez de Octubre, relampagueó i tronó la erguida tribuna patriótica por sendos viriles i edificantes discursos de Enrique Céspedes, un mutilado heroico; de Eduardo Yero, el periodista tribuno; de Desiderio Fajardo, un cautivo de su cuerpo trunco i señor de su generoso espíritu; de Manuel Sanguily, el tribuno periodista; de Genzalo de Quezada, el discípulo amado; de Enrique José Varona, el pensador tribuno.

Hubo una lira borinqueña, mejor dijera antillana, que cantó en sentidas espinelas el martirio i el heroísmo i la gloria de Cuba: la lira de Lola Rodríguez de Tió.

En el segundo, de la Sociedad Literaria Hispano-Americana, fué la tribuna foco de luz apacible, como de luna, apenas interrumpida por algún relámpago de ira o de protesta por la soledad de la solitaria del Caribe.

De la labor de ese centro de cultura habló E. J. Varona con palabras de doctrina i de elocuencia; de Julian del Casal, el malogrado poeta modernista, habló Enri-

que Trujillo; de José Martí, el maestro, como poeta simbólico, habló Fco. García Cisneros; del pesimismo como expresión de un ideal, en interesante conferencia, que fué un acto de fe en el verdadero i único ideal de Cuba, habló con fácil verbo el cultísimo autor de "Un hombre de negocios" i de Leonela.

Esos los triunfos de la tribuna cubana, alzada a los cuatro vientos del espíritu, bajo la poderosa égida de la "Libertad iluminando el mundo".

Tiene en ellos parte Puerto Rico: Lola Tió, dominicana de origen, es puertorriqueña.

Tiene en ellos parte Santo Domingo: Nicolás Heredia, de la familia dominicana del prócer cantor del Niágara, es dominicano.

Loada sea la confraternidad americana de las tres Antillas!

• 1896.

EL TENORIO EN ITALIA.

Don Juan es, sin duda, si se exceptúa la magna creación humana i eterna de Cervantes, la figura nacional por excelencia de la literatura española.

Figura legendaria, como es la del Tenorio, nada de extraño tiene que exista fuera de España una tradición relativa a nueva aventura de Don Juan i al origen de su familia.

Hai en la isla, cuna de los Bonaparte, una leyenda acerca de la más repugnante aventura, aunque frustrada, del seductor de novias i novicias. Cuéntase en Córcega que el famoso Don Juan llegó a la isla, de incógnito, ganoso de rendir a celebrada belleza i solicitado por el más cínico de los antojos.

La leyenda se resume así:

En Montemaggiore, aldea vecina a Calvi, el padre de Don Juan había seducido una dama, pariente suya en grado de impedimento canónico para el matrimonio, i de tal unión libre nació una niña de peregrina hermosura, la que, apenas llegada a la edad del vago ensueño i el núbil anhelo, sacó de quicio a no estaso número de admiradores de la gentil doncella.

Supo Don Juan de esa su hermana i de su beldad fascinadora, i la bestia humana despertó en él criminal deseo. Con nombre supuesto llegó a Calvi, i fué huésped de Aufrino, su deudo, en cuyo hogar vivía la corsa codiciada. Esta se enamoró del hermoso galán. E iba

a coronarse la torpe aventura; pero, como el seductor revelase a la incauta joven el vínculo de sangre que a él la unía, —refinamientos de bestia!— élla, en explosión de horror ante el incesto, osó desasirse i romper las redes de la tentación i poner a salvo de remordimientos su conciencia. Hubo estocadas de ira, i Don Juan, dejando de muerte herido al caballeroso Aufrino, salió ileso cual solía del feo lance, aunque fracasado el oprobioso plan que le llevara a Calvi i a Montemaggiore.

La leyenda corsa del Tenorio movió muchas veces la curiosidad de los tradicionistas. ¿Cómo había nacido esa tradición en la isla de Córcega? ¿Referíase a un Tenorio local, o a un episodio más de la vida de aventuras de Miguel de Mañara?

Sabido es que ese es el genuino Don Juan, el único histórico, el perpetuado por Tirso de Molina e inmortalizado por José Zorrilla.

De las investigaciones hechas en Calvi se obtuvo el resultado a que se contrae el siguiente relato de un periódico de España:

“El héroe de la leyenda corsa, es, en efecto, don Miguel de Mañara, español de nacimiento, pues nació en Sevilla en 1625, pero de familia corsa. En el archivo de la notaría de Coggia se conservan documentos que prueban que en 1634 don Tomás de Mañara Vicentelo de Leca, pádre de nuestro héroe, i su tío materno Aufrino estuvieron en Córcega instruyendo el expediente de pruebas de nobleza necesarias para ingresar en la Orden de Calatrava.

Del expediente resulta que tanto el padre como la madre de don Miguel de Mañara, o sea don Juan Tenorio, pertenecían a la noble i sanguinaria estirpe corsa

de los Cinachersi, contra la cual tuvieron que hacer una verdadera cruzada los genoveses i, no logrando dominarla, asesinaron traidoramente a 42 individuos de ella pertenecientes a la rama que lleva el apellido Leca. Los demás se expatriaron i estuvieron guerreando en dondequiera había estocadas que dar o que recibir i gloria i fortuna que conquistar, en Francia, en Italia, en España i en las Indias.

Uno de los establecidos en España casó con la hija de Cristino Mañara, almirante de las Escuadras aragonesas, i así entró el nombre de Mañara en aquella familia de corsos."

Tal es la historia de la familia i de la ascendencia de don Juan Tenorio.

Todavía hai otro dato.

Este: hace casi dos centurias que se inició el expediente de orden, en Roma, para la canonización de Miguel de Mañara. Provenientes del Vaticano hai en la Biblioteca Nacional de París dos volúmenes de actas de dicho expediente.

Sería verdaderamente curioso, i mui peregrino, que, después de haberle aplaudido tanto en el teatro, fuese un día venerado en los altares de la Iglesia Católica el prototipo de las aventuras del amor libre: el famoso Don Juan Tenorio.

1896.

MARTA.

Así se llama, con el nombre de la protagonista, la obra de J. Contreras Ramos. Es un ensayo dramático. En ella, como en *Antonia*, de A. Pellerano Castro, hai un drama. Ese surge de un conflicto, por duplicado, provocado por una doble preocupación social que aun impera, según el autor, en la colonia del antiguo conquistador Ponce de León i del moderno componteador Palacio.

Preocupación principal: la hija de un bodeguero blanco, hecho conde por las artes del tanto por ciento i de la intransigencia política, es mucha dama para un doctor mulato, hecho hombre i hecho médico por la gracia de dos redenciones: la libertad i el estudio.

Preocupación accesoria: la hija de un coronel laureado i de una noble matrona, sobrina de una ridícula antigualla, es mucha dama para el hijo de un conde que fué comerciante en salazones.

Resorte del drama: el amor contrariado.

Conflicto doble: el rechazo, con injurias y vejámenes, de ambos pretendientes.

Desenlace: la dama víctima del principal conflicto, Marta, muere de angustia i de asfixia; la dama, víctima del conflicto accesorio, Aurora, muere por envenenamiento voluntario.

Luce el drama por:

El asunto: Ningún tema más interesante que el conflicto de pasiones e intereses surgido del seno de una preocupación social arraigada.

Algunos caracteres: Están bastante bien delineados, hasta el fin, Marta i el Dr. Morales Pérez.

Esa niña mimada, ingenua hasta ser indiscreta i olvidarse del convencional recato, a fuer de ingenua; a quien el médico ha infundido su propia alma de hombre generoso i sincero, mientras la salvaba de las garras de la muerte; esa niña, que se hace mujer en la hora del conflicto; —i ese altivo i honrado liberto, de razón educada i de edificada conciencia, viva protesta de las preocupaciones sociales; son dos personajes bien concebidos o bien percibidos. ¿Abundan en el medio antillano-colonial de Puerto Rico? Ella tal vez nó; pero basta un solo ejemplar para no reñir con la lei de lo verosímil.

Algunas escenas: Dos del primer acto i varias del segundo responden a las exigencias dramáticas. El movimiento escénico, determinadas situaciones i el conflicto abonan en lo principal al segundo acto.

El drama adolece de graves defectos:

La tesis: es doble, o se presenta con un doble aspecto. Diríase que son dos problemas, indeterminados, que se desarrollan en líneas paralelas. Eso entorpece i debilita la acción dramática.

A lo dicho se agrega que la tesis se ve demasiado. Cada personaje la sustenta a su modo; pero en todos ellos se escucha el discurso del periodista preocupado con las absurdas preocupaciones.

Las preocupaciones: son dos, o dos géneros de la

misma especie. La segunda o accesoria, que de presunto resorte dramático se convierte en perturbador de las escenas conflictivas, huelga tanto más cuanto que ya no privan tales escrúpulos en la vecina colonia española. Sin duda que ya no habrá de esos rancios militares condecorados, más o menos descendientes del Cid o de Riego, que desdeñen para su hija la rica mano de un heredero del conde de Luarca o de. . . . Santurce.

Acto 1o. La exposición: A veces se hace cansada por floja, i languidece por escasez de acción i sobra de palabras. Hai un tal Fernando, secretario del conde i adulator de la condesita, que sólo sirve para prolongar las frías escenas de ese acto.

Acto 2o. El conflicto: Bien urdida va ahí la trama; pero esos chicos (Aurora i Carlos), maldito el interés que despiertan. Al contrario. Su caso es. . . . un caso cualquiera; enojoso, porque se entromete en el caso interesante del drama. I en pleno conflicto, cuando Marta se iergue, inviolable, entre su amante i su padre, está señalado con ese rasgo el final del acto. Lo demás redunda.

Acto 3o. El desenlace: La situación creada por los sucesos del segundo acto era de mui difícil resolución artística. De ahí lo inverosímil de la mayor parte de las escenas, lo violento de las situaciones, lo insostenido de algunos caracteres, lo malgastado de ciertos recursos. De ahí que la trama, consecuencia del conflicto, resulte burda i que se llegue al desenlace sin nervio i sin verdadera unidad en la acción dramática.

Los personajes: Adolece la mayoría de falta de carácter. Fluctúan entre diversos aspectos psicológicos. Parece serlo el Conde, (actos 1o. y 2o.) pero concluye con volubilidades de veleta. Carlos, su hijo, no es más

que un declamador en contra de las asendereadas preocupaciones. Es abogado sin pleitos i merece ser periodista sin objetivo. Nada hace la tía de Aurora que la caracterice i menos que justifique el miedo i el suicidio de su sobrina. I esta, tan bricsa, tan erguida, tan resuelta, capaz de haber burlado a la tía e ídose con el novio, opta por envenenarse, como cualquiera neurótica o romántica.

Ella, la altiva Aurora, tan realista!

Nada diré de los lunares de poca monta. Eso es peccata minuta. . . . I con una frase hago el resumen de mi modesto i sincero juicio:

Marta es un drama que sólo tiene un acto: el segundo.

Sobre esa base, con necesarias modificaciones, podría rehacerse la obra o hacerse otro drama.

Valga, empero, como ensayo dramático, o como primer peldaño de la escala por donde acaso logre subir a la escena, i aun quedarse en ella, el fustigador de las inicuas preocupaciones de su tierra. . . .

1897.

VOZ DEL CIELO.

A LUZ

(Melofrasis: Música de Enrique Cambier).

Lucecita: hija mía!

Ven! Acércate, Luz de mi amor.

Déjame bañar en el tibio ambiente de tu dulce mirada i en el suave perfume de tu casta sonrisa, para arrobarme en las celestes claridades de tus quince primaveras de virgen.

Ven! Acércate, Luz de mi alma.

Déjame ungir tus sienes de niña, candorosa i leda, en donde el ave de la inocencia formó su nido, con el beso de mi ternura rociado en lágrimas de amor de madre.

Ven! Acércate, Luz de mi vida.

Déjame plegar mis manos en tu frente, pura i limpia, para atraer sobre ella, en las alas de mística oración, los raudales de luz de las bendiciones del cielo.

Lucecita: hija mía!

Ven! Mi espíritu se cierne en torno tuyo, en este día de esperanzas trucas i de melancólicos recuerdos, i al conjuro de mi plegaria, piadoso reclamo de mater-

nal cariño, inclínanse los cielos para verter las ánforas
de su divina gracia en el hogar en duelo, huérfano de
madre.

—

Sé piadosa i buena, Luz de mi vida!
Dios sea contigo, Luz de mi alma!
Luz de mi amor, yo te bendigo!

.....

Dijo, bañada en lágrimas de ternura, desde el fon-
do de mi espíritu, el alma buena de tu santa madre.

—

¡Luz de mi hogar, mi Luz, bendita sea!

1897.

MONOLOGO.

Alma fuerte, no vaciles!

No tuerzas el rumbo cierto, enderezado a los más nobles ideales de la vida: el hogar encendido en virtudes; la patria enaltecida por la paz, el trabajo i el derecho; el mundo redimido de toda suerte de servidumbres por la libertad, la moral i la ciencia.

¿Qué te importan ; oh alma! las diatribas del error, de la maldad i de la ignorancia, si son injurias del tiempo, efímeras, i tú eres inmortal i vives en constante labor activa de obras de bien i de verdad i en perenne anhelo de verdad i de belleza?

Por debajo del corazón magnánimo siguen pasando, locas e inciertas, las saetas de las ideas infecundas i de la ruín maledicencia. La razón, educada en el amor a la verdad, se ha desasido, victoriosamente, de todo vínculo con el error, la superstición i el fanatismo, i asciende, ansiosa de luz, por la escala infinita del bien i de la belleza. La conciencia, acendrada en el deber, no sabe de dolos, ni de hipocresías, ni de mentiras.

Mira, alma, desde la eminencia de tu misericordia, las torpes malas artes de la iniquidad, del egoismo o de la envidia; i deja que cada uno cumpla la lei de su destino o la lei de su atavismo. Deja que ladre el mastín, que repte el gusano, que duerma la marmota; deja que

hurgue o husmee quien, reñido con la razón o privado de ella, se abandona a las furias de la bestia humana i apenas logra ver las maravillas del mundo moral i las del mundo científico, sino a través de la fe ciega o de la fe mentida.

Déjales! Por encima de todo lo mezquino, de todo lo rastrero, de todo lo que se engolfa en el "peca i reza", madrugador o nocturno, ciérnese el alma, "de cara al sol", templada al sacro fuego de la verdad, de la justicia i de la piedad suprema.

Alma fuerte, no vaciles!

Persevera con la pluma, con la palabra, con el ejemplo, en tu modesta i sana labor de educación i de civismo; i mantén en alto, a los cuatro vientos del espíritu, la divisa cordial —por amor i por deber— que luce la gloriosa enseña del periodista, del tribuno i del maestro!

1901.

EX-CORDE.

"He vuelto a él!"

Bani—Por F. G. Billini.

Hace ya mucho tiempo!

Siete lustros van corridos desde aquellos lejanos días de mi adolescencia, adorables, que fueron para mí dos fugaces meses de asueto, en uno como delicioso oasis, en este ameno valle de églogas e idilios, en donde vive, vejeta i ama, i en ocasiones sueña, al blando arrullo de las aves de sus alcores i de las aguas de su río, al plácido abrigo de ese manto onduloso de colinas, i orlado con la diadema de lomas que culminan con Peravia,—el simpático Bani.

Siete lustros! Extraña bandera, la oriflama, ondeaba entonces aquí, lo mismo que en toda la República, al beso ardoroso de la brisa; reciente aun el noble rasgo, la genial protesta de la doncella altiva, cuyo era el apodo sugestivo que poco después inmortalizaran el héroe i los bravos de la "Canela". (*)

El voraz incendio, goloso como nunca, aun no había consumido los bohíos de indígena alcurnia ni las modestas casas solariegas; casas blancas, de techos grises, que emerjian del valle como el rebaño del aprisco.

Máximo Gómez, el futuro héroe-máximo de Cuba

(*) Encarnación: la última hija del expresidente Manuel de Regla Mota.

irredenta, asumía, decidor i jovial, la representación de la juventud galante; i Francisco Gregorio Billini, el futuro presidente civilista, trovador efusivo, se exhibía de joven i tomaba del natural apuntes i perfiles para su hermoso libro de costumbres banilejas.

Abundaban las bellezas de quince abríles.

Baní era como un cielo. Sendas "Lunas" había en El Llano i en Matanzas. Por Paya asomaba la "Aurora"; i el "Sol" iba a aparecer en Boca-canasta o en Sombrero. Diversas constelaciones lucían en otras aldeas i en la villa. Sus fulgores solían llegar a orillas del Ozama.....

La juventud de la Primada venía entonces, en una como romería del amor i la belleza, ávida de emociones, a gozar de las tradicionales i emotivas fiestas de Baní, en ocasión del novenario i el octavario de la Virgen de Regla, patrona del valle; i era siempre la bienvenida.

De cordialidad i alborozo eran las horas pasadas al calor afectivo del hogar banilejo. Como una alborada, la venida en bulliciosa caravana; cabalgata de sombras, el regreso.

Entonces no era "cuento de camino", sino expresión gráfica i fidedigna de dos opuestas impresiones del mismo ánimo, aquello tan sabido de la ida alegre i la vuelta triste, que alguna vez hubo de ocurrir en Paya de esta suerte. A la venida:

—¿"A dónde vas, tan alegre i orondo, caballero del alazán brioso i la dorada espuela?"

—"A donde he de ir, curiosa i gentil payesa, sino a la fiesta, a las fiestas rumbosas de Baní!"

Al regreso:

—¿"De dónde tan treste vienes, caminante o peregrino?"

—“¡Ai, payesa gentil i compasiva! ¿de dónde he de venir?..... Se acabaron, se acabaron ya, las fiestas de Baní!.....”

Hace ya mucho tiempo!

¡Oh las castas memorias de la dulce adolescencia! Como un halo de luz, sonrisa de la aurora, fulgura en las lejanías del recuerdo la profunda emoción estética que sentí al contemplar, por vez primera, este valle pintoresco i al bien hallarme entre sus afables i expansivos moradores.

¡Oh los recuerdos inefables de los felices tiempos que fueron i de las cosas idas en la primavera de la vida!

Hace ya mucho tiempo....

Por aquí pasó la guerra nacional, i luego la guerra fratricida. Por aquí pasó el botón de fuego, devastador, de dos pavorosos incendios. Casas i bohíos fueron convertidos en pavesas. El soplo del infortunio aventó sus cenizas. El soplo de la muerte abatió los robustos troncos de las casas solariegas.

No pocas familias se alejaron un día del solar nativo. Restos dispersos regresaron luego, cual el hijo pródigo, al bendito hogar de sus mayores. Nuevos hogares surjieron al conjuro del amor; el idilio se trocó en epitalamio. Baní rejuvenecía; rejuvenecía i tornaba a ser la gloria del apacible valle.....!

Mas ya no emerjen de su regazo, como el rebaño del aprisco, las casas blancas con techos grises de cana o de yarei, que fueron antes abanicos de las palmeras.

Aún no se extingue del todo el sabor de la tierra-

ca. Algo queda del gusto sencillo i de la vida pastoril de los abuelos. I queda, inalterable en su belleza esplendorosa, cuanto es gala i dujo natural del valle pintoresco. Cíñelo el ondulado cinturón de verdes lomas i colinas. Oréalo, a plena luz solar, la brisa esparcidora de perfumes. Luce sobre la villa i los campos, siempre igual, un cielo de ondas de zafiro; i en los cerros, que el verano viste de esmeralda, se prenden las nubes, como velos de novias, en las nupcias del Sol i de la Luna. La puesta del astro, magnífica floración del crepúsculo vespertino, se reproduce con los varios tonos de la gama del iris.

Soberbia despedida la del Sol al ocultarse tras el vecino monte!

Se inicia con un ramillete de rayos de oro: es el incendio en la cima de los cerros. Luego, entre jirones de nubes irisadas, se desgranán los rubíes de inmensa granada: es el torneo de los colores. Después, sobre la tersa superficie azul-perla de la atmósfera, se desata una cascada de estrellas i de rosas: es la apoteosis; es el último canto del Sol a las bellezas del valle peregrino!

Ibame yo, la vez primera que estuve en Baní, hace más de siete lustros, llevándome algo de sus primores: la fresca linfa de su río, la miel de alcarria de sus panales i el néctar delicioso de sus cabras, en los labios sitibundos; el panorama de sus lomas, la apoteosis de sus crepúsculos i la olímpica serenidad de sus noches i de su cielo, en los ojos complacidos; la banileja cordialidad de sus hogares, en lo íntimo del alma.

Iréme ahora, revividas las impresiones que bullen en las lejanías del recuerdo, renovadas las emociones

que debo al ameno valle, gozoso de "haber vuelto á él"—, dejando aquí en prenda de mi fidelidad a las memorias carísimas de mi adolescencia, en el alba de mi juventud soñadora, las mimadas flores del huerto de mi alma: mis hijas.

En ellas se reflejan mis afectos de ayer i mis anhelos de hoi por la alegría i la cultura de Bani!

Primavera de 1901.

EVOE.

FUERZAS CONTRARIAS.

Por A. H. PELLERANO CASTRO.

¡Salve, poeta amigo!

Varias veces, en una i otra noche, le exigió el auditorio que se presentase al palco escénico a recibir aplausos. Era un obsequio debido al novel dramaturgo que, de un golpe de luz, ha penetrado en las sombras i los misterios del drama. ¡I cuándo! i cómo! i dónde!

Cuando la erótica música de la zarzuela i la música lasciva de la opereta se enseñorean del escenario. Como quien, a hurtadillas, se da el lujo de hacer el amor a Dulcinea. En donde, frente a las monótonas hileras de los sumandos, el ruido de las monedas ahoga el ritmo de la lira.

Eso aquí no es extraño. Yo sé de otro drama nacido sobre un mostrador de telas burdas, entre el cotin i el gante-lona. J. J. Pérez, padrino i biógrafo suyo, antes de ser notario daba fé de ello. Mas eso da mayor relieve al drama. Eso lo unje con óleo que redime. Así, de carbón i de mina mortífera, brota el diamante. Tente, oh pluma! Cesa tú, emoción estética! Déjale el campo al juicio literario.

Fuerzas contrarias, es realista por el fondo i lírico por la forma. Perlas i flores cubren su desnuda carne. Procede, por filiación directa, de la neurasténica familia dramática de Echegaray. El vaho del Galeoto se percibe en varias escenas. Eso constituye un defecto.

Hai riesgo de caer, por seguir las huellas hondas de ciertos ingenios, extravagantes en su mismo superior talento.

Fuera de lo dicho, que al conjunto atañe, hai detalles i caracteres que exigen más relieve. Falta íntima escena de hogar que deslinde dos puntos de miras: el de la virtud, con Magdalena; el del delito, con Manuel. Falta, en el acto segundo, escenas de confidencias entre el íntegro Alfredo i la enferma madre de María. Pero él debe sustituir su toga de abogado por la de médico. Este, si filántropo, es mejor amigo i confidente. A Magdalena le convendría la diaria visita del médico. Con tal permuta se abonará mejor el hermoso papel de Alfredo. Acaso podría destacarse más, al plantear el problema, la figura de Fernando.

La forma, aunque se la podase del exceso de follaje, sería siempre huerto de lirios i de azahares. La profusión i el cabrilleo, ya del romance, ora de las quintillas, mueven a pensar en cascada de rosas o en tórrida lluvia de estrellas. Qué primor!

El drama—que sólo es nacional por el medio en que se produce— ha merecido ardorosos plácemes. Arturo ha entrado, con pié seguro, frente alta i templada lira, en el templo de Talía. Es un triunfo que le honra i que enaltece a la literatura patria. Yo lo celebro complacido.

¡Bienvenido sea el autor de *Fuerzas Contrarias!*

1892.

BRINDIS DE SALAS.

Tres conciertos dió en la histórica ciudad del Oza-
ma, tan devota de las bellas artes i especialmente del
arte de las armonías, el afamado i ya famoso violinista
cubano. Claudina Vásquez, la graciosa borinqueña,
prestóle apreciable concurso i contribuyó con
arias, cavatinas, nocturnos i serenatas, cantando a ve-
ces i a veces al piano, al méjor éxito de las hermosas
veladas.

Brindis de Salas se enseñoreó del palco escénico i
dominó al selecto auditorio que, ávido de oírle i de oír
su alma en las cuerdas del violín, había ido de buen gra-
do al "Teatro de la Republicana". ¿Con qué palabras de-
cir el extraño religioso recogimiento del auditorio mien-
tras ese mago de la música, transfigurado, recorría con
su arco de peregrinas virtudes las sumisas i dominadas
cuerdas del rebelde instrumento inmortalizado por Pa-
ganini?

El artista, haciendo balbucir i hablar, reír i gor-
jear, gemir i llorar, maldecir i orar al rebelde violín,
domado por él i por él enaltecido, sedujo a la concurren-
cia i la tuvo como suspendida de su arco-plectro cada
vez que, nuevo Orfeo, en alas de su musa o maga inspi-
radora, ascendía por escalas i duos i trenos de superior
gimnasia, o de melodías no aprendidas, a los cielos de
lo sublime en el arte.

Entonces..... puesto el auditorio en pasmo, to-

das las almas comulgaban con el alma del virtuoso en el ara de la más honda e inefable emoción estética. La fascinación sólo terminaba con la última leda nota, que moría como un suspiro de amor, i libre el subyugado auditorio de la dulce presión de aquella atmósfera de luz sideral, de lluvia de estrellas, rompía en unísino prolongado aplauso i rendía ovación espléndida a Brindis de Salas.

El triunfo del laureado violinista, honra de Cuba i de los más célebres Conservatorios, fué tan cabal como merecido. Brindis de Salas es uno de los escogidos; es un virtuoso de la regia estirpe de los príncipes del arte musical en la escasa familia de los Paganini i de los Sarasate.

La sociedad dominicana, que supo corresponder a las esperanzas del artista, i aún colmarlas con abundancia de corazón, deja escrito en el libro de sus recuerdos más gratos la gratísima memoria de los tres conciertos en que brilló, como estrella de primera magnitud, el ya famoso violinista antillano.

Ese, aunque modesto, es nuevo lauro para su diadema de artista.

1895.

DULCES MEMORIAS.

Hace ya tanto tiempo!

Vuelvo los ojos del espíritu —la imaginación i la memoria— hacia el alba nueva de la República restaurada, i alcanzo a ver en las lejanías del recuerdo el alma de las cosas idas.

¡Cuán dulces al cariño i amable son para mí las cosas de la infancia, de la adolescencia i de la juventud que tuvieron alma: el alma candorosa i poética de la alborada i de la mañana de la vida!

María Nicolasa Billini, venida al mundo en los días del advenimiento de "La Trinitaria" —taller i fragua en donde se forjaron los próceres i los héroes del histórico Febrero— había caldeado su espíritu al fuego del patriotismo i quiso, dándole un selecto objetivo a la fuerza activa de su juventud no exenta de nobles aspiraciones, hacer obra de civismo haciendo labor escolar de educación femenina. Quiso, i fundó en hora feliz su colegio de niñas **El Dominicano**.

Era un florecimiento.

Hasta entonces solo había en la Ciudad Primada, Atenas que fué del Nuevo Mundo, algunas escuelas en pañales. Eran de labores de mano i de primeras letras. Se enseñaba en ellas a "leer", a "escribir", i a "contar". Se leía "deletreando" i "decorando" o "de co-

rrido". Confusos manuscritos, que solían ser expedientes judiciales, servían de libros de lectura i de modelo de escritura de letra cursiva. Se canturreaba la doctrina cristiana. Era absoluto el imperio de la memoria.

¿Necesitaba el "sexo débil" o el "bello sexo", como aún se denominaba al sexo de donde salen las madres, saber algo más i saberlo por sí mismo i por amor al estudio? Así se argüía o se redargüía en buen número de hogares.

"Ir á la escuela", si ya no un castigo, era una penitencia. Sólo el Seminario, de aulas concurridas merced al afable verbo i al trato cordialísimo de su joven rector, el Padre Meriño, había roto desde 1859 el molde del viejo sistema de la rutina i había proscrito la bárbara sentencia: "la letra con sangre entra". El Seminario de Santo Tomás de Aquino era, al calor de la sugestiva elocuencia i del afecto efusivo del Pbro. Fernando Arturo de Meriño, único oasis en el árido desierto de la enseñanza.

• • •

El Dominicano, como el "Colegio de San Luis Gonzaga", fue un florecimiento.

El árbol de la educación de las niñas, hasta ese momento de escasos frutos, daría en lo sucesivo, con más lozanas i abundantes flores, mejor i más copiosa cosecha. Hubo una fuerte corriente de simpatía hacia el nuevo instituto. Procedía, principalmente, de los hogares ricos u holgados. Se abrieron los cursos, en medio de indecible alborozo, con un enjambre de alegres mariposas. Eran niñas de 6 a 11 años. El grupo de las fundadoras, las primeras hijas mimadas de Nicola,

semejaba un cesto de flores o un nido de alondras. Eran: Carmita García, Hortencia Victoria, Altagracita Abreu, Tali Bona, Mercedes Brea, Natividad Tavares, Marianita García, Amalia Reyes, Anita Leyba, Belica Valverde, Petronila Altagracia, Lolita Arredondo, Conchita Vicioso, Emilia Abreu, Lola Bonilla, Virginia Lajara, i otras chicuelas que también tenían el alma llena de trincs i de perfumes.

Lucía el programa nuevas asignaturas.

Se escribía al dictado; la lectura era explicada; en vez de "a sacar cuentas," se aprendía Aritmética; cursábanse diversas ramas de la Geografía Universal i de la isla. A poco se ensachó el campo de estudio del lenguaje. Las nociones de Moral i de Relijión ocupaban sitio preferente en el programa. La Música, como adorno, acompañaba a las labores de mano. En las últimas hubo obras artísticamente hechas; algunas exigieron dedicación de benedictino. Todavía se conserva una, mui celebrada entonces, obsequio de una de las primeras alumnas a la directora del colegio.

Los exámenes de prueba, antes del primer año escolar, despertaron vivísimo interés en el seno de las familias. El *Dominicano*, escuela i hogar, era a todos accesible. La juventud de ambos sexos acudió, solícita, ganosa de dar fe del triunfo de la señorita Billini en la etapa inicial de su ministerio.

El júbilo promovido por el feliz éxito se difundió en todos los hogares i se encomió por la prensa. El porvenir tendía las manos, llenas de promesas, al recién creado plantel de señoritas.

Puesto El Dominicano, a la antigua usanza, bajo el patrocinio de María de Nazaret, contribuyó a dar esplendor al culto de la Virgen en el florido Mayo.

Regina se vestía de gala, de azul i armiño, o de perla i rosa, i se enfloraba de suerte que amenísimo vergel de Granada parecía. A los atractivos del templo, convertido en inmenso canastillo de flores, se unía el plácido aliciente que al sencillo culto comunicaba el bullicioso enjambre de las candorosas niñas.

Alba la veste i al pecho la banda azul ceñida, cubierto el rostro de lirio o de canela con diáfano velo, veíase en las gradas del presbiterio el coro de niñas que entonaba dulces himnos al ofrecer ramos de flores i guirnaldas a María.

—Aquí estamos, madre mía,
llenas de santo fervor...—

rompía el coro de ángeles, a los acordes i los arpejos del órgano, i luego se oía el suave jiro de unas alas de seda i oro en el símil de esta estrofa:

—Cual alegre mariposa,
juguetando entre las flores,
vengo a poner mis amores
en tu seno virginal!

Era Carmita García.

A su turno, con voz emotiva, fervorosa, cantaba Altagracita Abreu:

—Acepta, madre piadosa,
de mi fe la expresión pura,
i conserva en su hermosura
a mi tierno corazón.

Mercedes Brea, con acento de plegaria, concluía:

—Del mundo la oscura senda
voi a cruzar, madre mía:
se tú mi luz, tú la guía
que ilumine mi razón.

Tali Bona, Amalia Reyes i Lolita Arredondo cantaban, como aves del cielo, sendas estrofas; i alborozado el coro repetía:

—Aquí estamos, madre mía,
llenas de santo fervor,
a ofrecerte, con porfía,
nuestra inocencia i candor...

Cobró auge el culto de las flores de Mayo, en el templo de Regina, i el segundo año acudía el coro de ángeles con un nuevo himno. Con un tercero hizo su cofrenda el año siguiente. Cuarenta voces infantiles al unísono entonaban ahora:

—El orbe entero ¡oh María!
te saluda con fervor,
i proclama, en su alegría,
que eres madre del Amor!

I unas tras otras se desprendían del grupo encantador hasta ocho niñas para saludar, en sencillas estrofas i con voz de arrullo, a la Virgen del Amor Hermoso.

Era un tributo de piedad filial que, ajeno de hipocresía o de fanatismo, consagrábale la inocencia en aras de su fe cristiana.

Cuatro años de faenas contaba el colegio de María N. Billini cuando fue a ocupar la espaciosa casa llamada

de San Pedro. Estaba en su apogeo. Sus exámenes ofrecían cada vez mejores frutos. Se estaba aún lejos del saludable imperio del método racional de educación; pero atrás iban quedando los procedimientos de la rutina i el falso concepto de lo que debía ser una escuela de niñas. Cabía un acto en honra de la benemérita mentora, i la sociedad **La Juventud** acordó ofrecerle una medalla de honor conmemorativa de su improbable labor en el majisterio.

Era prima noche i era el acto solemne de la distribución de premios. Asistía la plana mayor de aquella sociedad de estudios i recreo. Allí estaban: J. Francisco Pellerano, M. M. de la Concha, Miguel Román, M. de J. Rodríguez, Andrés M. Aybar, J. B. Vicini, Francisco Herrera, Francisco Aybar, Rafael Abreu L., Alfredo S. León, Vicente Galván, Abraham de Marchena i otros no menos entusiastas.

Yo también estaba.

Hubo saluciones en prosa i en verso. El Padre Santana, nuestro distinguido huésped, un elocuente orador sagrado que solía recordarnos en el púlpito al ausente i no olvidado Padre Merino, levantó los corazones con su inspirado verbo; i al calor de aquella atmósfera de juventud i vida, de promesas i esperanzas, alguien me impulsó a la improvisación, de que antes hicieran gala Rodríguez, Román i Pellerano en obsequio de **El Dominicano** i de su fundadora laureada. I allí surgió todo un soneto cuyos son los tercetos que enseguida copio:

—Mujer sublime, de saber modelo!
audaz tu genio la nación admira;
la patria aplaude tu constancia i celo.

El lindo grupo que ante tí se mira
es la guirnalda que te ciñe el cielo;
amor el premio que tu afán inspira!

Recuerdo que esa flor de poesía, sobre la cual cayó una lluvia de aplausos de las alborozadas alumnas, me valió la alta distinción de ser yo el designado para colocar la medalla de honor del colejio en el pecho de la agraciada: Era la inteligente i estudiosa Rafaela Ortega.

• • •

Algunos años después, las discípulas de Maria N. Billini, ornamento de la sociedad, eran unas alegría del hogar i otras eran esposas i madres ejemplares.

• • •

I años después, cuando se fundó la Escuela Normal i Salomé Ureña de Henríquez, adoptando el plan de educación de ese instituto modelo, abrió bajo su dirección el "Instituto de Señoritas", fui de los primeros, como consecuente amigo i como Inspector de Enseñanza, en solicitar de la distinguida directora de El Dominicano que, como su hermano el Padre Billini en el "Colegio de San Luis Gonzaga", acomodase su plan de estudios al método racional de educación, utilizando los servicios de algunos maestros normales recién investidos. En el mismo sentido i con igual interés en pro de sus discípulas solía hablarle otro de sus viejos amigos: Juan T. Mejía.

Demoró algo en acoger esa insinuación sincera; pero en la última década fue servido El Dominicano por varios profesores normalistas.

Hace ya tanto tiempo!

Vuelvo ahora los ojos del espíritu hacia aquella alba nueva de la República restaurada, i alcanzo a ver en las lejanías i lontananzas del recuerdo el alma rediviva de las cosas idas.

Dulces memorias de la infancia, de la adolescencia i de la primera juventud amable i soñadora!

El Dominicano, sus primeras mimadas alumnas i su meritísima fundadora, en adorable síntesis, ocupan luminoso punto entre las cosas idas, aun caras al espíritu, que brillan en el cielo de mis memorias del alma!

1903.

EDUCANDO.

A mis discípulos.

Sólo Dios es infalible.

Guardémonos de emitir opinión i de formular juicios mientras no conozcamos los datos i antecedentes del caso.

La pasión es pésima consejera.

El prejuicio no es fruto de razón sana, sino de razón enferma: apasionada o interesada.

Hai que ver con los ojos del alma i con espíritu sereno cosas i hombres; con mayor serenidad aún, si hombres i cosas nos desagradan.

Nada hai más difícil para la conciencia que distribuir propias i ajenas responsabilidades.

Dios está en nosotros i con él el espíritu de justicia; pero sólo Dios es infalible....

• • •

Un equivocado concepto de la vida i de los fines altruistas de la vida, —opresa por el egoísmo generador de la lucha por la existencia— ha pervertido el criterio moral del hombre en sus relaciones con sus semejantes.

Hai varios factores que dan como producto la perversión moral del ser humano: herencia, ignorancia, fanatismo i medioambiente.

Los vicios, lo mismo que las virtudes, se heredan. Es la lei del atavismo.

La ignorancia es ciega: a ciegas anda i lleva al abismo de todas las ignominias.

El fanatismo desata los lazos más puros de la naturaleza, excluye los dictados de la razón i ahoga la voz de la conciencia.

El medio ambiente social envuelve de continuo, como la atmósfera a los cuerpos físicos, a los elementos activos i pasivos de la sociedad humana.

Urje, pues, reaccionar contra la herencia i el medio, si nocivos; i urje redoblar el esfuerzo para extirpar de raíz el doble cáncer del fanatismo i la ignorancia.

• • •

El odio es infecundo.

Sólo por el amor se vive la verdadera vida.

Todas las religiones profesan el amor como doctrina. El Cristianismo formuló, por los evangelizadores labios de Jesús, estos saludables preceptos: "Amaos los unos a los otros"... "Ama a tu prójimo como a tí mismo"... "No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a tí".

Amor es fe, esperanza i caridad.

Las ideas de Bien, de Verdad, de Deber, de Derecho, de Justicia, de Equidad, de Beneficencia, de Educación, de Paz, de Libertad, de Progreso i de Civilización —todas nobles i fecundas— emergen de una misma fuente de vida: el Amor!

No sólo la ignorancia es atrevida.

El error, como ella, tiene sus audacias.

El error goza de auge, con menguá de la verdad,

cuando la pasión i el interés privan en el campo de las relaciones sociales.

Fatales suelen ser las consecuencias del error o las del falso concepto. Un falso concepto, si proviene de cualquiera altura caldeada por la pasión o el interés de la hora, tiende a convertirse en aberración mental de fanáticos e ignorantes.

• • •

Tal ocurre con "el héroe" i con "el héroe malogrado". Falacias de la hipérbole!

El heroísmo es atributo de las almas buenas, como la enerjía lo es de las almas fuertes.

El héroe es fuerte por el carácter i es bueno por la magnanimidad i el verdadero sentido de la vida.

Toda vida edificante es vida heroica.

Sinceridad i filantropía son virtudes propias del héroe.

El héroe no es malvado, ni cruel, ni egoista. No sabe de hipocresías ni de engaños. Tampoco sabe de conquistas, usurpaciones, despotismos o tiranías.

• • •

Carlyle sólo exulta a estos próceres del heroísmo: el héroe-dios, el profeta, el apóstol, el libertador i el poeta. Jesús,—Isaiás o Mahoma,—Juan de Patmos o Lutero,—Moisés o Lincoln,—Homero o Dante.—he ahí el héroe.

• • •

La sabiduría i la ciencia tienen sus héroes: Salomón, Confucio, Platón, Aristóteles, Arquímedes, Tomás de Aquino, Bacon, Colón, Servet, Newton, Galileo,

Franklin, Fulton, Morse, Darwin, Comte, Pasteur, Edison, Tesla, Marconi.....

La patria i la libertad tienen los suyos: Aristides, Cincinato, Arminio, Viriato, Juana de Arco, Guillermo Tell, Cuautémoc, Enriquillo, Washington, Bolivar, Hidalgo, San Martín, Sucre, Duarte, Aguilera, Sánchez, Céspedes, Rizal, Martí....

El filósofo i moralista, si héroe, ofrenda su vida en aras de la verdad i del deber: Sócrates muere con la olímpica serenidad del justo.

El héroe-dios ofrenda su sangre en aras del bien i de la verdad: Jesús expira en la cruz, símbolo de redención, con la piedad suprema en la mirada extinta i la palabra de amor sobre los labios sitibundos.

•••

Libertad i patria son caros al heroísmo.

Ricaurte, héroe, malogrado en flor, es alto ejemplo de inmolación sublime. Policarpa Salavarrieta, la virgen heroína, "yace por salvar la patria".

Heroísmo es ejemplaridad i preeminencia.

Heroísmo es holocausto!

1903.

ETICA I ESTETICA.

EDITORIAL DE LA CUNA DE AMERICA.

Exije la Pedagogía —i ese principio, de fórmula moderna, es una de las más nobles conquistas de esa ciencia social— que sea simultáneo i paralelo el desarrollo gradual de los organismos que integran al ser humano. De ahí la lei del equilibrio, saludable, en las facultades del alma i en las funciones de la vida psicológica. De ahí, también, la necesidad de la doble cultura, ética i estética, en el hogar, en la escuela i en los círculos sociales.

La flor del Bien i la flor de la Belleza, rosas gemelas, brotan del mismo rosal i son galas de un mismo pensil: el organismo emotivo, o afectivo, que corresponde a los fenómenos de la sensibilidad psíquica.

La mera noción de aquel principio i de sus fenómenos naturales, de armonía, indica como hai que cuidar con esmero esa planta, el florido arbusto, para que ambas rosas luzcan en todo el primor de sus encendidas corolas, émulas de la llama, e impregnen i purifiquen el medio ambiente con su ideal perfume.

No es, empero, ese cuidado un atributo o un deber exclusivo del hogar i de la escuela. Hai que cumplirlo, cierto es, con amor de madre i con paternal interés, en todo hogar de virtudes, en todo hogar que verdaderamente lo sea, allí donde la bestia humana, tal vez apocalíptica, humillada o vencida, yace a los pies del ánjel.

Hai que cumplirlo, también, con dedicación de padre o madre espiritual, con espíritu apostólico, con robusta fe de educador consciente, en toda escuela, en cada aula, en cada curso, allí donde el aula o la escuela es, a un tiempo, hogar, taller i templo, i donde cada alumno es artífice moral de sí mismo i es obra de su propio esfuerzo, racional i naturalmente dirigido o puesto en la vía por el maestro.

Eso es humano, eso es educador. Más aún, es necesario; i hai el deber imperioso de su leal cumplimiento en lo que a los padres respecta, i hai que velar porque los maestros no lo olviden o pretermitan.

Más no es ése, nó, el solo campo de cultivo para las flores del Bien i de la Belleza. Nada se obtendría, o sería poco, con limitar al hogar i la escuela el benéfico influjo de la educación ética i de la educación estética. Ambas deberían alcanzar, con su saludable acción, a todos los círculos sociales.

Convendría que existiera, a la manera que en las olas del Océano de agua o como en las ondas del Océano de aire, un continuo flujo i reflujó de limpias corrientes de moral i de belleza, de fuera para dentro, o sea: de los diferentes círculos sociales hacia el hogar i la escuela; i viceversa: de entrambos hacia los diversos círculos sociales.

¿Cómo establecer esa doble corriente en lo que a la difusión i el ejercicio del Bien atañe?

Con el alto ejemplo. Con el desfile, a diario i permanente, de cuantos buenos en el mundo han sido. Viviendo bien i cada vez mejor la verdadera vida; apostolando, no como se piensa, sino como se vive, ya que sólo "predica bien quien bien vive." Edificando, conti-

nuamente, con espíritu de caridad i en obras de filantropía. Haciendo efectiva, en calles, plazas i círculos, junto con la higiene fisiológica, la higiene moral. A ese fin propende una serie de disposiciones legislativas que se ocupa en dictar el Gobierno de la República en Francia. Por la última se prohíbe i reprime cuanto aparezca de obsceno en toda suerte de impresos i grabados circulantes o fijos. De ahí se pasará, sin duda, al abierto i abundoso campo del teatro. En ambos i en todos hai aquí que moralizar. Urje proscribir, en absoluto, todo lo que en algún modo sea contrario a las buenas costumbres, a la moral, al mútuo respeto de la sociedad i del individuo.

¿Cómo encender en las almas la lámpara milagrosa del culto a la Belleza?

Estimulando el gusto artístico. El arte es una actividad social, es un poderoso elemento de vida, i sus manifestaciones geniales despiertan la emoción estética e inician al pueblo en el culto de la belleza. Museos, academias, conferencias, exposiciones, certámenes, concursos; cuanto abra palenque libre a las bellas artes i ciña lauros a la Belleza habrá de contribuir, indefectiblemente, al más alto desarrollo del sentido de lo bello.

Contribuyamos todos, pues la obra es común i el porvenir es de nuestros hijos, por todos los medios lícitos, a la doble cultura ética i estética en el hogar, en la escuela i en los círculos diversos de la sociedad dominicana.

1904.

LA CIUDAD MUERTA.

Era domingo.

Las campanas, heraldos de bronce que hablan al espíritu desde las altas torres —graves atalayas de los templos— guardaban silencio en aquella tarde de azul atmósfera de estío.

Muñcos estaban los círculos artísticos i literarios; el teatro, mudo. Nada de actos de edificación o de cultura; nada de inocentes juegos de deportes ni de juegos populares en los barrios.

Escasa era la concurrencia en los casinos i los clubs; sólo se oía, de vez en cuando, la voz alborozada de "jaque al rei", merced a un hábil "salto de caballo", de algún perezoso jugador del estratégico ajedrez; o el seco golpe de las inquietas bolas del billar en las tandas de carambolas.

En el de Damas —nido de alondras i filomelas— únicamente había tres o cuatro hijas de Eva. La una parecía absorta en la lectura de cierta revista ilustrada; la otra recorría, suave i lentamente, con frágiles manos de azucenas, el eburneo teclado del piano; la tercera, de pié en el balcón, dirijía la vista al espacio, al horizonte azul marino, con esa vaga e imprecisa mirada de quien no ve lo que mira. Dijérase que soñaba o que rimaba alguna estrofa de amor o de añoranza.

* * *

Solitarias i tristes estaban las calles.

En los parques apenas discurría algún grupo, escaso, de habituales contertulios al aire libre, el cual dejaba caer al descuido, con indolencia, voladoras frases de ocasión o efímeras noticias cojidas al vuelo.

• • •

Ambas avenidas exteriores —“Independencia” i “Capotillo”— esperaban en vano que alegres caravanas de excursionistas, o de bañistas, las poblasen i animasen con los mil colores de sus trajes de verano i con los mil arpegios de sus voces i sus risas juveniles.

En vano!

La Ciudad Antigua, la de los templos católicos i las campanas echadas a vuelo —la cual lleva en sus arterias sangre hispalense caldeada al sol de la zona tórrida— asumía el aspecto taciturno que distingue a las ciudades sajonas hechas al culto dominical de las sectas protestantes.

• • •

Fué lunes.

Esperaba oír, desde el alba, el creciente rumor de vida de la colmena humana.

Esperaba ver, en las horas de la mañana, la doble encontrada afluencia de transeuntes recorrer las calles en atareadas ocupaciones de toda suerte de labores del propio esfuerzo; i advertí, con honda pena reflexiva, que ya no funcionaba el ferrocarril urbano; que eran pocos e iban desocupados los coches de carreras; que eran menos los carros i animales de transporte; que las personas halladas al paso revelaban, no la fuerza activa de la legión de obreros adscritos al trabajo libre i remunerador, sino el abandono i la incuria de quienes

todo lo fían al acaso o mal subsisten por la viciosa i dudosa asistencia del Estado.

Era lunes, día de labor, i en fábricas i talleres reinaba el silencio. Sólo en una que otra mercería, de las mejor abastecidas, había algunos compradores; los dependientes de mostrador, cruzados de brazos, parecían resignados al hastío o al suplicio del far-niente.

En los muelles no había carga ni descarga; tampoco estiba o despacho en los almacenes. Ni un buque surto en la rada; ni una vela o un penacho de humo, émullo de ondas i nubes, se alcanzaba a ver en las lejanías del mar en calma.

Desiertas estaban las aulas.

Nadie asistía a las escuelas de primer grado; a los colegios e institutos de segunda enseñanza iban muy pocos alumnos. Los profesores, ayunos de sueldos u honorarios, habíanse declarado en forzosa huelga para pedir a extrañas faenas el pan de cada día.

¡Qué soledad, qué ambiente de melancolía, en el centro i en las afueras de la Ciudad del Ozama!

A la caída del sol en el tálamo de rosas del crepúsculo, en el recojimiento augusto de la última hora vespertina, vagaba yo por entre las tumbas del camposanto, abstraído en el doble aislamiento del piadoso recinto i de mi alma triste i sola, cuando, en alas de la brisa, llegó a mis oídos el solemne clamor de las campanas del vecino templo.

Era la hora del Angelus, de la oración de la tarde, i me pareció oír un lento i plañidero toque de agonía... Quizás el Miserere!

Ah! todo evocaba, en el profundo silencio i en el

misterio de la hora, el aspecto melancólico de la ciudad, su falta de animación i de vida en sus días de labor i en sus festivos días, i pensé i creí, con harto dolor, que la Ciudad Primada de América, Atenas que fué del Nuevo Mundo, acababa de morir extenuada.....o ya hacía tiempo que había muerto!

1904

ARTISTA.

Era el Lcdo. Louis Goussard, aunque hombre de leyes, un amante fervoroso de las bellas artes. Solía discurrir, con amor, sobre todas ellas; pero ibanse sus preferencias en pos del divino arte de Rafael i de Murillo i hacia el arte, también divino, de Dante i de Lamartine.

Cultivaba la poesía i la pintura, en sus horas de ocio, que eran contadas desde que se vió en el caso de ejercer el magisterio, como profesor de francés, i algunos cuadritos al óleo o al pastel, i algunas composiciones en versos, ya suyas, ya vertidas por él del castellano al francés, —aunque hayan salido apenas del hogar o del círculo de sus relaciones sociales— dan claro testimonio de que Louis Goussard no era un aventurero del arte, i menos un intruso, en uno u otro campo de las artes bellas; i no podía serlo quien, por modo tan espontáneo, sentía la belleza i de igual manera acertaba a expresarla, siquiera fuese a guisa de amateur o devoto de los colores i las rimas.

Estaba siempre al día, en lo tocante al movimiento literario de su país, i a la vez se ocupaba con cariño en el estudio de la literatura española. De ambas tendencias soi testigo. Recuerdo, por solo citar un caso reciente, que fué de los primeros en adquirir noticias del sonado éxito de una novela, de admirable verismo.

premiada por la Academia Goncourt. En *Les Annales* me hizo leer el capítulo más saliente del libro i luego un excelente juicio, de crítica literaria, que dicha novela inspiró a una docta revista parisina. Pocos días después —antes de dos meses— me era dado i grato corresponder a su galante comunicación, mostrándole, a mi turno, la hermosa joya del distinguido i laureado novelador francés, su compatriota, donosamente vertida al castellano i publicada por la casa editorial de Ollendorff. Aludo a *Los Civilizados*, por Claude Farrère, que ofrece, a mi modo de ver, una doble filiación a lo Emil Zolá i a lo Víctor Hugo.

Nada diré, especialmente, de sus pequeños cuadros pictóricos. He visto algunos, modestísimos, i conservo dos que me recuerdan al pintor i al amigo. Empero, sí me detendré un poco a recordar algunos de sus nobilísimos esfuerzos literarios, como sincero traductor de varios poemas de vates dominicanos. Uno de sus primeros empeños fue la versión, que dejó inconclusa, de las dos *Americanas*. Luego hizo una, fidelísima, de la elegía con que Arturo R. Pellerano lamentó la muerte de una virgen que, para mí, tenía por nombre este talismán: *Clotilde*. También se dió a la dificultosísima faena de traducir, conservando su ondulosa cadencia, algunas de las fáciles *Criollas* del mismo poeta. ¿Se conservará siquiera algo de la improba labor literaria que, en sus escasas horas de ocio, realizaba, con fruición de poeta i con amor de artista, en la aireada casita que su humorismo solía considerar como una celda?

Wellcome —el último de mis cantos del hogar—

fué, en las postrimerías del pasado año, su tema predilecto en nuestros diálogos. Gustóle mucho esa poesía, según me dijo una i otra vez, i días antes de caer en la tumba, presa de cruel i rápida dolencia, me anunció que se entretenía en hacer la versión libre, adoptando la forma del soneto, de mi citada composición poética; i aún me recitó los dos cuartetos iniciales del primero. No pasó, al parecer, de los catorce versos del mismo i del primer cuarteto de un segundo. Conservo el borrador u original, escrito con lapiz, i me place difundir el aroma de emoción estética que guarda ese fragmento, a modo de flor del espíritu, como un sencillo tributo al alma del artista.

Estas son las estrofas de su versión libre:

Il a quitté le port le navire qui laisse
Le deuil en la maison; si, désertant son nid,
L'alouette, un matin, loin du jardin s'enfuit,
Toute gaité s'en va; c'est toujours la tristesse.

Vers l'horizon lointain, ou le soleil s'abaisse,
Notre oeil perd le chemin que le navire suit;
Avec la mort du jour, un chant d'oiseau s'unit
Dolente mélopée, au deuil qui nous oppresse.

La nuit vient; une étoile a la nacre des eaux
Enchasse un diamant; sa lueur sur les flots
Semble un phare allumé pour indiquer ta trace.

Cependant, nous rentrons; mais, au foyer désert,
Ne retrouvons-nous pas ton image en la glace.
Ta place inoccupée et ton livre entre'ouvert?

La brise est inquiète ; en ton jardin les roses
Soupirent et pleurent ton rapide départ.
Dans nos deuils, nos chagrins n'ont-elles par leur part ?
Sunt lacrimae rerum, et c'est l'ame des choses!

No es raro que la muerte corte el hilo de la vida :
deje trunco el ritmo, bañado en lágrimas, que canta o
llora en el alma de las cosas...

1907.

RASGO.

Tenía algo de la dulce melancolía de Jesús, el Nazareno, en su pálido rostro de perfil hebreo.

Era, sin duda, de la misma rama del viejo árbol semita de la bíblica Palestina.

Detrás de aquellos finos labios, rehacios al efímero placer de la mentira, o en la fúlgida pupila de aquellos ojos negros, siempre abiertos a la luz de la verdad, había un alma que se nutría de altos pensamientos i se apacentaba en sentimientos nobilísimos.

Tuvo una clara noción, o una cabal idea, del valor de la vida —que no se nos ha dado para el goce egoísta, sino para el deber altruista,— i no la malgastó en torpes afanes que rompen la armonía de la razón i de la conciencia.

De ahí su carácter, recto i blando, de soñador i matemático. De ahí el sello característico de su organismo volitivo: el absoluto dominio de sí mismo.

Este rasgo lo pinta:

Alguien, forastero, reclamábale, factura en mano, menuda diferencia que resultaba en el precio de un mismo artículo comprádole en diversas ocasiones, i él se dió a la sencilla demostración de que no siempre es el mismo el precio de las cosas, en el comercio, sujetas, como están a fenómenos i a leyes económicas. El cliente, que no sabía de leyes si no de violencias, le increpó.

brutalmente, atribuyendo a dolo el aumento de centavos en el costo del artículo; i, mientras caían denuestos sobre su cabeza encanecida en el ejercicio del deber i en la práctica de la virtud, aquel hombre austero, cruzado de brazos, taciturno, miraba i oía con misericordia a su ofensor equivocado.

Cuando el tropel de injurias hubo pasado, cual locas saetas que se perdiesen en el vacío, aquel hombre sencillo se limitó a decir:—"Esa es, señor, exclusiva opinión de Ud. Es otra, mui distinta, la que de mí tiene todo el mundo, en concordancia con el voto de mi propia conciencia. Eso me basta".

Ese solo rasgo caracteriza una vida.

Ese solo rasgo destaca, de alto relieve, la figura moral del hombre bueno que, en una como ignorancia infantil de que se moría, acaba de dormirse sencillamente, armoniosamente, en el seno augusto de la muerte.

Samuel Curiel, vivo o muerto, es un alto ejemplo.

1907.

CURRENTE CALAMO.

Leo siempre, con amor, cuanto se enderece a honrar el país i denote un avance en el proceso mental o en el sentido ético i estético de quien escribe. Acrece tal sentimiento, por lo común, la circunstancia de ser realizada la buena obra literaria lejos de la patria.

Así con V., ahora, joven amigo.

Acabo de leer, en el complaciente semanario hábano que suele abrillantar sus páginas con el estilo de templado acero de Sanguilly o con el áureo estilo de Varona, las ligeras notas escritas por V. i referentes a la intelectualidad dominicana. Es uno como cinematógrafo en el cual desfilan, ataviados con sus propias galas los unos, al gusto lisonjero de la hora los otros, casi todos los que manejan la péñoja o la lira, o ambas, en la pródiga tierra que fué un día la Atenas del Nuevo Mundo.

No diré que sea tuerto, ni menos hiperbólico, en la mayoría de los casos, el donoso juicio que V. formula, a modo de síntesis i en escala descendente, con el cual abarca a la legión literaria que principia con el pulcro estilista del Enriquillo i termina con un grupo de novelos en que no faltan estiletistas i aún aficionados a la pirotecnia literaria.

Rimero o docena de los últimos reúne el azar de la enumeración corrida —sin que eso arguya que V. los tenga por adocenados grafomanos— i los ha barajado

como si todos los naipes fuesen sotas o caballos. Nuestro amigo don Américo Lugo, que solía escribir con un junco verde i florecido, cuando no con fragante ramo de heliotropo, sacó a lucir un punzador estilete en su bibliografía sumarísima i se colocó, a veces, en el opuesto extremo. No sé que será preferible: si el rigorismo crítico del ilustrado bibliógrafo, en su breve trabajo de selección, o esa niveladora mescolanza, de moros i cristianos, que ofrece la ocasional galantería de V. en el otro extremo.

• • •

Mas no es ése el motivo de esta carta. Trátase de algo que me concierne. No, por cierto, en cuanto a mis aptitudes o a mis obras intelectuales. Esas caen bajo el dominio absoluto de la crítica. Ni me he defendido, ni me defenderé jamás, de los conceptos, atinados o absurdos, con los cuales se aprecie una obra mía. Nunca he discutido cualquier reparo que asome tras el encomiástico juicio, acaso escrito para hacerme justicia, acaso para enaltecerme o halagarme. De la tendencia a imitar que en mí supone Lugo, —confundiendo un hecho deliberado, de ocasión, con los que deberían ser fenómenos permanentes de mi manera literaria— ni una sola palabra he dicho; no porque en otras páginas del volumen se ciñan lauros a mi lira, si no por mi criterio adverso a las defensas propias en asuntos literarios.

No cabe decir lo mismo cuando se trate de cosas que atañan al organismo moral o al carácter, aunque tampoco me cure de maldecires que se solazan en el odio estéril.

Mi mejor lauro lo debo al concepto moral que me

sirve de escudo. La sinceridad es la característica de mis pensamientos, palabras i obras: De ahí el lema de mi vida, "por amor i por deber", que el malogrado R. A. Deligne aquilató con su alto sentido crítico. También V. me alza, ahora, por encima de no poca gente vieja i gente nueva; pero ha colocado una falsa, por error o por seguir inseguras huellas, en la hermosa sarta de perlas con que me obsequia. Copio:—"Fed. Henríquez i Carvajal, escritor de gran talento i vasta ilustración literaria. Es una gran realidad mental, consagrada al arte. Hombre de altas virtudes cívicas i de altas ideas civilizadoras, pero de una vanidad, casi infantil, que le resta prestigio a su nombre".

No hai tal cosa, joven amigo. Esa supuesta vanidad, si V. la busca con ánimo sereno, sin prejuicios, no la encontrará en parte alguna. Si alguien retase, en torneo de sinceridad, a quien tal diga, para que lo demostrase, apuradillo se vería para producir irrecusables pruebas. Existe, de todos modos, una flamante anomalía entre las frases amabilísimas de su propio concepto, antes transcrito. ¿No ve V. la paradoja que resulta en la asociación de ambos términos: vanidad i altas virtudes?

Entre, en hora buena, el juicio imparcial i docto a espigar, o a podar, en el abierto campo de las obras del entendimiento —i aún estudie i juzgue, sin faltar a los fueros del mutuo respeto, las condiciones intelectuales del autor, dentro o fuera de sus obras— que todo eso es lícito i enseña e ilustra; pero no se cuele la crítica, o la opinión, o el mero concepto, en el cerrado huerto del organismo moral del individuo, cuando no ha sido ese

el propósito de la crítica, o se procede por efímeras impresiones propias o ajenas.

Quizás Ud., en el caso concreto que ha podido servir de pasto gratuito a los necios, o a los poquita-cosas, concluya por darse cuenta de que no hai tales carneros, o sea de la no existencia de la supuesta vanidad infantil (que ya debe ser adulta); a menos que tome usted por tales el amor, el entusiasmo i la sinceridad que siempre puse en mis obras de razón o de conciencia.

Crea usted, joven amigo, que jamás he dicho ni escrito nada que huela al humo de la vanidad; que nada tengo de común con ciertos escritores noveles, o novicios, que desde un mentido Olimpo se dan al placer de discernir coronas o al de distribuir credenciales.

Dícenme que alguno se declaraba, no ha mucho, invicto leader del Parnaso erótico modernista. El oro de su lira. . . . ; vaya usted a saber los quilates del oro de su lira!

1907.

AL MARGEN DE UNA CONFERENCIA.

Tito V. Lisoni, que es uno de los más activos e ilustrados publicistas del sur del Continente, ha difundido en un opúsculo la conferencia que dió en el Ateneo de Santiago de Chile, en junio de 1907, a modo de juicio crítico i glosario de un trabajo de actualidad, con el cual discurre sobre tópicos de derecho internacional, referidos a Venezuela, el distinguido escritor i jurista Dr. Simón Planas Suárez. La vera efigie de éste luce al frente de una honrosa noticia biográfica del publicista venezolano.

Con vivos colores, encendidos por el énfasis o el efectismo, a veces asfumados en tintes cárdenos, pinta el conferencista el cuadro de los países ibero-americanos, todavía en el período de las convulsiones internas, achacándole a tal situación suicida la actitud abusiva que asumen, en ocasiones i por diferendos lícitos e ilícitos, las grandes potencias o sus aliadas, para ejercer presión i humillar i explotar a los pequeños Estados de América.

Tanto las consideraciones de índole jurídica, o de patriotismo templado, abonadas en su tesis por el jurisconsulto venezolano, cuanto las vehementes frases con que la glosa i avalora el periodista chileno, dignas son de imparcial estima para quienes fían a la eficacia del Derecho, interno i externo, la paz, la armonía, el

progreso i la civilización cosmopolita de los pueblos: pero acaso sea lógico atribuir a esos mismos gobernantes, envanecidos con el éxito i sus loas, frutos acres de las revoluciones personalistas, caudillos más o menos providenciales, malhallados dentro de todo régimen jurídico, aunque hecho a su imagen i semejanza, —los depresivos conflictos que menudean, con escarnio del mutuo respeto de los Estados e inminente daño del obligado a indemnizaciones debidas o indebidas. Díganlo, si nó, algunas repúblicas antillanas i algunas continentales del sur i del centro. Excuso citarlas directamente. Mientras otras, en donde privan los derechos individuales o la constitución política va siendo algo integrante del ser social, se alejaron o se alejan cada vez más del peligro denunciado i criticado por Planas Suarez i conminado por Lisoni.

Chile, Argentina, Brasil, i México —por solo citar a las hermanas mayores de la familia ibero-americana— no necesitan ya de la energía pasional de un presidente o dictador, o lo que sea, para defender i afirmar su derecho; bástales con la sola virtud de su propio derecho activo, en ejercicio i desarrollo constante, para los casos promovidos por diferendos fundados o nó en justicia.

La eficacia del derecho internacional depende, en mucho, del cabal predominio del derecho interno. La dignidad de una nación no encarna, ni debe, en un personaje más o menos viril, más o menos audaz, más o menos sincero, ya lo finja o ya lo sea. La dignidad i el prestigio de un pueblo radican en sus instituciones. Su mejor escudo es el Derecho.

1908.

HONOR AL MAESTRO.

Debo a la amable galantería del Sr. Alberto Correa —el distinguido Director de la Enseñanza normal del Distrito federal de México— la dulce emoción de placer intelectual i de melancólicos recuerdos que me trajo en sus hojas la interesante revista periódica, pedagógica, que sirve de órgano a la dirección general de dicha enseñanza en la capital de aquella próspera República.

Con el íntimo goce que despiertan en mí las cosas del espíritu, o las cosas con alma, dime a recorrer las treintiseis páginas de esta bella edición de gala, artísticamente ilustrada, complaciéndome sobremodo en la lectura de los expresivos discursos i de la amena crónica. El hecho se explica con la mera enumeración del contenido. Trátase de una instructiva excursión escolar a Puebla i a Jalapa, organizada por el discípulo i sucesor del maestro Rébsamen, con el concurso oficial de la Secretaría de Instrucción Pública i Bellas Artes, i llevado a feliz término con copia de emuladoras enseñanzas, objetivas, de alto valor moral i de efectiva educación cívica.

Tuvo otro móvil, piadoso, de gratitud perdurable, esa excursión de profesores i escoláres: visitar la tumba del maestro en el cementerio de Jalapa-Enríquez, la ciudad de los florecidos cármenes, en donde el aptísimo pedagogo suizo regentó la primera escuela nor-

mal, con señalada honra del Estado heróico i con inmediato provecho de la educación racional para todo el país. No es ese el único homenaje de sus discípulos al maestro fenecido. Otro monumento conmemorativo, estatua sedente o busto de bronce, le dedicará en breve el normalismo mexicano. Es ofrenda edificante i merecida.

Aunque Rébsamen fuese menos docto que Berta. —el doctísimo pedagogo argentino— i no alcanzase la altura señoreada por Hostos —el sapientísimo educador i sociólogo antillano— es bueno agruparlos a los tres, en reverentes párrafos de oportuna cita, como lo hace la meritoria revista docente, para ver de unirlos en la memoria i en el amor de las actuales i las venideras generaciones escolares. Reproduzco esos dignificadores conceptos en abono de lo dicho.

—“En los últimos cuatro años —de 1903 a 1907— los países hispano-americanos han perdido tres eminentes educadores. El 11 de Agosto de 1903 murió en Santo Domingo, República Dominicana, el señor Eugenio M. de Hostos. La muerte de este apóstol del estudio debe considerarse como la desaparición de un astro solar del cual recibían luz los satélites que en su derredor giraban. Su luz esparcida por todos los ámbitos de Borinquen, su patria natal, y de Quisqueya, su patria adoptiva, no pudo por más tiempo conservar su potencia, y se extinguió. —“El 18 de Abril de 1904 muere entre nosotros el maestro Rébsamen. Fue su eterna desaparición el hundimiento de muchas esperanzas en él vinculadas. Su muerte conmovió a la República toda, y la onda inmensa de una llorosa elegía recorrió el país desde las riberas del Bravo hasta las risueñas

márgenes del Usumacinta.—“El 15 de Marzo de 1906 la muerte arrebató al insigne maestro argentino, Dr. Fco. A. Berra, cuya prestigiosa figura se irguió entonces sobre los pedestales altísimos de la inmortalidad, a orillas del maravilloso Plata”

El Profesor Enrique C. Rébsamen, modesto i docto, a quien conocí de lejos por su labor educativa i a quien estimé de cerca como bueno, fué el primero que tuvo su mausoleo monumental i será el primero de los tres próceres de la enseñanza a quien el normalismo erigirá un monumento conmemorativo de su vida i de su obra civilizadora.

Hora es ya, tal vez demorada, de que su discipulado i la familia escolar dominicana cumpla ese deber, de amor i de edificación, con el Maestro fundador de la enseñanza racional en la República. . . .

1908.

FUGAZ AURORA.

En el alba de la vida, salida apenas de la primaveral adofescencia, celaje o niebla, rosa o mariposa, orlada por los sueños i encendida en juveniles anhelos, blanda como su sonrisa i dulce como su mirada, inteligente e ingenua, ha caído a deshora en la fosa avariata —como, al decir del poeta, “cayó la flor al río”— la amable, amante i amada **Dilia Aurora Morcelo**.

Alumna meritísima del Instituto de Señoritas Salomé Ureña, ya herida en el sensible i generoso pecho por enfermedad artera, ella era gala del tercer curso teórico, cuando hubo ¡oh dolor! de abandonar, inconforme i apesarada, las aulas de su devoción i de sus triunfos escolares. Al alejarse de sus queridas compañeras, sumido el espíritu en las sombras de añoranzas i nostalgias i presa de mortal dolencia, se produjo en su aula uno como eclipse del sol de la alegría. Faltábale la plácida luz de aquella alma efusiva; su aplicación ejemplar i su cordialidad siempre sonreída habían dejado, con su penosa ausencia, un hondo vacío en el colegio. Antes de un año, —algunos meses precedida en la dolorosa vía del no ser por su hermana **Julia**, otra virgen abnegada i amantísima— se trocó en eterna i de profundo duelo la despedida que, en su ilusión i aún en su delirio, la triste niña consideraba de pronto regreso.

Había muerto al declinar el día de las vírgenes, el

sábado, e iba el blanco féretro el domingo, bajo la tristeza de la lluvia i del viento, a paso acelerado, camino del cementerio, mientras la ola formidable e iracunda del mar en borrasca envolvía en su letal sudario de arenas i de espumas á los marinos náufragos en la rada peligrosa, tocada de furia dantesca, i al heroico grupo de jóvenes que, por salvarlos, fue a la muerte en aras de inútil sacrificio. El estupor de la hora aciaga —en medio al temporal deshecho— apenas dejó oír el doliente clamor del hogar en duelo, ni ver a media asta la bandera de su amorosa escuela, en cuyos pliegues jermía el viento lleno de dolores!

No eran tales los funerales que convenían al sepelio de la gentil adolescente, ida en la alborada de la vida hacia el misterio de la tumba. La Naturaleza debió vertirse sus mejores galas, en un claro día de soleado i aromado ambiente, para iluminar i enflorar la senda por donde iba al eterno sueño la soñadora virgen....

Debió a su paso, de fugaz aurora,
la Primavera concertar sus himnos:
la mariposa irisar sus alas,
las avcillas desgranar sus trinos,
el sol poniente deshojar sus rosas,
la noche en lágrimas verter sus lirios!

1908.

EDIFICANDO.

El inconsulto i vertiginoso drama trágico, que costó la vida al joven general Luis Tejera, paladín del valor intrépido que había sido en horas conflictivas del valor moral en fuga, i que cortó a deshora el hilo de la suya al bizarro general Ramón Cáceres, precisamente cuando parecía esforzarse en hacer olvidar errores i violencias de ayer, merced a obras buenas de hoy i a mejores orientaciones de gobierno civil para mañana, puso en estupor profundo el ánimo público del uno al otro extremo del país i aún tiene en ansiosa expectativa a la familia dominicana.

Se había creado, de súbito, una situación anómala i sumamente difícil i delicada. Sólo la cecidura del país, ajeno a cábalas i sugestiones interesadas, aleccionado al fin por la triste cosecha de infortunios que recojió tras días efímeros de sueños plácidos i rudas pruebas, ha podido alejar i tal vez conjurar —;ojalá!— el inminente peligro de un estado de anarquía i la consecuente intromisión de un curador extraño....

Delicada i difícil continúa siendo la situación de interinaria que eventualmente preside el ciudadano Eladio Victoria. I no debía serlo. Nada hai difícil, ni complejo, en lo que atañe al ejercicio de la función del poder, si el alto funcionario, dándose cuenta exacta de que solo es un mandatario del pueblo, delegado del único soberano, se ciñe en estricto cumplimiento de sus

deberes morales i de su deber constitucional definido, no a ser el árbitro de la situación invenida i menos de la situación por venir, sino a ser el honesto ejecutor de su mandato i el garante fidelísimo del pleno ejercicio de los derechos individuales en el proceso electoral, que es norma de la democracia i factor precioso de la paz jurídica.

No es obra de cíclopes, sino de hombres convencidos, de ciudadanos dignos, el ejercicio del poder con sujeción a la lei. Ningún servicio más enaltecedor para quien lo preste, ni más acepto para quienes lo reciban, que el ahora encomendado i recomendado al celo i al civismo del modesto ciudadano, ejemplo de vida sencilla, elegido para ejercer el Ejecutivo en el actual escabrosísimo interregno. Penétrese de ello, sin vacilaciones ni reservas mentales, i abra el compás de sus funciones hasta convertirlo en una línea recta, como límite legal, de modo que a uno i otro lado de esa línea ideal se muevan holgadamente las dos tendencias, las candidaturas que surjan al amparo de la lei, los grupos, si nó partidos, en que acaso se divida la opinión i culmine la voluntad nacional hecha voto en ejercicio del ponderador i absoluto derecho del sufragio libre.

Esa es la vía ¡la única! que señala el índice del imperativo categórico al honorable Encargado del Ejecutivo i a cuantos, con él, comparten las responsabilidades del gobierno interino de la República.

Grave error sería, i mengua de las instituciones, que la amplia conducta legal i de concordia seguida a raíz del castigo i el derrumbamiento de un pavoroso régimen de fuerza, hace 12 años, no fuese ahora corolario i consecuencia saludable tras el eclipse, momentá-

neo, de una situación de rectificaciones i orientaciones en el sentido del régimen civil i civilista.

La mejor ofrenda a la Patria, en el próximo 680. aniversario de su tormentosa vida, i la manera mejor de honrar la memoria del Presidente de la República caído a destiempo en el seno de la muerte, es, sin duda, la de un proceso electoral a pleno sol de legalidad i tal como lo exigen a una la salud i la precaria subsistencia de la Patria!

1911.

ARTE I CIVISMO.

—Bienvenido sea el Maestro! Precisamente hablabam de Ud. i de su opinión valiosísima en cuanto a la vera efigies de nuestros magnos próceres.

—Bondad, como suya, estimado amigo.

—Justicia, Don Federico, absoluta justicia. Su modo de ver i de sentir el arte i la belleza, especialmente cuando a hombres i a temas patrióticos se refiere, es digno de ser tenido en cuenta por los artistas nacionales i extranjeros. Ya Querol, el insigne escultor español, daba testimonio de ello. Yo de mí sé decir que siempre le he considerado a Ud. como un voto de alto valor artístico.

—¿Voto del alma, acaso? Sea...

—Sea!—repitió Abelardo, con su cordial sonrisa, de labios i de ojos complacidos.

I yo, colocado a igual distancia de uno i otro retrato, ambos a buena luz, detúveme entonces a ver, con los ojos de la cara i con los ojos del espíritu, cómo se destaca en su marcial apostura de estratega ilustre—ceñido el traje militar de la época, de chárreteras de oro i fajín de púrpura, correspondientes al grado de general divisionario— la gallarda figura épica de Ramón Mella.

Conozco dos distintos retratos del adalid de ambas

guerras de independancia: dicese que en uno i otro hai algo, o hai mucho, de su fisonomía i de su porte. Tal vez! Yo sólo una vez, en 1862, ví al general Mella, de paso, mientras hacía un saludo reverente, de amigo i caballero sin tacha, a una dama honorabilísima: mi madre; i apenas tengo la vaga impresión que su apuesta figura de prócer dejó en mi alma. Pero, parecidos o nó, esos retratos son mudos. Este, el de Abelardo, se anima en la tela i tiene vida. La vida está diluída en la expresión de todo el cuerpo. Cabeza, ojos, labios, busto, manos, en armonioso conjunto, revelan que un soplo de vida intensa anima la arrogante figura del héroe. Esa la impresión que tuve; esa la emoción estética que me produjo el excelente retrato del general Ramón Mella.

• • •

El otro...

Descúbrome, otra vez, ante esa máxima i óptima figura del patriotismo edificante. Desde el mismo sitio —el centro del amplio salón de estudio— dirigí la mirada, complacida, hacia el otro retrato de cuerpo entero. Ese atrajo, aún con mayor fuerza sugestiva, mi atención i el interés que en mí promueve toda obra de arte. Ese, envuelto en una suave atmósfera de aire sereno i puro, representa al eximio prócer fundador **Juan Pablo Duarte**. Allí está, junto a la mesa de tapete rojo, lijeramente apoyada en ella la siniestra mano, la del corazón; caída con naturalidad, a lo largo del cuerpo, la derecha, la del juramento trinitario; alto el pecho generoso, que la levita abierta deja al descubierto; alta la cabeza, llena de ideales i de ideas fundadoras; alta la mirada previsora i soñadora, de apóstol,

que se cierne en el futuro de la patria; todo como sumergido en un luminoso ambiente, de una luz tal, que parece provenir a la vez del medio en que se halla, en que se mueve, la prestantísima figura i de la misma figura representativa del nuevo Aristides que fué el maestro i jefe de los trinitarios i los febreristas.

En este retrato de Duarte, como en el de Sánchez, como en el de Mella, el inteligente artista, separándose de meras copias o reproducciones sin alma, ha tomado como del natural la efigie del egregio Padre de la Patria. Ello no es extraño. Abelardo ha logrado infundir en ellos, en todos, el aliento heróico, épico, que en vida animó a Duarte, a Sánchez i a Mella; de ahí que sus tres retratos, llenos de vida, expresivos de momentos psicológicos que les fueron respectivamente habituales, agraden a primera vista, complazcan en seguida, i estén llamados sin duda a ser i a perdurar como las representaciones artísticas, quizás definitivas, de los tres consagrados próceres representativos de la nacionalidad dominicana.

* * *

Tales son las impresiones no efímeras que, en una i otra visitas hechas por mí al taller de Abelardo Rodríguez Urdaneta, he tenido i conservo respecto de los retratos de Duarte, de Sánchez i de Mella —por él animados en la tela— que se destinan al salón de actos edilicios del ilustre Ayuntamiento de Santiago de los Caballeros.

Bien haya Abelardo que, a impulso de una rara vocación artística, ha logrado tan feliz éxito en su labor meritísima!

Bien haya Santiago, la ciudad invicta, que así favorece las obras de arte i de civismo i por tan ejemplar manera honra a la excelsa trilogía heróica i dá a la juventud i al pueblo alto ejemplo de moral i de patriotismo!

1912.

LA LEYENDA DE JUDAS.

Como en los días de Strauss, en Alemania, i en los días de Renán, en Francia, exégetas i epigrafistas determinan aún nuevos movimientos de opinión, de rectificaciones, en torno, no ya solamente de la inefable figura de Jesús el Nazareno, sino de varios de sus discípulos.

Toca ahora el turno al misérrimo Judas Iscariote. Sobre la escena, rehabilitado a medias, lo ha hecho aparecer hace poco un dramaturgo, Mr. Achille Renard, i un rabino de los israelistas liberales, Mr. Luis G. Levy, acaba de publicar un breve estudio en el cual demuestra, o tiende a demostrar, que el tal Judas el traidor jamás ha existido.

Comienza el articulista hebreo por sentar que no había necesidad de un traidor para que Jesús fuese entregado a los Romanos: se le conocía, como se conocía la orientación de sus actos, de su actividad; veíasele constantemente entregado a su obra i Jerusalem lo había recibido entre palmas. No era necesaria una maquinación tenebrosa para suministrar a las autoridades la ocasión i el medio de aprehenderlo, ni hacía falta un beso para designarlo, para indicar a un agitador popular tan conocido. La historia de la tradición se había imaginado en virtud del principio que domina los Evangelios: "todo éso se hizo a fin de que se cumpliesen los vaticinios de los profetas". "Era preciso que se cumpliese la Escritura".

Así ha podido Mr. Levy, en una serie de citas de los Psalmos, de Zacarías, de Jeremías, hallar los hilos del Antiguo Testamento que han tejido la trama del Nuevo i de la leyenda de Judas. El retrato del traidor, la cena de los treinta dineros, todo está allí.

Dan visos de certeza a lo que antecede i a las demás argumentaciones del articulista, los datos i las citas comprobatorias que enseguida aduce. Nos limitamos a reproducirlos:—"Las doce tribus, por paralelismo, determinaron el número de doce apóstoles. Reinaba, empero, la incertidumbre acerca del nombre de uno de los discípulos, el cual en los Evangelios, lo mismo que en los Actos, tan pronto se llama Tadeo, como Le-bee, como Judas, hijo de Santiago. Para hacer concordar las listas se designó como el traidor al último apóstol de las antiguas listas. De ahí procede que se le llame Judas. Lleva, además, el nombre de Iscariote, vecino de Karioth, a causa de la profecía de Jeremías. El profeta clama contra Moab, en la cual figura la ciudad de Karioth. (v. 24) pues por su orgullo i su soberbia (v. 29) sus habitantes se revolcarían en sus inmundicias (v. 26) i perecerían en el espanto, la fosa i la asechanza. (v. 43). Tal pasaje parece dispuesto para que la leyenda hiciese nacer en Karioth a aquel que debía cometer una maldad tan abominable i acabar tan miserablemente".

Otra consideración, de capital importancia, ilustra aún la opinión del escritor rabino: el silencio de Pablo sobre la traición de Judas. "El Apóstol que, en otro lugar, censura tan vivamente a Pedro (Gal. II, 11...) i a los judios-cristianos, (I Thoss, II; Gal, 1, 6-12) nada dice en contra del hombre que vendió al Maestro."



I agrega: "Existe un pasaje, además, que prueba formalmente que Judas no traicionó a Jesús. Este: "El Cristo fue amortajado i resucitó al tercero día i se le apareció a Cephas i luego a los Doce". (I. Cor. XV, 4, 5). Nótese que la Vulgata trae *once*; pero *doce* traen los manuscritos griegos. "Tal aparición se produjo antes de la ascensión de Jesús; i, como la elección de Mateo, en reemplazo de Judas, tuvo lugar después de la ascensión, (Actos, I. 21-26), el supuesto traidor formaba aun parte de los doce apóstoles. Habida cuenta, pues, de que Judas era admitido aun entre los discípulos después de la resurrección del Cristo, claro es que no pudo ser el felón que se ha dicho i, con mayor razón, no pudo tampoco acabar su vida del miserable modo que se refiere".

El beso de Judas, como el ojo de Caín, realidad o símbolo, jamás se apartará de la memoria de los hombres. No es cosa fácil deslindar, sino acaso a la serena luz de la filosofía de la historia, el respectivo campo de la Historia, de la Tradición i de la Leyenda.

1912.

DE LA VIDA.

Por ARTURO B. PELLERANO CASTRO.

Es un drama de costumbres, en prosa, dividido en tres actos. El asunto, los actores i el medio no son exóticos. Dijérase que el poeta i dramaturgo los tomó sin esfuerzo, como generalmente se halla lo que no se busca, en la realidad ambiente de la vida dominicana.

Eso no quiere decir, en modo alguno, que el caso sea vulgar, corriente, ni que aquel lo tuvo al alcance de la mano. El caso es raro, rarísimo, sin duda, en la distinguida clase social en que actúan los personajes de drama; i tal circunstancia lo abona i lo reviste de caracteres, no comunes, que le dan relieve i hasta cierto punto lo caracterizan.

Trátase de un incesto. El incestuoso, repulsivo dechado de peca-i-reza, sensual i egoísta, más codicioso que avaro, sacia su codicia de oro a fuerza de amaños numéricos i su codicia de paloma inocente, o incauta, como cazador furtivo, por sorpresa i con violencia. Angélica, ausente el elegido de su corazón, su primer amor, Gustavo, que lucha en París por el diploma de doctor en Medicina i Cirujía, es bestial e impunemente violada por el lascivo don Saturio. Don Saturio es el esposo de la abnegada Elisa i Elisa es hermana de la infortunada Angélica. He ahí el drama. Ese es el nudo de ignominia, de deshonor, que no desatará, sino cortará, el escándalo. Ese el punto central de la red, forjada por la concupiscencia, de la diabólica trama, en la eterna lu-

cha del bien i del mal, entre cuyos hilos quedarán presas i heridas, mortalmente heridas, tres almas nobilísimas: Gustavo, Angélica i Elisa.

El acto primero, en solo seis escenas, es la exposición de los elementos generadores del conflicto. Con sobriedad está hecha. El interés crece de una a otra escena. Gustavo va a llegar con su tesis i con su título facultativo; i, mientras en doña Encarnación, su madre amantísima, en don Cosme, su honorable tío, i en Elisa, la excelente esposa burlada, el alma asoma a la cara con expresiones de alborozo, la infeliz Angélica sufre las torturas del honor mancillado i del amor imposible, i don Saturio, imprudente e impudente, busca solución infame al inminente problema de su infamia. Gustavo llega, i, postergando el tema de su tesis doctoral, pone su inspirado verbo de poeta i enamorado, como ofrenda de cariño a su amada i prometida, al servicio de otra tesis que abarca todo un aspecto de la Naturaleza: la eterna tesis del fecundo amor del Universo.

El segundo acto, en doce escenas de fácil i rápido movimiento, activa el proceso psicológico, el drama interno, i llega a la inevitable manifestación del hecho conflictivo. En la vecina alcoba —que los ojos profanos o indiscretos no ven, como el más puro arte escénico lo exige— hai dos seres que luchan entre la vida i la muerte. Son los dos amantes. El, como médico, cumple con el deber heroico. Ella es... madre. Sálvase la vida; pero la honra i el amor agonizan en la cruz del dolor inexorable. Tiene un bello corte dramático la escena final del segundo acto. La situación, no forzada, culmina bellamente i produce honda emoción estética. Es un éxito.

El acto tercero, como sucede en todo drama que llega en el segundo a su período álgido o rasga el velo del arcano i muestra el momento culminante del conflicto, languidece en algunas escenas con decaimiento del vivo interés que antes produjo. No por ello, sin embargo, se pierde en pormenores; i las dos últimas ponen a buena luz el desenlace lógico del drama.

Abunda ésta en belleza i en situaciones de verdadero arte dramático. Los caracteres, todos, están bien definidos. Paréceme notable acierto el haber colocado a los jóvenes amantes en el plano medio del cuadro. Angélica pasa por la escena a modo de un ensueño, como un sueño doloroso; Gustavo sólo aparece para dar relieve al final de los dos actos —el 1o. i el 2o.— en que su amada actúa. En el primer plano se destacan Elisa i don Saturio, los esposos, que vienen a ser como la luz i la sombra de ese cuadro de la vida. Por éso está bien que ellos dos, en jesto trágico, ocupen la brusca i vivaz escena con que se corta o interrumpe el drama.

Luce también la obra por el estilo. El lenguaje, natural i claro, libre de adjetivaciones, enfáticas o superfluas, que debilitan la sustancia del pensamiento, no descide del grado de cultura correspondiente a la clase social en que tales personajes figuran. El diálogo, por lo general, conserva vivo el interés de la acción en el lógico desenvolvimiento del conflicto. El lírico, en funciones de dramaturgo, ha sido parco en lirismo. De ahí el marcado realismo del drama. Tal como es, sin duda, cabe colocarlo por encima de los anteriores ensayos, aplaudidos, del mismo poeta i dramaturgo.

Pobre es aún el acervo que ha de constituir el teatro nacional dominicano. No que falten algunas obras

del propio autor cuyo es el drama *De la vida*, ni de otros artistas de tiempos idos i de los actuales tiempos; pero ésas, meros ensayos, forman las primicias de ese género literario. Otras hai por ahí que ni éso. El medio no es propicio, todavía, al cultivo de la comedia o del drama. Estimo, por lo mismo, noble i digno de encomios i de estímulos el esfuerzo que en tal sentido realizan, de vez en cuando, Ulises Heureaux hijo i Arturo B. Pellerano Castro. Este, con su último drama representado aquí por la celebrada Virginia Fábregas i su mediana compañía, ha dado indudablemente un nuevo paso de avances en el difícil estadio de la dramaturgia.

Cabe, pues, a juzgar por la labor dramática hecha hasta ahora i el progresivo dominio de ese género artístico-literario, fácil de comprobar con un somero examen de sus dos últimas piezas, inferir i augurar un nuevo i más sonado éxito al próximo drama del inteligente i aplaudido autor del *De la vida*.

Así sea!

1912.

AERONAUTICA.

• Era el primer vuelo, el vuelo oficial, tras el conmo-
vedor ensayo hecho en la tarde del viernes. El domín-
go, 15 de febrero, cuando el sol declinaba i la atmósfe-
ra lucía como un piélagos de zafiros, pura i diáfana, api-
ñábase u ondulaba la población, curiosa o sedienta de
impresiones nuevas, en ambos lados de la ría del Oza-
ma. Lanchas i buques de vapor o de velas, muélles i
farallones, almenas i murallas, torres i cúpulas, balco-
nes i azoteas, calles i plazas, todo estaba colmado de
jenta. Diríase que los vecinos de la Ciudad Primada,
por un momento, olvidábanse de las cosas de la tierra,
de las mezquinas cosas del bajo mundo; pues, durante
minutos que fueron horas, la multitud mantuvo en al-
to la vista, presa de extraña emoción, a la vez penosa i
grata, absorta en el raudo o sereno vuelo, ya de auda-
ces evoluciones en líneas ondulosas o espirales, ya de
vertical o diagonal descenso, con que soñoreó el espacio
—a la manera del condor o de la golondrina— el hidro-
plano gobernado por el intrépido aviador **Franch Burn-
side**.

I era de ver el religioso silencio que sobrecojía el
espíritu de los espectadores, mientras la máquina vo-
ladora, deslizándose como un ájil pez sobre la tersa su-
perficie del río, a flor de agua, en un gran vuelo se ele-
vaba hasta cinco i seis i setecientos metros, para cer-
nerse magestuosamente, émula del águila caudal, prí-

mero, i para hacer enseguida la serie de difíciles i arriesgadas evoluciones que llenaron de asombro—cuando nó da temor— a la universalidad de la ansiosa muchedumbre. I era de oír, luego, el prolongado suspiro, a todo pulmón, i la nutrida salva de aplausos, de la misma, cuando el hidroplano volvía al punto de partida, i, victoriosa, aterrizaba.

Fué unánime la ovación que entonces hizo la multitud, complacida, al aviador intrépido. Cabal éxito había coronado la breve expedición aeronáutica, de dos sucesivos vuelos de altura i de evoluciones, organizada i emprendida sobre las aguas del río Ozama, el de la ceiba centenaria, surcado aún por la indígena canoa de los quisqueyanos, en el cual se miran la vetusta **Torre del Homenaje** i el derruido **Alcázar del Almirante**, monumentos arqueológicos de la más antigua de las ciudades españolas del Nuevo Mundo: la Atenas i Primada de América.

No es escaso el número de las personas que, bajo la ingrata impresión de los siniestros sufridos, desde el octavo año del siglo, por la heroica legión de los aviadores, se dejan dominar por la duda o llegan hasta negar la definitiva orientación de la aeronáutica i su efectiva eficacia en el sentido del progreso. Pero la navegación aérea se perfecciona, con extraordinario aumento de aparatos i de aeronáutas i ya se considera asaz disminuido el tanto por ciento de los desastres ocurridos i de las vidas inmoladas en esa nueva lucha del hombre con la naturaleza.

Precisamente, a fines de 1915, ha circulado en Europa un segundo volumen, por Roger Dépagniat, que

versa sobre los **Mártires de la Aviación** i abarca cuanto de 1908 a 1912 se refiere a la asombrosa actividad de ese nuevo género de locomoción que es, con la telegrafía inalámbrica, preciosa conquista de la ciencia i maravilla del siglo XX. Es de altísimo interés el cuadro estadístico que en tal libro se ofrece, a guisa de demostración del proceso seguido, de las ventajas obtenidas i de la disminución relativa en el martirologio de los náufragos del aire.

Este es el cuadro:

Años.	Aviadores.	Kilómetros recorridos.	Accidentes mortales.
1908.	5.	1.600.	1.
1909.	50.	44.000.	3.
1910.	500.	960.000.	29.
1911.	1.500.	3.770.000.	78.
1912.	5.800.	20.000.000.	140.

De la comparación i compulsas de esos datos, resulta la siguiente proporción en los accidentes fatales:

En 1908. fué de uno por 1.600, k. de vuelo.

1909.	"	15.000,	"
1910.	"	33.000,	"
1911.	"	47.000,	"
1912.	"	140.000,	"

No se detiene ahí la elocuente demostración hecha por su autor en ese libro. He aquí otro dato interesantísimo:—De 1909 a 1912, no obstante la creciente audacia de los aviadores, la mortalidad decreció en la favorable proporción de diez a uno por cada mil kilómetros recorridos. En 1909 la distancia media, con relación a cada accidente, era de un cuarto del meridiano terrestre; en 1911, fué de una vuelta en torno de la tie-

rra; en 1912, alcanzó a tres veces el viaje de circunavegación del mundo. Ya en 1913, como el mismo autor lo consigna, los siniestros ocurridos en la aviación son comparables con los accidentes habidos en las carreras de automóviles. "Pronto —asegura un célebre piloto i explorador del grande océano del aire— será cosa más fácil i menos peligrosa el guiar un aeroplano que un auto".

Paradoja? Hipérbole? Un nuevo lustro acaso baste para una contestación categórica.

Francia es la llamada a dar esa respuesta. Ella, desde el principio, se puso i permanece en la vanguardia de la aeronáutica. Mayores son sus progresos, de todo linaje, que los hasta ahora alcanzados por los otros países, los de poderosas escuadras, en donde la aviación constituye también i a la par una rama de la industria i una nueva sección del servicio de transporte i de exploración militar en caso de guerra. Dos aviadores franceses se dividen, actualmente, los mayores éxitos logrados hasta ahora en el campo ilimitado de la aviación de altura i de distancia: Garrós i Vedrine. Ambos han ido por encima de las cordilleras i a través de Europa i del Mediterráneo en sus buques fantasmas de alados remos aquilinos, paseando la bandera tricolor francesa en una serie de vuelos triunfales. Uno de ellos, quizás, u otro de los aviadores geniales que se emulan i baten el record en nuevas portentosas proezas, dará un día no remoto el soberbio i prodigioso espectáculo de cruzar, en vuelo de meteoro celeste, del uno al otro lado del Atlántico. I luego o antes, la regata aérea en torneo aeronáutico de 28.000 millas, en viaje de circunavegación al rededor del mundo que se

proyecta para 1915 i que partirá de la Exposición Mundial de San Fco. de California, con premios de Trescientos Mil Dolares, Luego... desde América al Asia i a la Oceanía!

Esa óptima empresa —la de atravesar el océano de los descubrimientos colombinos— tal vez coincida con la inauguración del canal intercontinental que va a servir de lazo de unión entre los dos grandes océanos.

Con esa doble hazaña, en perspectiva, i con la cada día mayor estabilidad adquirida i con el cada vez más cierto rumbo, claro es, la aviación habrá culminado i entrado definitivamente en el número de los agentes máximos de la civilización humana.

No se está lejos de conseguirlo. Pegoud, el acróbata i jinasta de la familia aviadora, ha demostrado, con sus vuelos de fantasía, cuánto importa la dominadora competencia del piloto aéreo. Esta frase, que parece un arrogante reto, es suya:—“El aviador que sepa su oficio i que tenga serenidad para hacer sus maniobras, en pleno vuelo, no puede caerse nunca”.

Siempre opinaron lo mismo, respecto de su líquido campo de expediciones navales, distinguidos náutas i hasta algunos lobos marinos. Entre nosotros hai quienes amenudo lo digan:—“La mayoría de los naufragios se debe, nó a furias del mar o a iras del viento, sino a la incompetencia o al descuido de capitanes i pilotos”.

Burnside tal vez opine lo mismo.

1914.

HATUEÍ EN LA HOGUERA.

• Es él!

Es el quisqueyano heroico, insumiso, ido de su amada tierra nativa, Haití o Quisqueya, resuelto a no doblar la frente noble i altiva ante los desalmados conquistadores. Es el indio bravo, la protesta viva i viril hecha alma i hecha músculo, que cae entre los siboneyes, en Cuba diezmada, como el precursor ejemplar, a distancia de siglos, de otro quisqueyano insigne, Máximo Gómez, que no caerá en el seno de la muerte sino ya cumplida su faena de libertador i héroe, en la paz como en la guerra, bajo el beso de luz de la estrella solitaria.

Es él!

Es Hatuéis, en el suplicio de la hoguera, que oculta las contracciones del dolor formidable en la augusta serenidad del rostro, impasible i mudo, después de haber rechazado las delicias i las glorias del Paraíso—con las cuales le halaga i convida hasta el postrer momento un fanático del altar i el trono—por no encontrarse en el cielo con sus crueles enemigos los conquistadores.

Lucía Victoria Bacardí, la inspirada artista de la pensadora cabeza de Martí —del Maestro, para quien la vida no fué triunfo, sino agonía i deber... i sacrificio— acaba de obtener un doble lauro, en forma de primer premio, por la trilogía de sus *Cabezas de Calvario*, admirables de expresión psicológica, i por su Ha-

tuéi en la Hoguera, de tamaño natural, cuya es la reproducción que ilustra esta página. Ese primer premio, único para la sección de escultura, se lo adjudicó la Academia de Artes i Letras de la Habana. Merecido lo ha la joven escultora, para quien "el arte es una especie de heroísmo", por la originalidad estética i psicológica de sus obras.

¡Bien haya Cuba que luce, entre los legionarios del arte moderno, esa flor de delicadeza esquisita i de alta inspiración, de apenas veintidós años, como la musa de la escultura en Cuba, Borinquen i Quisqueya!

1915.

PENSANDO EN CUBA.

A las damas de la "Sociedad Pro Martí" i profesoras de la "Escuela Spencer".

Santiago de Cuba.

Amigas mías:

Hoy se cumple un año de mi salida de esa ciudad carísima, Santiago la heroica, de regreso al hogar ansioso i triste. . . Traía en lo más íntimo i noble del alma agradecida la visión i la emoción del acto de honor i despedida con el cual, la víspera en la noche, me colmó de enaltecimientos i de cariño una porción selecta i considerable de la sociedad santiaguesa. Traía conmigo el diploma de Hijo Adoptivo de Santiago de Cuba, que puso en mis manos, con frases de amable encomio, el Presidente del Concejo i Alcalde interino; i aún vibraba en mis oídos la amable arenga con que, encendida rosa de su espíritu, me favoreció mi cordial amigo, el doctor Eguillor, en representación del prestantísimo Ateneo. El ritmo de mi corazón era el mismo del "Himno a Martí" i del "Himno a Duarte" que, en emulación cívica i patriótica, cantaron a coro las alumnas i las profesoras de la meritísima Escuela Spencer.

La última hora, la de la partida, aceleró ese ritmo. . . En Cuba dejaba yo, prendas de mi alma, tres hogares de familiares míos; el de un hijo, el de un hermano, el de un sobrino.

Había sonado la hora. Ya la nave se alejaba con-

migo a bordo. En el muelle revolaban los pañuelos agitados por amigas manos i parecian palomas mensajeras del triste "adios" i del consolador "hasta luego". La nave se alejaba... La ciudad... el cementerio...! Volví la vista hacia el camposanto. Allí se alzaba, junto al ara de su tumba, el albo busto de Martí, i évoqué de nuevo, —por amor a Cuba redimida,— como lo había hecho en mi discurso del 19 de mayo,— el, ideal i la epopeya, encendidos con luz perenne en la pupila de la estrella solitaria... I la nave abandonó la bahía.

Tales imágenes permanecen intactas en mi espíritu. A nadie olvido. De nada me olvido. A ustedes, mis benévolas amigas, las recuerdo de continuo. ¿Cómo habría de olvidarlas? Sé de sus penas i de sus alegrías i de sus éxitos i tomo parte en sus regocijos i en sus pesares.

Que el éxito no abandone a la **Escuela Spencer!**
Que el amor i el civismo no decaigan en la **Sociedad Pro Martí!**
Que la paz i el honor imperen en Cuba!
Que la salud, la paz i la dicha sean con ustedes ahora i siempre!

1918.

BOLIVAR I OLMEDO

El Libertador i su Poeta!

El héroe epónimo i el cantor de la epopeya.

Duo épico formidable.

Como el que a veces forman dos cóndores andinos, con su vuelo caudal, si a la par se ciernen bajo las nubes efímeras i por encima de la vertiginosa cordillera.

Como el que formarían el Iguazú i el Tequendama, si les fuese dado ponerse al habla, en un cristalino arpegio orquestal de aguas i de espumas.

Como el que formarían el Cotopaxi i el Chimborazo, si coincidieran en la sacudida de sus entrañas abismales, en un ígneo i soberbio acorde de lavas i de llamas.

...

BOLIVAR! Su armonioso nombre es el bélico clarín que, con voz de mando, ordena la serie de las batallas decisivas de la independencia: Carabobo, Boyacá, Bomboná, Pichincha, Junín, Ayacucho, i en cada lid, reñida i heroica, anuncia a los pueblos redimidos su victoria.

OLMEDO! El suyo, poético, es la trompa épica que recoge, a raudales, en el ambiente ardido i proceloso de la magna lucha, los ingentes clamores de los Aflitos i los vítores de las multitudes, i con sus ritmos i diso-

nancias, entona el himno triunfal de las batallas i lo difunde en alas de su poema.

Bolívar descubrió a Olmedo.

Con su ojo de águila i con su visión de poeta en acción, a veces delirante, —acaso mientras se complacía en apacentar la mirada escrutadora, desde la atalaya de altísima montaña, en el escenario de los prodigios que fué la Gran Colombia,— el héroe alcanzó a ver, entre la nutrida legión de los libertadores, al futuro cantor de la Independencia. Apolo, asistido por ambas musas —Clío i Calíope— en su ministerio augusto, había ungido al prócer ecuatoriano, de alma lírica, para que fuese el poeta de la magnífica epopeya.

Olmedo comprendió a Bolívar.

Contemporáneos ambos, unidos sin duda por el lazo de una misma filiación mental o de algunas afinidades psíquicas, educados los dos en el mismo medio i bajo la influencia de las mismas corrientes ideológicas i literarias de ese período de la revolución social i del romanticismo —caldeadas i renovadas aquellas en la cálida atmósfera de la guerra civil separatista— no es raro que una doble atracción simpática, entre ambos intelectuales conspicuos, entre ambos insignes próceres, determinase en el uno, el poeta, la cabal comprensión del héroe, i en el otro, el héroe, el genial descubrimiento de su poeta.

En el **Canto a Bolívar** —el poema épico-lírico de la hora magna de la epopeya— destácanse a plena luz meridiana ambas excelsas figuras: el héroe, bajo el sol de los incas, en toda la magnitud de su creador herois-

mo, tomado este en el sentido que enseña Carlyle i Rodó pondera: el poeta, bajo el laurel apolíneo, en toda la magnitud de su alto numen i de su emoción estética.

• • •

Tales impresiones i tales ideas, que absorben mi espíritu en la contemplación inefable del Libertador i su Poeta, me las ha hecho i sugerido la fácil lectura de unas páginas escritas —bajo el sonoro epígrafe de Bolívar i Olmedo— por el ilustrado doctor Diego Carbonell, ahora rector de la Universidad de Mérida, en Venezuela, con las cuales estudia i encomia —en uno a guisa de paralelo heróico i poético— la excelsitud del héroe único i la excelsitud del altísimo poeta.

Una teoría de aedas i trovadores pasa por el opúsculo, evocados por su autor, i va dejando a su paso versos caídos de sendas liras como homenaje digno del héroe.....

Pero ninguno de ellos calza el coturno heráldico ni vibra la trompa épica. Coturno i trompa los trajo consigo Bolívar al descender del Chimborazo i con ellos, rica dádiva de Apolo, invistió a José Joaquín de Olmedo, como el poeta, por antonomasia, de la magnífica epopeya libertadora.

Como tal —como el verdadero i gran poeta de la Independencia— salúdanlo, en sendos juicios de alta crítica, estos próceres intelectuales de la América española: Andrés Bello, Miguel Antonio Caro i Enrique Piñeyro. Empero, la consagración inicial i definitiva del vate eximio —como con lucida frase de síntesis mental i emotiva lo expresa en su opúsculo el distinguido escritor venezolano— se debe a otro altísimo poeta: a Bolívar.

Por encima de los conceptos de apreciación, —emitidos en épocas distintas por aquellos tres varones ilustres en los fastos de las letras castellanas, álzase el voto del mismo héroe epónimo para unirlo como el cantor por excelencia de la óptima epopeya.

• • •

Bolivar i Olmedo!

El Libertador i su Poeta!

1918.

AL REDEDOR DE UN TEMA.

A Fabio Fiallo i J. B. Peinado.

I.

¿Cuál era el objetivo del tema referente a la mejor poesía dominicana?

No era, sin duda, la demostración crítica de que ese o aquel poema sea la obra maestra del parnaso quisqueyano. Ningún crítico de altura, ningún jurado de intelectuales i estetas, ha acometido nunca la ardua labor que sería la selección, entre varias joyas líricas de diversa índole, para adjudicar a una de ellas el lauro de la más valiosa.

Eso jamás se ha intentado —que yo sepa— en los países de superior cultura literaria, de los que se ufanan justamente con su siglo de oro, ni siquiera dentro del marco de un período determinado. A lo sumo pudo llegarse, en ocasiones, a la ponderación i al reconocimiento del mérito mayor de una página, o de un canto, —lo mismo de un prosista que de un poeta— con relación a otras páginas del primero o a otras trovas del segundo.

I eso mismo no es cosa fácil, sino mui difícil, cuando de escoger se trata en el acervo lírico de un portalira consagrado. Suele suceder que la opinión ambiente, la de "todo el mundo", formada de meras sensaciones afectivas o por corrientes de simpatía, ande en desacuerdo con la opinión de los menos, de la elite literaria, formada casi siempre de hondas i puras emociones

estéticas. Ha sucedido i sucede, no pocas veces, que el poema de corte clásico i perfil helénico —aun cuando calce el áureo coturno i vista la rejia púrpura— permanezca entre sombras, q en la penumbra, mientras luce al sol su gracia el poema ligero, de gráciles curvas, vivo color i donoso ritmo.

Basta a veces con la exaltación lírica, el grito del alma en pasmo frente a una maravilla de la Naturaleza, para la consagración de una poesía. Heredia, el gran lírico i alto prócer cubano, nos da de ello un claro ejemplo. Su *Canto al Niágara*, no exento de lunares, se alza por encima de otros poemas suyos de mayor excelencia en concepto de la crítica.

El vate de vuelo aquilino, sinembargo, rara vez se encumbra con uno solo de sus cantos. Mui pocos hai como Gutierre de Cetina con su famoso madrigal erótico, primor de la lira española, el cual relega a un segundo plano los notables sonetos del madrigalista. O como José Asunción Silva, el suicida de alma i lira rotas, con su novísimo i original *Nocturno*.

Difícil es, ciertamente, el indicar cuál sea la mejor poesía de Casal, de Darío, de Almafuerce, de Chocano, de Zenea, de Gutierrez Nájera, de Herrera Reisig, de Pérez Bonalde, de Díaz Mirón, de Blanco Fombona, de Deligne. . . . No siempre será posible determinar, en su respectivo florilegio lírico, cual sea la flor de oro de su numen apolíneo. El pedestal de cada uno de ellos —i otro tanto ocurre con la mayoría de los poetas mayores de la poesía castellana— es toda su obra.

Poco menos que imposible resulta el comparar dos poemas de distinto género. ¿Quién podría decirnos cómo se gradúa el mérito, comparándolos, de un sone-

to, una oda i una elegía? No cabe establecer comparación, sin notoria violencia, entre el ya citado Canto al Niágara, blasón de la lírica subjetiva, i el Canto a la Zona tórrida, gala i primor de la poesía descriptiva.

II.

¿Cuál era, pues, el objetivo del tema propuesto?

Parecíame que era estimular el noble ejercicio del sentido estético i del sentido crítico, en bella forma literaria, como funciones psíquicas que concurren agradable i útilmente a la cultura social i a la autocultura. Así, si a sí es, me explico que el idóneo jurado declarase desierta esa sección del concurso. Sin duda estimó que los trabajos leídos no llenaban las condiciones que el tema pide.

Empero... acabo de leer, una breve página, en Mercurio, calzada con la firma de J. B. Peynado, la cual pondera, aquilata i enaltece, donosamente, el valor poético de la rima *For ever*: la miniatura erótica de Fabio Fiallo.

Esa página es una lámina de oro. A esmerilarla han contribuido el fino gusto artístico del comedido autor i su orientación por los rumbos estéticos señalados, respectivamente, por los hermanos Schlegel, David Hume i Enrique Heine. Ignoro si fue o nó al certamen. Acaso estuvo, en liza con alguna otra, i el jurado no paró mientes en que —dado el objetivo del tema propuesto— aquella satisfacía, en medida no escasa, las condiciones exigidas para la atribución del lauro ofrecido. O quizás, a juicio del jurado, no las satisfizo.

III.

Discurro por tal modo, una vez establecida la re-

lación estrecha que existe entre la finalidad del tema —tal como yo lo he entendido i dejo expuesto— i la página escrita en honra de **For ever**.

Porque, desde el otro punto de vista, me alejo de la bella página aludida. Como consecuencia de las consideraciones que antes hice — en cuanto al juicio comparativo, para determinar cual sea la mejor poesia de la lira dominicana— reafirmo aquí mi opinión asesorada por el hecho constante: éso nunca se demostrará cumplidamente.

For ever, fina miniatura erótica, es de lo mejor en su género. Más no es perfecta. Algo podría decirse del verso —“en la revuelta bacanal del mundo”— pues bacanal equivale a orgia tumultuosa. Algo, también, del brusco cambio del vocativo. El poeta habla con los “amigos”, con sus “alegres camaradas”, probablemente en torno de la mesa báquica, a la media noche, mientras la fúlgida esmeralda del ajenjo exalta su fantasía i pone alas a su anhelo de amor infinito, i, como si los “amigos” i “camaradas”, atentos al ruego, hubiesen seguido ya “su camino”, cambia bruscamente de vocativo i concluye hablando con la “amada misteriosa”. Así la última estrofa peregrina.

Opino, no obstante, que **For ever** es, como **En el atrio** i **Plenilunio**, una joya en su género, i que corre parejas con **Never more**.

Pero . . . ¿cómo establecer grados de comparación entre cualquiera de esas trovas, encendidas rosas de amor, con uno cualquiera de los poemas liricos de distinto género que dan lustre también a la lira quisqueyana? ¿Cómo establecer un paralelo —pongo por ejem-

plo— entre *Never more* i *Ololoi* o entre *For ever* i *Sombras*?

Es de uso corriente. En todo concurso literario se fija un solo tema, el mismo, en cada número del prospecto, a fin de que el jurado, por analogía, en un grupo de trabajos homogéneos, escoja aquel que a su juicio supere a los otros i satisfaga las condiciones pre-establecidas. I suele suceder, apesar de esa previsión necesaria, que el juicio se divida i se dificulte el veredicto.

IV.

Es constante que esa i alguna otra rima de Fabio Fiallo son las preferidas —i aun las predilectas de no pocas damas de sensibilidad exquisita— sin desdoro de cuantas con ellas constituyen el rosario lírico del poeta; pero a mí me parece que (tal como ocurre también con Arturo Pellerano Castro en cuanto al fragantísimo manojito campestre de sus *Criollas*) la obra de aquel trovador de casta es una e indivisible i resulta del conjunto armónico de sus trovas i sus cuentos. Lo mismo opinaba Rubén Darío. En hermosa página dejó dicho: “En sus versos, como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta”.

Sus *Cuentos frágiles* son pequeños poemas en prosa. El amor, eterna poesía de la vida, da luz, calor i perfume por igual a sus cuentos i a sus rimas. En los unos i en las otras, ramas florecidas del árbol tropical de sus ensueños amorosos i sus emociones estéticas, “cantaba el ruisëñor” de su juventud i continúa cantando a la eterna inspiradora de sus rimas: la “amada misteriosa”.

1918.

AL MARGEN DE LA VIDA.

A Don Fed. Henriquez i Carvajal.

.....

Cuentan que por allí, sobre esas milenarias excelsitudes de la naturaleza, erraron con toda su pesadumbre de vencidos los últimos representativos de la raza quisqueyana, y que es por eso por lo que a las veces en las noches de luna, entre el murmurio de las ligeras cataratas, se escucha una triste canción, como de amor, como de agonía, como de angustia y de ansiedad.

Los campesinos llaman a esta extraña sinfonía, *La Canción del Ciguapo*, y el Viernes Santo van en romería hacia la montaña, para oír votivamente sus querellas aun no traducidas por ningún sabio de tierra adentro.

Lo cierto es, mi querido Maestro, que yo he pasado noches enteras, cabe las altas cabilmas, atento al dolido eco que como un canto de tórtola se pierde entre el misterio de esas cadencias no escritas del alma de nuestras montañas.

Ningún habitante desconoce este raro lamento que parece como que es el suspiro del monte cansado y soñoliento. Diríase que es la queja de la piedra o el sollozo de los siglos.

Los niños, los ancianos, los jóvenes fuertes y las muchachas más encantadoras, cuando algún forastero les interroga intrigado, contestan de la misma manera:

—“Es la Canción del Ciguapo”.

Hoy, cuando al referirme a Ud. evoco aquellas noches tranquilas de la montaña, traigo a mi imaginación todo lo que entonces fué fiebre y curiosidad de mis vijilias, y, a pesar de todo, no llego a explicarme la misteriosa Canción del Ciguapo.

¿Querría Ud. querido Maestro, referirme alguna anécdota que alcanzara hasta tan particular cuento de la montaña?

Rafael Damirón

Tampoco yo recuerdo cuándo ni dónde cambiamos ideas e impresiones acerca del tema de su página al margen de la vida. Ni hago memoria de quién fuese el alguien que, con su charla de decires, cortó entonces el hilo de oro del coloquio.

Recuerdo, en cambio, la última vez que me detuve en el parque colombino, rara avis, para saludar a un grupo de amigos i discípulos. Entonces fué cuando de sus labios oí algo de la fantasía baoruqueña del ciguapo. Discreta e ilustrada compañía nos rodeaba. Allí un técnico: Catrain. Aquí, desde el principio, Gustavo A. Díaz, y luego H. Blanco Fombona, ambos cultivadores de la alta i fina prosa literaria. Selecto auditorio tuvo el coloquio.

De ese diálogo ha tomado pié su péndola, buen amigo, para discurrir ahora sobre el mismo tema e interesar la mía en el esclarecimiento de aquella tradición o fantasía.

Angulo Guridi, el poeta, a raíz de la restauración nacional, hace ya media centuria, escribió unas páginas, a manera de cuento, con el título de La Ciguapa,

El episodio es animado e ingenioso. La fantasía del poeta hace allí derroche de cosas bellas, inverosímiles. Esa i otras obras de Javier Angulo Gurídi —Higuaniona entre ellas— deberían ser reeditadas para conservarlas en el acervo literario dominicano.

La ciguapa es de origen popular i acaso supersticioso. Parece tener, en la fauna terrestre, un papel semejante al de la sirena en el reino de las neréidas i las ondinas. Las sirenas —mujer del talle para arriba i pez del talle para abajo— tuvieron su residencia en las rocas vecinas de la insular Caprea i de la peninsular Italia. Con el imán de sus cantos atraían a los navegantes del Mediterráneo hasta hacerles zozobrar en las sirtes. Un día cualquiera, como el discreto Ulises se mostrara insensible a sus acentos engañosos, se arrojaron al mar por despacho. En él tienen desde entonces su morada procelosa. Tal la fabulosa leyenda mitológica.

También la ciguapa tiene rasgos femeninos. Pero sus piernas son estevadas i tiene las plantas invertidas. Su canto es de ave nocturna. Con su canto, como la sirena, atrae i seduce a los incautos. Tal en la leyenda del poeta Angulo Gurídi.

Nadie ha visto a la sirena ni tampoco a la ciguapa. Pero ello no obsta para que todavía haya por ahí quienes se dejen seducir por el canto falaz de la sirena, i para que haya también ilusos que, devotos del eterno femenino, se dejen atraer por el canto seductor de la ciguapa.

Empero —fuera del reino de la fantasía— la ciguapa o el ciguapo existe. Es un ave nocturna, como el mochuelo, como el buho, que en Cuba se conoce, con

el nombre femenino i es la misma sin duda que en las comarcas del Sur lleva el nombre masculino. El canto triste, lamentoso, es característico de toda ave nocturna. No es extraño, pues, que el ciguapo del Baoruco emita notas de elegía i que el eco de las mismas repercuta en la alta sierra como remedo de la voz humana. Corriente cosa es, entre la masa anónima, rural o urbana, el hallar analogías entre el canto de las aves i el habla de la gente. Alguien creyó oír a orillas del Yaque o del Ozama, en cierta ocasión, la voz de un pájaro que al cantar decía **Julián-chiví**, i nadie duda ni niega que tal diga en su canto el inquieto pájaro quisqueyano. Un alma triste, acaso un poeta romántico, mientras vagaba en los llanos del Apurá o en las selvas del Orinoco, alcanzó a oír el lúgubre acento de otra ave elegiaca que anunciaba el fin del mundo, o sólo el fin del día solar, con esta exclamación: ya acabó! i Abigail Lozano hizo vibrar en su lira lacrimosa el grito agorero del pájaro venezolano.

La ciguapa, o el ciguapo, deriva su nombre de la cigua. Cigua da origen a otros derivados i es un nombre, a la vez, propio de un árbol lauráceo i de un pájaro que nada tiene de canoro. Ambos abundan en las Antillas, el ave i el árbol, ajenos de la fábula. El mismo nombre se da en Cuba a un molusco. Pero en Honduras —i sin duda en todo Centro América— la cigua es también un ser fantástico que actúa en cuentos i leyendas populares. El vínculo de la cigua hondureña con el ciguapo jaraguense salta a la vista.

La Canción del Ciguapo, oída en la alta noche i a la luz de la luna, ya en las escarpas de la sierra épica, ya a orillas del histórico lago, especialmente en el día

final del vía-crucis cristiano, asume proporciones de una extraña i honda elegía. Diríase que es la máxima elegía de todo un pueblo: de la noble raza que desapareció de sus montes azules i sus verdes valles en el vértigo i el torbellino de la muerte que fueron la hecatombe de Jaragua i el exterminio de Higüei. Pero, por encima de las quejas de dolor i de muerte, que en la alta noche bajan de la sierra heroica del Baoruco, en veces debe oirse el caracol de Guaroa i el clarín de Enriquillo entre el rítmico rumor de los pinos i las palmas.....

¡Oh la leyenda! cuando no existiese habria que crearla!

1918.

ACCION CIVICA.

En memoria i honor del finado
José María Bonetti.

Sólo habían transcurrido veinticuatro desde el fausto día —el 11 de Julio— en el cual se cerró el ciclo de la Restauración, iniciada en Capotillo el 16 de Agosto de 1863, con la entrada del Ejército restaurador en la Capital de la República.

La víspera —día del santo predicador bajo cuyo patrocinio se erigió, a orillas del Ozama, la primera ciudad de Santo Domingo de Guzmán, Primada de América— un movimiento revolucionario había desconocido el Gobierno del Cibao, presidido por el prócer general Pedro Antonio Pimentel, e instaurado otro de facto, de nombre i origen exótico, dándole por jefe, con el predicado de Protector, al héroe de Santomé i la Canela.

• • •

Era medio día cuando vino a verme, siempre jovial i sonreído, el buen amigo José María Bonetti.

Nos conocíamos desde mi adolescencia. El había visto de cerca al seminarista bajo el rectorado i la prelación del joven vicario, sede vacante, que era su amigo i mi maestro —Fernando Arturo de Meriño— i sabía del gesto con el cual, seguido por un grupo de sus compañeros, aquel mozo de quince años había ahorcado los hábitos i salido del Seminario, a raíz de haberse ido pa-

ra la manigua, de los primeros, uno de sus hermanos mayores, como luego lo hizo el mayor de sus hermanos.

• • •

—“Vengo a buscarte —me dijo— para que me ayudes, como oficial único, a organizar el correo.”

—“Pero si yo no entiendo de éso ni quiero saber de empleos públicos”

—“Es un servicio al país, sin sueldo.”

—“Ah!

—I cuando lo hayamos organizado, en algunos meses, nos retiraremos de la oficina”.

• • •

Cinco días después funcionaba la nueva oficina postal, rudimentaria i paupérrima, en dos piezas de la planta baja del Palacio —donde todavía actúa— que forma la esquina en el cruce de las calles de Colón i de Mercedes. Para habilitarla sólo se contaba con dos estantes de pino i con dos mesas. Creo que una de ellas, la grande, aún se conserva. Esos muebles los recojimos en una casa baja, sita en la calle de la Separación, en donde tenía su centro el Correo durante el período de la reincorporación a España. Esa casa, ahora de dos pisos, es propiedad i hogar de don Marcos A. Gómez.

• • •

Otros útiles, como algunas balijas de cuero, i los de escritorio, se adquirieron enseguida. A falta de sellos postales —aún no creados por la lei— hacíase directamente el cobro del franqueo. Organizóse al punto un servicio de postas, a pié o en monturas, según las

distancias. La correspondencia para el exterior iba en los mismos sacos en que venía la de fuera. Los dos nos auxiliabamos en todo i constituíamos todo el personal de la oficina central de correo; aunque yo tenía a mi cargo, especialmente, los registros de cartas e impresos i el libro de caja. Su confianza en mí era absoluta. Tampoco había mandadero ni portero. Pagábasele a un chico cualquiera para el aseó de la oficina i el servicio del agua.

Tal organización; claro es, no podía ser mas rudimentaria; pero había servicio de correo en la República.

• • •

Finaba el año 1865 i la Asamblea Constituyente no daba fin a sus faenas constitutivas. Conspirábase a la sordina dentro i fuera de aquella. Austriacantes i patriotas —éstos en número menor— en una hibridación anómala, habían formado un bloque. Renacía el Baecismo. El prestigioso Protector, enfermo de incuria i desgana, dejaba hacer i no hacía. Otros aspiraban por él i él parecía esfumarse en la inconsciencia del magno papel que el civismo en acción le había atribuído.

Cabral nada tuvo de Cromwell..

• • •

La aclamación tumultosa de Pedro Guillermo, trabuco en mano, repercutió con Pimentel en la histórica Puerta del Conde i fué proclamación ilegal en el seno de la tornadiza Asamblea. I Baez fué una vez más —i no sería la última— Presidente de la República.

Era vispera de Reyes.

Acababa yo de abrir la oficina, a primera hora de la mañana, cuando llegó José María Bonetti como siempre jovial i sonreído. Era portador de una gran noticia i hubo un diálogo, entre ambos, más o menos del tenor siguiente:

—“Sabes? —me dijo— hoi nos desgoman...”

—“Pues enviemos antes la renuncia”.

—“No, mi querido. Mejor será que nos echen fuera. Así pagarán con creces el servicio que hemos hecho al público i al comercio durante cinco meses....”

—“Sea”.

—“Aunque yo no vuelvo más a la oficina. Haz tú la entrega”.

Estrechóme entre sus brazos i salió de allí, a no volver, como quien arroja de sí un fardo molesto.

• • •

Enseguida hice el inventario, poca cosa, i el corte de caja.

A medio día llegó José Joaquín Machado —otro bueno— a hacerse cargo de la oficina. Mostróme el oficio que le servía de credencial. Cambiamos pocas palabras. Bonetti no estaba. Yo haría la entrega. Comprobóse el inventario i el movimiento de la caja. El balance en caja era de unos cuatrocientos duros. Extendí un recibo por esa suma. El nuevo Administrador iba a autorizarlo con su firma; pero antes me dijo:

—“No veo en ese libro la partida de los sueldos que ustedes han debido cobrar”.

—“No los hemos percibido”.

—“Entonces —afirmó— ese dinero efectivo servirá para su pago”.

—“De ningún modo. El Gobierno no nos asignó sueldo ni dietas. Nuestro servicio, como el de otros dominicanos, era gratuito”.

—“De suerte que.....”

—“Ese dinero pertenece al servicio del Correo”.

El bondadoso José Joaquín Machado firmó el recibo, redactado por mí, mientras balbucía entre dientes alguna frase en alabanza de nuestra honesta conducta; i, poco más tarde, ponía yo ese documento en las manos limpias de mi jefe transitorio i mi amigo de siempre.

Acaso ese papel no se haya perdido, o destruido, i aparezca, ahora o luego, entre otros del finado.

• • •

Después de tal episodio, de poca monta en el tráfico multiforme de la vida pública, José María Bonetti se hizo un elemento indispensable, difícilmente sustituible, en diversos servicios municipales de la ilustre ciudad que le tuvo siempre por munícipe mui distinguido.

1919.

LIRA ROTA.

Las doce.

Sugestivo cuadro, de amor i de vida, arroba mis pupilas.

Manos que se buscan i se estrechan, abrazos varoniles, besos femeninos, plácidas sonrisas, lágrimas furtivas, alegres voces, campanas a vuelo, el himno cubano i la hermosa bandera de la estrella solitaria—la de Narciso López—que, desde una a modo de vía láctea luminosa formada por los lirios eléctricos, asciende, en ondulaciones rítmicas, hasta el tope del asta erecta, para darle la bienvenida al enigmático año nuevo.

¡Ave, 1920, año vigésimo del siglo veinte! El pueblo de Heredia i de Maceo, como todo el pueblo de Cuba, que va hacia el plano superior en la necesaria evolución de la vida, te esperaba i te saluda!

¡Ai de los miserandos peregrinos de la patria en duelo! No todos los circunstantes descojen las alas del espíritu i se echan a volar—en la alta noche de paz i de luna—por el puro ambiente de la esperanza i del ensueño. Alguien, ausente del solar nativo, unido a Cuba con lazos de amor i de civismo, ha vuelto los ojos del alma hacia donde el mar cantor suspira su barcalora, rumbo al oriente, i una ola de nostalgia i otra ola de tristeza han velado de momento la indagadora mirada del alma. Allá a lo lejos, más allá del horizonte, está

la épica ciudad de Febrero, la "Ciudad Doliente", en la tierra heroica i sin ventura, i hacia ella vuela ahora el anhelo insatisfecho.

Surjen los recuerdos tristes, antes que las dulces memorias de otros días.

Tres años hace que el suelo sagrado de la patria treme, con temblor de ira santa, bajo el tacón de hierro del huésped malvenido. Hace un año—cuando el 1918 entraba en las sombras del pretérito—que la pandemia implacable diezma su población escasa i sufre.

Era el desfile de la muerte.

Pasan los niños, ángeles del hogar i de la cuna, flores con alas, efímeras alas de mariposas, en raudo vuelo de querubes....

Pasan las madres, jóvenes aún, henchido el seno ubérrimo con el jugo del amor i de la vida, i quedan las hijitas huérfanas en el deshecho hogar sin madre....

Pasan los jóvenes, soñadores o activos, esperanzas truncas—entre ellos dos que iban a convertir en luna de miel la próxima luna de Enero—i los ancianos i los abuelos se inclinan, inconformes, al verlos pasar ahora camino del cementerio.

I pasa el poeta....!

Era la quincena trágica.

Medroso silencio reinaba en la alcoba, antes soleada i alegre, ahora a media luz inverniza i pálida.

Hallábase mi mente sumida en un piélago de preocupaciones i ante mis ojos fatigados e insomnes permanecía abierto el grave volumen de "Psicología"... Mi pensamiento giraba en torno o se me iba en pos de

esta sola idea:—el peligro inminente que, cual ave fatídica, revolaba i se cernía sobre tantas cabezas juveniles, nidos de amor i de ensueños, todas caras a mi afecto.

Entonces fué cuando.....

—“Sabes”?—Moduló cerca de mí, con voz de lágrimas, alguien que suele poner su corazón de madre, de madre dolorosa, junto al infortunio extraño cual si fuese suyo.

—“Sabes?”

—“Qué?”

—“Apolinar... el poeta.....”

La palabra de muerte, inarticulada, a la manera de una bola de fuego, hizose candente nudo en su garganta i en la mía. Ni sus labios, trémulos de piedad, ni los míos, contraídos en un rictus de dolor, pudieron decirlo. Como horas, lentamente, corrieron los minutos en un silencio poblado de sombras. Lentamente se deshizo también el nudo ígneo en rocío de lágrimas internas, caídas en ambos corazones, con el mismo ritmo, como en dos ánferas votivas. Eran las primicias de una doble ofrenda cordial a la vida trunca i a la lira rota del poeta ido a deshora del parnaso i de la vida.

Finaba el año, caduco, entre las tinieblas de una larga noche de insomnio, húmeda i fría. Era el tercer día de su fenecimiento i diríase que el inspirado y fácil trovero del amor resucitaba—con el nuevo año—a una nueva vida, a la vida póstera, ungido ya con el óleo de la eterna poesía.

El diálogo —a menudo interrumpido— proseguía ahora, en una atmósfera de añoranzas i melancolía.

—“Apolinar fué tu discípulo”...

—“De los más sinceros, leales i afectivos”.

—“Ciertamente. Su último canto—último canto del cisne—fué una loa de su amor al Maestro i vibra aún con el ritmo de su alma lírica.

—“Es el poeta del amor noctívago. Las notas de su laud erótico se desgranán en una perenne serenata al pié de la alta reja florecida”.

—“Para él, sinembargo, no “cantaba el ruiñeñor” ni en el palacio armoriado, ni tampoco en el cercado ajeno, sino en el vecino huerto”.

—“O tal vez sólo cantaba la alondra, la del madrigal i el idilio, anunciadora del alba”.

Fué—Apolinar Perdomo—un trovador bohemio. Pasó la vida, o pasó por la vida, enamorado del eterno femenino: amaba su espíritu i su carne. En veces solía volverse hacia la novia ideal, la que habrá de venir i nunca llega. Entonces tejía las cuerdas de su laud mozárabe, con rayos de la luna, pétalos de las rosas i perlas del rocío.

Su romanticismo no era de arte i menos de escuela. Salíasele del alma lírica como el aroma de una flor silvestre. Tal ocurre con algunos de los trovadores hispanos, ya con la guzla monorrítmica, ya con la tiorba pentacorde, cuando discurren por los senderos floridos de la embrujadora Andalucía.

Cesó el desfile de sombras.

Allá, del otro lado del mar colombino, en un silencio de tristezas i nostalgias, duerme acaso la “Ciudad Doliente” su intranquilo sueño de pesadillas, mientras en el hogar en vela alguien guarda, con amor, el fuego sagrado de los dioses lares.

Esfúmase la visión melancólica en las lontananzas del espíritu. Yo sólo alcanzo a ver, con los ojos del alma, tal vez relegada a injusto olvido, en la rama seca

de un sauce triste del vecino huerto
la rota lira del poeta muerto!

Cuba, 1919-1920.

POEMA.

A Mariblanca.

Alma soñadora i lírica!

Ya vas, entre el amor i el dolor, por el sendero florido.

Temor no hayas, niña, que no hai maleza ni cardos en la vía.

Si algunas hai, o si las hubiere mañana, nada importa. Alas tiene el ave i vuelo libre.

Paloma eres, alondra o golondrina; i, cuando en el largo camino nubes de polvo se alcen a envolverte, o abrojos i cizañas te cierren el paso, "en la escondida senda por donde han ido los pocos sabios i los buenos que en el mundo han sido", el ave de tu espíritu descubrirá las alas i tenderá el vuelo en las ondas del aire azul, bajo el oro del sol o el ópalo de la luna.

Vuela, ahora, hacia mi carmen lírico. Mi jardín interior está siempre abierto i aún hai en sus rosales flores de emociones i de cariño.

Bajo la fronda, en un fresco ambiente lleno de fragancias, corre un aire suave de ternura i de nostalgia, de añoranza i de poesía.

Entra, Mariblanca, i acércate al rosal de las magnolias; i con esas tus manos de lilia! albura —en las cuales no quiso descifrar el arcano, o leer la buenaventura, la gitana de tu gentil poema— toma la rosa de tu gusto i enhébrala en el rosario lírico de tus plegarias de arte, de amor i de vida.

Vuela.....canta..... i arrulla..... alma soñadora i lírica!

Cuba 1921.

ARTE I NACIONALISMO.

I.

El Arte, con sus obras e inspiraciones estéticas, sirve a la causa edificadora del Nacionalismo. El Arte es también su heraldo i, con su clarín sonoro, canta las proezas de los héroes, evoca las glorias de la patria i proclama las victorias del derecho, de la libertad i de la justicia.

Cuando se iniciaba el año retropróximo,—1923— apareció el adalid preclaro, en su solar nativo de Montevideo, tal como el orador-poeta i prócer de las letras neo-españolas—Juan Zorrilla de San Martín—lo vió dibujarse en el cristal de su espíritu i lo plasmó i lo animó en las vibrantes i donosas páginas de su libro *La Epopeya de Artigas*.

Una estatua ecuestre, de épico gesto i tamaño heróico, reproduce en cálido bronce la austera i noble figura del adalid insigne de la Democracia i de la Independencia— que fué el amado Jefe de los Blandengues— caballero de marcial apostura en su brioso corcel de guerra, fundido en bronce a la par del héroe.

Es él!

Allí está, andante caballero del ideal nacionalista, erguido i firme sobre el caballo dócil al freno que rige la diestra mano del jinete.

El es! allí aparece tal como era al asumir la representación de su pueblo, el de la Banda Oriental, i

la suprema dirección de las huestes libertadoras, ya contra ambas monarquías conquistadoras—la lusitana, establecida en el Brasil, i la española, dominadora de las Provincias del Plata—ya frente al versátil transaccionismo bonaerense, cuando éste puso en inminente peligro de muerte a la Revolución de Mayo...

En días faustos para los fastos históricos del civismo uruguayo, cuando se hacía en Montevideo la renovación legal del Consejo Nacional i la trasmisión pacífica de la Presidencia de la República, llevóse a cabo la inauguración de la monumental estatua ecuestre. El acto, público i solemne, tuvo efecto la víspera de la jura i toma de posesión del Presidente electo—el Ingeniero José Serrato—o sea el mismo día en que terminó el período del Dr. Baltasar Brum como Jefe del Ejecutivo.

Dos discursos, entre otros no menos aplaudidos, culminaron en aquel acto de edificación nacionalista. El uno fué pronunciado por el poeta i orador ilustre que ha enriquecido la diadema histórico-literaria del Uruguay con dos brillantes gemas: el *Poema de Tabaré* i *La Epopeya de Artigas*. El otro lo fué por el distinguido estadista que, satisfecho del deber cumplido, ponía término a su mandato gubernativo con la justísima apoteosis del héroe.

Otro vate rioplatense, José G. Antuña, saludó i cantó con viriles estrofas la reaparición del "Corcel de bronce", que "llega del fondo de la Historia" para ser digno pedestal de quien—siempre en marcha hacia el ideal nacionalista—fué el Jefe de los Orientales i es el Héroe de Las Piedras, las sagradas piedras, sobre las cuales se fundó i edificó la Patria Uruguaya.

II.

En enero de este año—1924—en la villa heroica que luce su nombre, no lejos del campo de Sarandí, en donde hubo lugar la batalla restauradora de la Independencia, con la cual se desalojó al intruso imperalismo brasilero, ha se erigido un simbólico monumento conmemorativo de aquella estupenda victoria del nacionalismo uruguayo.

Sobre un amplio basamento, con escalinata, álzase un cubo de granito, a guisa de pedestal, i encima—talladas en mármol nativo—aparecen las dos grandes figuras que integran el símbolo: la india i su puma. Ambos, unidos, simbolizan la fuerza i la rebeldía de la raza puesta al servicio de la causa augusta del nacionalismo.

Ese grupo escultórico tiene para los uruguayos—además de su noble valor épico i estético—el amable atractivo de ser la obra artística de un joven escultor nacido en la culta ciudad de Montevideo. El artista uruguayo—que ahora triunfa en París con las producciones de “su talento creador i su sabia mano”—según lo expresa en algunas líneas epistolares un esteta i mi amigo estimadísimo—lleva un apellido ilustre i lo ilustra a su turno. Su nombre es José Luis Zorrilla de San Martín i es hijo del autor preclaro del Poema de Tabaré i de La Epopeya de Artigas.

A veces, si no siempre, el *quid divinum* se hereda.

Un ciudadano prestantísimo—que suele poner su millonaria fortuna al servicio de la educación moral i cívica de las generaciones educandas—costeó de su peculio el monumento conmemorativo de la victoriosa jornada bélica de Sarandí; i lo ofreció, como regalo a

ofrenda de su patriotismo, al municipio de la villa heroica. El Dr. Alejandro Gallinal, tío del simpático escritor que ha dado a la literatura impresionista de los viajes un ameno i bello libro intitulado **Tierra Española**, es el nuevo Mecenaz.

El rasgo del filántropo uruguayo, nobilísimo, constituye un alto ejemplo digno de loa. ¿No habrá aquí entre los dominicanos i extranjeros favorecidos por la fortuna o por los negocios, quienes, reunidos en una mano generosa, emulen ese rasgo de alma templada al fuego del heroísmo?

Juan Pablo Duarte, el Fundador, hace ya seis lustros que espera su monumento de edificaciones cívicas; i la Historia recogería con amor i en página de oro semejante rasgo. . . .

Feliz el Uruguay que ha sabido concordar ambos regimenes—el social i el político—i armonizar, con un mismo ritmo de arte i de nacionalismo, las normas de su vida civil con las síntesis dramáticas de su vida épica!

1924.

LA RABIDA.

Tal es el título, ese el sugestivo nombre de evocaciones éticas i estéticas, de la revista iberoamericana —órgano de la Sociedad Colombina Onubense i heraldo del espíritu de la raza—que ve la luz pública en Huelva, la ciudad ilustre, no lejos del histórico monasterio que alojara un día al futuro Descubridor de América en su seno de sagradas piedras: símbolo i “una de las pocas banderas, que quedan en el mundo”—al decir amable del prócer hispanoantillano que fué Rafael María de Labra.

Tengo a la mano i a la vista la edición mensual —la de diciembre—con la cual se cierra el año 1925, i en ella se hace constar la útil faena realizada i los avances hechos, en ese lapso, por la interesante revista que ya cuenta trece años en el concierto del periodismo de edificación i de cultura del alma indoespañola.

Este número inserta—con bellas i fidelísimas ilustraciones de Huelva, Sevilla, Habana, Coaguila, San Salvador i Nueva Guatemala—páginas selectas acerca de mui apreciables temas conexos con el programa solidarista de la asociación benemérita i con la simbólica bandera que dijo Labra.

Vibra con un ritmo cordial la primera. Obra es de la pluma del culto i fervoroso americanista don José Marchena Colombo, director de la revista, i es como un himno al espíritu no estacionario, sino de evolución i renovación incesante, que debe animar a

cada uno de los miembros de la gran familia hispano-americana.

Concluye así la página editorial en referencia:—
“Una política regresiva nos separaría de la América que evoluciona, que se reforma, que cambia, que quiere elaborar una sociedad mejor, dentro de un derecho más justo i de una libertad mejor entendida”. “La transformación debemos verla con cariño i seguirla con fé, porque es la continuación del jenio ibero en los pueblos que nacieron de España; el vino nuevo en odres viejos; el espíritu siempre creador i fecundo que sigue su camino de luz en la cultura universal. . . .”

En la sección bibliográfica hai algunas cláusulas, henchidas de ideas i emociones, relativas a un libro dominicano de actualidades históricas con vistas a la solidaridad interamericana: **Nacionalismo.**

Informan esa página, en solo cuatro párrafos, un encendido elogio del contenido del volumen i una mención honorífica del autor, a la vez que un renovado voto de adhesión i simpatía a la causa nacionalista del pueblo dominicano.

Es, pues, una valiosa dádiva del espíritu i el autor del libro la pondera i agradece.

Siurot—maestro en las aulas i fuera de las aulas—continúa desglosando de **Sal i Sol**, un libro suyo aun inédito, las páginas de fino i cálido humorismo que corren insertas en varias ediciones de la revista bajo el epígrafe lugareño de **Sal del Odiel**. Es evidente que esa sal i ese sol, tónicos para el cuerpo i para el alma, son el sol i la sal de Andalucía.

Hai, en esa misma edición de fin del año, un excelente trabajo calzado con la firma de un distinguido

colaborador de la revista, que es una contribución estimadísima a las disquisiciones hechas amenudo en torno de la magna empresa colombina.

En ese estudio biográfico se destaca una simpática figura netamente española.— “Es el tipo representativo de la lealtad i la hidalguía castellana”.— Es Diego Mendez de Segura. Escribano—como lo fué Hernán Cortés en la Española i en Cuba—era aquél cuando zarpó de España la flotilla armada para conducir a Colón en su postrer viaje de descubrimientos. Como a Cortés i a Hojeda, i a tantos otros caballeros andantes de la triste i de la heróica figura, animábalo un espíritu inductor o impulsivo, siempre propicio a los arrestos de arriesgadas aventuras que solían culminar en el sacrificio épico; i, en rasgo digno de loa, se le vió jugar la vida, al azar, en aras de la vida i la gloria del nauta insigne “ante quien muda se postró” la América.

Ese hecho insólito es, sin duda, su mejor credencial para su ingreso en la lejión de honor de los héroes. En una canoa indijena, sin velamen ni quilla, “con una mano de valientes”—como diría el altísimo prócer cubano—salió de Jamaica, una i otra vez, cruzó el canal de los vientos, bojeó la costa i arribó a un puerto sureño de la tierra insular de los prodigios; la cual era ya la predilecta de Colón i sería en breve la cuna de América i la Primada de las Indias.

Adhesión i fidelidad fueron las características morales del generoso Diego Mendez de Segura. Ni la indiferencia, ni el desvío, ni el olvido—gajes de la veleidosa conducta de los hombres—alteraron nunca la caballeresca orientación de su hidalguía castellana. Ayuno de egoísmos e ingraticudes, como pocos, pasó

honestamente por el tormentoso escenario del mundo. Intrépido i magnánimo fué en las difíciles jornadas del drama de su vida; i no hubo para sus servicios ni para su proeza lejendaria la recompensa merecida.

Pobre, paupérrimo, casi desconocido u olvidado, pero consecuente consigo mismo i fiel a los dictados de sus propias intuiciones nobilísimas, sin miedo i sin tacha, rindióse al cabo como bueno en el piadoso regazo de la tumba.

Noto, en acabando de leerlo, que hai una omisión en ese estudio biográfico. Nada dice el autor—i yo lo echo de menos—del distinguido compañero del bizarro español en la famosa travesía de la una a la otra isla en un frágil esquife. Amigo suyo era i nativo de la Liguria. Bartolomé Fiesco se llamaba. Apellido ilustre. Dos Fieschi se ciñeron la tiara. Era, como Diego Mendez, joven i valiente. Arrostró impávido, como él, la furia del mar proceloso, i, como él, retó a la muerte. Fué, tanto como él, un servidor adicto i fidelísimo del Almirante viejo. El índice del deber i su adhesión al nauta perilustre, en aquella hora infausta de fracasos i peligros inminentes, les unió fraternalmente para el jesto épico; i la historia i la leyenda, a la par, los conservan unidos al ponderar aquella hazaña heroica i peregrina.

Juntos aparecen también en la escultura.

El sarcófago de cristal i bronce, que guarda la vieja urna de plomo con los restos venerados del ilustre i esclarecido varón que fué el Descubridor del Nuevo Mundo, ocupa una cripta en el centro del grandioso mausoleo tallado en Barcelona por Romeu i por Carbonell i erijido en la nave central de la Basílica i Catedral Primada de América. Sobre el blanco mármol

del magnífico monumento sepulcral—dentro i fuera de la cripta—ocho planchas de bronce reproducen en alto relieve sendos episodios culminantes de la epopeya colombina.

Todos ellos son edificantes i emotivos.

Los cuatro broncees que lucen en cada lado del polígono, en la parte exterior del mausoleo, corresponden a igual número de escenas históricas de un valor ético imponderable. Son éstas: Cristóbal Colón ante el Consejo de Salamanca; Colón en Guanahani tomando posesión del Nuevo Mundo; el Descubridor en Barcelona ante los Reyes de León i de Castilla; Enriquillo, el último cacique quisqueyano, al iniciar la protesta del Baoruco.

Los cuatro que lucen en el interior del mausoleo, encima de la abierta cripta, corresponden a otras escenas no menos relevantes. En uno se destaca la grave figura de Toscanelli mientras escribe a Colón su célebre carta de inducciones. En otro aparece el grupo de Frai Juan Perez, el filántropo i optimista Prior de la Rábida con el peregrino del ideal i de la ciencia, cuando éste lleva de la mano a su hijo Diego i pide para el niño el pan del espíritu a la vez que el pan de cada día. En el tercero se perfila Fr. Bmé. de Las Casas en ejercicio de su apostolado de amor i paz i justicia. En el último surge, como al conjuro de una evocación de la musa trágica, el débil esquife tripulado por los remeros indijenas i por los dos abnegados servidores del Descubridor eximio.

Es en el Canal de los Vientos. Olas encrespadas, en vertiginoso torbellino, amenazan hundir la canoa o estrellarla contra la sirte oculta bajo cendales de espuma.

Como fieros lobos de mar, o como semidioses auxiliares de Neptuno, ambos jóvenes viriles se mantienen erguidos, serenos i de cara al oleaje en furia, i en cada mano diestra vibra el timón o el remo, cual si fuese un cetro, i se hinche la vela en el mástil improvisado, como si fuese la bandera loca del éxito i del triunfo.

Hélos ahí. Son ellos. Son los héroes de la hazaña épica inaudita: Bartolomé Fiesco i Diego Mendez de Segura.

Tal es i talas consideraciones i comentarios hame sugerido, con su agradable lectura, la interesante edición mensual, la de diciembre, de la meritísima revista iberoamericana que luce al frente de sus páginas, a modo de una estrella promisor, el sugestivo nombre símbolo de LA RABIDA....

1926.

HOSTOS.

Hoi es el once de Agosto.

Hoi se cumplen veintitrés años que bajó al seno de la tumba, en esta ciudad de su elección i de su afecto, el amado Maestro, Eugenio M. de Hostos, iniciador i fundador de la enseñanza normal i racional en la República.

En su tumba, erigida en el cementerio cosmopolita de Santo Domingo, donde reposan i se conservan los restos carísimos, no faltará en este día un puñado de rosas que manos pías, o almas piadosas, dejarán en cima de la loza sepulcral como ofrenda acepta a los manes del Maestro.

...

En la isla madre, como él la llamara, en Río Piedras, tendrá hoi lugar un acto festival —que no de duelo— en honra merecida del maestro i del patriota: la inauguración i la entrega del monumento, obra del escultor español Victorio Macho, que el pueblo puertorriqueño erije i consagra a la augusta memoria del prócer.

...

Puerto Rico se nos ha anticipado en ese justo homenaje. El nuestro está en retardo. Pensemos en esa demora, harto lamentable, i actuemos en seguida. El bello i simbólico monumento en mármol, que hoi se inaugura en el atrio de la Universidad de Puerto Rico, merece encendido encomio. Aquí, endonde Hostos figura entre los próceres del ideal i la cultura psíquica,

forman legión quienes hoy van a Río Piedras, en espíritu i amor, para asistir de tal modo a aquel acto de edificación del alma puertorriqueña i del alma antillana.

Ese monumento acaso sea, allí, para unos, homenaje en honra del maestro; para otros, en honra del patriota. Para nosotros —la universalidad de los dominicanos— es una triple ofrenda de amor a la obra del maestro, del patriota i del antillano. Porque el Maestro, Hostos, fue también un patriota i un antillano.

Lo mismo que Betances.....

1926.

OTRA VEZ EN LA RABIDA.

Hoy es el día 10. de Octubre.

En breve, transcurridos once más, será el día novomundial por excelencia: el famoso 12 de Octubre. Dentro de doce días, pues, habrán corrido ya siete lustros, treinticinco años, de la quinta centuria del milagro colombino.

I todavía hai quienes ponen en tela de duda que los restos venerados del héroe permanecieron i están en la Basílica i Catedral Metropolitana de la Primada de América! I todavía se forjan nuevas cunas para la nacionalidad nativa del prócer insigne del Descubrimiento! I todavía el Nuevo Mundo se denomina América —América para los Americanos— i aun no Colombia: Colombia para la Humanidad!

• • •

Así discurría yo —en el silencio de mis horas tristes— cuando recibí, esta mañana, dos números de la revista colombino-ibero-americana. Tengo a la vista i a la mano, luego de leídos por mí, sendos ejemplares de dos ediciones de "La Rábida", la revista nobilísima, correspondientes a Julio i Agosto del año en curso.

En ambas i con ellas se ha rendido un homenaje cálido i una bella ofrenda a cuanto forma el acervo histórico del punto inicial de la máxima empresa trasatlántica —que fue el descubrimiento de un nuevo mundo i mundo nuevo para la libertad i para la civilización latina— con el cual se rememora i conmemora

el inolvidable tercer día del mes de Agosto: el día de Palos i de las Carabelas inmortales. En ambas i con ellas se recuerda i honra: a Cristóbal Colón, el Vidente; a Isabel de Castilla, la Munificente i la Magnífica; a Frai Juan Pérez, el Animador i Pío; a los hermanos Pinzones, los Viriles i Animosos; a la Santa Maria, la Niña i la Pinta, la flotilla en pañales del épico prodigio; a Palos, el Puerto de salida a la aventura i el peligro i la puerta de entrada a la vida i a la gloria. . . . I en una doble síntesis promisoro i colombina: a Huelva i a la Rábida!

. . . .

Ambas ediciones son exponentes, meritísimos, de cómo i cuánto ha avanzado, en lo que va del siglo, el redoblado i perenne esfuerzo realizado de continuo, cada día i a cada hora, en su admirable faena de amor i solidarismo, por la benemérita **Sociedad Colombina Onubense**, timbre de Huelva i de Andalucía i de España, —bajo la fervorosa presidencia del ilustre americanista Don José Marchena Colombo.

. . . .

Grata visión mental i estética!

He recojido en la retina, en la pupila a plena luz del alma, cuanto ambas ediciones ofrecen como ilustraciones gráficas de aquel escenario de reliquias históricas; i he acojido en mi espíritu, aun atribulado i como en suspenso, el uncioso discurso pronunciado por Rodolfo Reyes, que ha unido la visión de Huelva a la visión del Anáhuac, i las frases emotivas i emocionadas de Marchena Colombo. Ilustraciones i palabras, en una suerte de sortilegio de la simpatía, hanme dado un impulso espiritual que me conduce hacia aquella tierra de origen.

Yo no soi miembro de aquella asociación reconstitutora i acrisoladora del alma hispana i neoespañola —o aún no lo soi— i voi ahora, sinembargo, hacia Huelva i hacia la Rábida i me detengo en la confluencia del Tinto i el Odiel, frente al convento vetusto, i entro en el asilo que fue de Colón i de su hijo adolescente, i veo en amplia sala antigua una reunión de hombres con alma i con ideales en el alma, i me llevo en silencio a un rincón de penumbra i me siento en una butaca, hasta entonces vacía como si me esperase, i oigo de nuevo vibrantes discursos i los votos que se formulan en tal día promisor i glorioso. . . . i en silencio de cordial adhesión uno mi voto, sincero i ecuaníme como mío, a los votos caídos de los labios trémulos del ilustre Presidente; i uno también mi aplauso a la salva de palmas con que los miembros de la **Sociedad Colombina Onubense** ponen término a los actos festivos del 3 de Agosto, el día de Palos i de Huelva, en memoria i honra de la más gloriosa hazaña que los siglos vieron.....

• • •

La visión perenne supera, en el espíritu en vela, a la realidad mudable o efímera. . . .

1927.

LA BELLA ITALIA.

Gentilísima!

Su primer saludo vino acompañado de una dádiva: su periódico. Su periódico luce este nombre delicado: *IL CAROSELLO*. Es una revista mensual ilustrada. Síntesis de su programa es este predicado: italo-hispano-americana. Tres ediciones sucesivas tengo recibidas. En ellas—como si esa revista fuese bilingüe—hay páginas escritas en español que alternan con las escritas en italiano. Algunas de las últimas que digo son versiones hechas del castellano. Clara dei Conti Bartolomei es la directora. Mejor diría si dijese que ella es el alma del *CAROSELLO*.

La primera edición recibida la di, como un obsequio, a un paisano de la noble dama; a otro, no menos devoto del facismo, le regalé la segunda. Pero antes las había leído. E inmediatamente correspondí al saludo i la dádiva de la distinguida escritora con algunas líneas epistolares de simpatía intelectual i de galantería.

A su turno, con prodigalidad efusiva, Clara Bartolomei me ha favorecido con su vera efigies, con dos libros suyos i con una misiva cordialísima. Debo i quiero—“como caballero de la poesía”—transcribir inextenso la carta i referirme a los libros i al retrato. La carta está escrita en castellano, cual si fuera su idioma, i a la letra es como sigue:

—“Caballero de la poesía: He recibido i leído su

carta con la misma sonrisa en mis ojos, con la misma dulzura que he, cuando miro las flores i oigo la música. Gracias, Señor! Pongo mi pequeña mano en la generosa de Ud. Así me parece haber buscado fuerza para coronar con el éxito mi ensueño. Yo sé hablarle al corazón del Poeta i siento que ese Poeta, aunque ya en la luz radiosa del triunfo, se dignará entender i apreciar nuestra tentativa de acercamiento entre los pueblos latinos. Todos no somos hijos de la misma madre; pero estamos muy juntos en las manifestaciones artísticas i culturales. II. CAROSELLO se propone ser el lazo espiritual entre los pueblos de la misma raza, de la misma sangre, para reunir, sin absurdos obstáculos de fronteras,—el reino de la Belleza no tiene confines—todos los valores espirituales latinos; para que sea abierta por ellos la senda que conduce a la gloria. Así, porque la raza latina es raza aquilina. Pero la senda es áspera. Nuestra juventud, empero, logrará el éxito. Sea Ud. para nosotros el dulce hermano que tiende su mano fuerte i valerosa para sostener nuestra incertidumbre, que tal vez busque sofocar el entusiasmo. I habrá un diamante más en la corona que orna su frente de victorioso”.

“En Santo Domingo no tenemos quien se ocupe de la difusión de nuestra revista; pero ahora, yo lo siento así, contamos con el caballero que ha recogido—el primero— la voz de esta poetisa de la tierra del Dante; i que le ofrece, pues Ud. es para ella un alma antes de ser un hombre, su vera efigies. Perdóneme; mas no me parece que Ud sea un ilustre amigo desconocido, sino el querido amigo vuelto a mi corazón después de larguísima ausencia”.

“II. CAROSELLO i yo esperamos de Ud. el honor de su colaboración i de su retrato para ponerlo en alto

como bandera gloriosa que nos diga amenudo que hemos de vencer”.

“Mi mano le tiendo para el beso”.

Ambos libros recibidos por mí, dádivas preciosas de un noble espíritu de mujer i de poetisa, son de pequeño formato i de edición elegante i pulquérrima. Dos joyeles. Ambos los he leído sin demora i con amore.

El uno, en verso, es una traducción al italiano, fidelísima, hecha de otro libro de bellos poemas líricos. Iniciase la nueva edición con una donosa página, bañada en la luz meridiana i llena de ritmos del alma, en la cual la portadora hace un encendido encomio de la poesía, como elemento necesario a la vida espiritual del ser humano, i un amable elogio del poeta uruguayo—Gastón Figueira—cuyos son los poemas originales del volumen **EN EL TEMPLO DE LA NOCHE**.

La alondra de la Liguria ha hecho suyo, al calor de su alma joven, llena de ritmos i de melodías, cada uno de los poemas vertidos por ella al italiano, dándole el mismo nombre promisor i sugestivo en el dulcísimo idioma del Petrarca: **NEL TEMPIO DE LA NOTTE**.

Diríase que la poetisa ha entrado en el templo de la noche, augusto i solemne, como antigua vestal o como sacerdotisa. Ha entrado como si fuese a su propio templo: como si fuese el templo en donde estuviese el ara santa de sus emociones estéticas, en la cual recibió su númen poético el óleo de su consagración como hija de Apolo. Antes lo dije i acaso no huelgue repetirlo: la poetisa genovesa, alondra de la Liguria, ha hecho suyo, con su alma llena de ritmos i de melodías, cada uno de los poemas cantados por Figueira en la alta noche, en la soledad i el silencio, ba-

jo la inmensa cúpula del cielo, iluminada a giorno por infinito número de estrellas: "las margaritas de oro"—que dijo el místico Amado Nervo—. En esa última frase—formulada por mí a manera de síntesis emotiva—vacío i dejó escrito el concepto que tengo formado de la fácil versión al italiano, lucidamente realizada por la culta e inspirada poetisa.

El otro libro suyo, en prosa, es un drama. Su solo nombre atrae e invita a la lectura de su contenido. LA VIEGLA SANTA es su expresivo nombre. Es un drama divino en tres jornadas. Es una dolorosa parcela de la vida. Su corte es moderno en la forma i en el fondo. El primer acto se distribuye en cinco escenas i tiene lugar en la plaza de la villa o aldea de San Severino. Iniciase el diálogo entre dos i se mantiene entre cuatro vecinos. Son los profesionales: el médico, el abogado, el farmacéutico i el notario. Ellos forman el cuadro parlante de la crónica pueblerina. El diálogo versa en torno de un crimen en la sombra i la condenación de un inocente. El comentario se interrumpe con la llamada del médico para un caso, un herido, que pudiera ser otro de homicidio. En el segundo acto—otras cinco escenas—Nunzia, la triste, la pobre madre en pena, con veinte años de duelo, con la ayuda de una amiga, María, prepara en su mísera vivienda la vigilia de los muertos. I el drama se complica i acentúa con la no esperada visita de Gerio, su hijo, el ipocente condenado i al cual se le creía muerto. Qué de emociones en el diálogo. El hijo vive i su madre lo acoje en su regazo. Pero la fatalidad es implacable. El caso del herido es otro crimen i la ciega justicia de los hombres aniquila a Gerio i aniquila la razón de Nunzia, dos veces mártir.

El tercer acto—solo cuatro escenas—se desen-

vuelve rápido en la noche. Es en el campo. De un lado, a la distancia, muestra su silueta el castillo; del otro se alzan las cruces del cementerio. Nunzia, la loca triste, reaparece i vela en su casucha. Dos nuevos personajes actúan ahora con ella. Búscala, confiada, Gladys Nardi: húyete, receloso, Claudio Gibson. Ella es la castellana: rica bella i tentadora. El es el extranjero, el intruso, el aventurero, a quien delata Nunzia, atraída por la seducción de Gladys, en un rapto de lucidez de su amor de madre,

Tal es el bello drama de Ciara dei Conti Bartolomei.

Ahora la fotografía de la dama.

El retrato luce su autógrafa con este pensamiento a guisa de dedicatoria: "para que pueda entender mi alma".

No siempre el vaso, por tosco o por frágil, corresponde al licor sagrado o al néctar divino. Ni el búcaro es siempre digno de la magnolia que emerge de su seno i esparsa su aroma en el ambiente. Pero la poetisa—alondra de la Liguria—sabe sin duda que su alma lírica se asoma a sus ojos i suspira en sus labios de dama joven i bella. Su imagen revela a la mujer emotiva i soñadora.

La fotografía es artística. Es gentilmente anacrónica. La tela negra envuelve i destaca el busto. Una cauda de oro—el pelo suelto—partida en dos ramas, cae sobre los hombros, oculta los brazos i baja hasta el talle, como si fuese el onduloso marco de la vera efigies.

Gentilísima!

En alguna parte he visto yo un retrato semejante. Acaso sea el de María de Magdala—la bellísima Magdalena—ya ungida por el amor i por la gracia.

1928.

ARTE I POESIA.

Ni los ceros a la derecha mientras estuvo, como Tesorero Nacional, al servicio de la Hacienda Pública, ni los ceros de la izquierda —ahora que le sirve al Gobierno, como alto empleado en la Secretaría de las cuatro carteras— han sido óbice a las emociones estéticas en las cuales ha solido ^{si} suele complacerse Julio Arredondo i Olives.

Es un síntoma de bondad i tal vez sea hereditario. Pienso, cuando tal digo, en la bondadosa criatura que le dió la vida i también le dió su bello nombre romano.

Algo he logrado percibir de sus impresiones artísticas. Hace algunos días que—frente a la inductora estatua del Descubridor—, cambiamos el saludo de costumbre i me detuve para oírle discurrir en torno de un tema colombino. Hablaba del Faro ciclópeo para ponderar el lirismo, cálido i romántico, con que Alberto Kelsey —arquitecto saxoamericano i consejero técnico al servicio de la Oficina Panamericana de Washington—había escrito las mejores páginas del programa articulado para el concurso abierto con tal motivo.

“El arquitecto—concluyó—es también un poeta”.

Yo no conocía el pliego de condiciones, loado por él con fervor emotivo, i él tuvo la fineza de ofrecerme un ejemplar de la edición española.

Tengo ahora a la vista, como testimonio de su galantería, el ejemplar ofrecido como obsequio. Es un bello volumen. Buen gusto, esmero i lujo avaloran

la edición hecha parte en inglés i parte en castellano. En hoja anexa figura el plano del sitio elegido para el emplazamiento del Templete coronado por el Faro. Es el despoblado solar nativo de la Ciudad Primada de América. Ilustran el libro catorce dibujos de motivos históricos. Entra ellos luce uno que reproduce el mausoleo de Colón i se perfila otro que es copia fiel de la escultura de Caonabo por Abelardo Rodríguez Urdaneta. En esos dibujos ilustrados, finos i esbeltos, dijérase espirituales, hai sin duda algo de la poesía que orea las mejores páginas del volumen. Este distribuye sus 70 folios—30 i 40—en dos libros. El primero se compone de tres partes con sendos temas especiales. Son estos: "Historia del Proyecto"—"Programa del Concurso" "Reglas que gobernarán las dos etapas del concurso" Comprende el pliego de condiciones.—El segundo libro se descompone en once capítulos, sobre varios asuntos conexos, i constituye un memorial de las impresiones i las observaciones recojidas a su paso por Mr. Kelsey.

En dos excursiones que hizo a través del país—la una en automóvil por la amplia red de carreteras i en avión la otra por el aire puro i diáfano—el arquitecto abarcó i contempló el panorama espléndido, a vista de pájaro i con ojos de poeta, el cual se desenvuelve, bajo el oro solar del trópico, ya en los hondos valles regados por grandes rios, ya en las altas sierras en donde cantan a coro los jilgueros i los pinos. Con una profunda emoción en el espíritu, sin duda, pudo el visitante percibir la escala de luz i de bellezas peregrinas del panorama que luego describiera.

El hace constar que sus observaciones i sus impresiones—en las cuales se complace como en un regalo de la naturaleza antillana— son "relativas a aspectos

menos obvios, pero mas permanentes, de su pasado, su presente i su futuro"—refiérese a la antigua Española— i, sobre todo, a la maravilla, el romance i la gloria del Caribe."

Pero el poeta de ritmo latino, que hai o que hubo en el arquitecto norteamericano, ha convertido sus emociones estéticas en datos i sujestiones, no menos útiles que amables, para ofrecerlos de buen grado a los concursantes de ambos mundos, como elementos de evidente valor histórico, i aún de valor psicológico, dignos de ser aprovechados, si no en la concepción, en la composición artística de la luminosa síntesis que ha de ser el monumento colombino.

El libro segundo del precioso volumen es, ciertamente, algo así como un poema descriptivo, la obra de un poeta absorto ante el prodigio del romance del Caribe que culmina en la isla predilecta del Gran Almirante.

Mucho me ha placido la lectura de las gentiles páginas escritas, con donoso estilo, por el arquitecto sajón i poeta latino. Debo decir que en ellas no faltan algunos errores o a tal vez lapsus calami. Son pocos i no es suya—del autor del memorial—toda la culpa. Sólo me referiré a dos de ellos.

No se justifica ya el aserto de que el Descubridor ocupó una celda en la Torre del Homenaje, cuando Francisco de Bobadilla, el avariento i agoista, lo hizo preso i lo remitió a España de orden del rei i bajo partida de registro. Es un anacronismo i ha sido eliminado del ágora de la historia.

Colón estuvo detenido en la Torrecilla, fortaleza erigida en una punta extrema de la banda oriental de la ría del Ozama i de la cual apenas queda el rastro, cuando aun no existía en la margen derecha del río la nue-

va ciudad de Santo Domingo, ni se alzaba en ella la augusta Torre del Homenaje.

Hispaniola—aunque así se lee en algunas publicaciones de jente no bien informada—nunca fué el nombre que tuvo la isla. El ilustre i esclarecido Primer Almirante de la Mar Océana, en honor de España i como hija primogénita de la madre patria, la denominó con un derivado de buena cepa: la Española.

Se hace mención honorífica de la Junta Nacional Colombina en relación con el Faro de Colón i con el Mausoleo de mármol i bronce que guarda las cenizas del héroe, ahora en la Catedral Primada de América. Pero los datos son incompletos. Don Manuel de J. Galván falta en la nómina de los miembros fundadores; i nada se dice de los miembros titulares o ex-officio que, en un cuarto de siglo figuraron también en dicha Junta. Tampoco se hace constar el motivo de la reorganización realizada en el 31o. aniversario de su creación como un homenaje al Descubridor en el Cuarto Centenario del Descubridor del Nuevo Mundo.

En Octubre del año 1923 sólo existía uno de los fundadores de la primera Junta Colombina, el autor de estas líneas. Este no quiso figurar en la renovada junta; i luego, en su caracter de Secretario general i permanente de la extinguida, hizo entrega del Mausoleo i a la vez del archivo i los valores en caja—dignamente auxiliado por el señor Emilio Tejera Bonetti— al Secretario de Relaciones Exteriores que asumía, ex-officio, la presidencia de la junta renovada. Esta, por sus nuevos componentes, vino a constituir una nueva Junta Nacional Colombina.

NIHIL NOVI.

AURORA es el claro nombre de una revista habanera de ediciones mensuales que ahora se halla en el séptimo año de sus salidas periódicas.

Ignoro a quien le debo el atento envío de un ejemplar que tengo recibido i lo estimo como un obsequio. Es el No. 88, correspondiente al pasado mes de noviembre, i trae un sumario promisor de un bello e interesante contenido.

Leyendo los títulos i los epígrafes, mientras hojeaba las páginas de esa revista hispano-cubana, heme detenido—no sin sorpresa—ante un inesperado título interrogativo. —Plagio?—inquire de la redacción de la revista en referencia; i expone el caso que la ha movido a hacer la reinsertión de ambas piezas literarias i a esperar lo que “el público i la crítica digan” a favor o en contra del presunto plagio.

El plagio versaría sobre dos cuentos que tienen algo de común o algo de semejante. HORA NEGRA se denomina el uno, escrito por José Heriberto López, el cual fué publicado en BOHEMIA de la Habana a fines del año 1924. CUENTO DE ODIO se intitula el otro, escrito por Alfonso Hernandez Cata, i vió la luz en LA ESFERA de Madrid en septiembre de 1927.

Acabo de leerlos de nuevo. Los he leído i los he comparado, cuidadosamente, tanto en lo que al fondo concierne cuanto en lo que atañe a la forma. Los

he leído, por segunda vez, ajeno de prevenciones de toda índole i libre de todo prejuicio, i sólo he hallado—tal como antes lo insinúo—que hai algo de común entre ellos. Consiste ese algo en la fiera pasión salvaje que señorea el espíritu enfermo de la protagonista en ambos cuentos. Torpe aberración ética—que llega a ser mental, a la vez, cuando alcanza su desarrollo máximo—desnaturaliza el amor concentrado de la madre egoísta hasta convertirlo en el odio impulsivo i ciego de la suegra celosa.

Se trata de un fenómeno psicológico generalmente conocido. Tanto es así, que es tradicional i de antiguo se le atribuye a la suegra—aunque con exageración desmedida—el egoísmo avaro, o el odio furibundo, o la voluntad perversa, cuando la esposa de su hijo, la nuera no es para aquella una hija.

Claro es que, para que esa pasión salvaje prenda, arda i estalle en el alma enloquecida de la suegra, el cuadro trágico debe integrarse con la enamorada pareja que forman la nuera i el hijo. De ahí que los personajes de ambos cuentos sean necesariamente los mismos, no en cuanto a la identidad de cada uno de aquellos, sino en cuanto al vínculo natural o jurídico que los une.

La situación creada i el proceso seguido en cada caso, sin embargo, no son los mismos. Son diferentes. Veámoslo. En el odio de *HORA NEGRA* falta el proceso psicológico en constante expresión externa. Ese odio aparece como una explosión—si nó como una síntesis—en la declaración del reo. En el *CUENTO DE ODIO* se le ve iniciarse i crecer i debordarse al fin, a la manera que un hilo de agua va aumentando poco a poco su volumen i su fuerza i concluye por a-

sumir las proporciones de un torrente. El odio, en el cuento de Hernandez Catá, es dos veces trágico: lo es por la acción cuando provoca el crimen; lo es, antes, en la mente dislocada i en el monólogo interno de la bestia humana.

Ambos cuentos difieren, además, en su introducción respectiva i en la exposición i el desarrollo del drama. Sólo en la última escena hai usado un recurso, vulgarísimo por cierto, tanto por el autor de *HORA NEGRA* como por el autor del *CUENTO DE ODIO*. Aludo al disfraz masculino usado por la diabólica suegra. Pero el desenlace se produce en ambos de distinto modo. El desenlace en *HORA NEGRA*—inverosímil en lo relativo al acomodo de las dos víctimas en el mismo lecho, el conyugal acaso, cual si se tratase de un adulterio convenido—resulta amanerado i carece de relieve artístico. *CUENTO DE ODIO*—con sólo el parricidio forjado por el odio de la víctima—pone el cadaver de la madre, como si fuese un abismo, entre la nuera inocente i el hijo parricida. El odio, tenido por infecundo, ha dado ese fruto maldito. Cuando se acaba de leer el último breve párrafo de este cuento, la emoción estética se ha trocado en temblor emotivo.

Sucede en ocasiones que hai coincidencias inesperadas, o imprevistas, en dos obras escritas al mismo tiempo o con un intervalo más o menos largo. Conozco un caso que cuenta ya medio siglo. Un amante i cultivador de las bellas letras, dominicano él, que aún era joven, compuso un drama cuya protagonista—una niña—le dió el nombre que le sirve de título: *LA HIJA DEL HEBREO*. Las preocupaciones sociales, acicate del fanatismo religioso, proporcionáronles

el tema, a guisa de combustible, a las pasiones puestas en juego en el desarrollo del drama. Eso ocurría en 1877. Dos años después llegó al país i fué conocida i encomiada una de las mejores novelas del insigne novelador i dramaturgo, prócer de la literatura española, que fué Don Benito Pérez Galdós. Me refiero a GLORIA.

El célebre autor de los EPISODIOS NACIONALES había escogido para su novela, precisamente, el mismo asunto del fanatismo religioso i de las preocupaciones sociales, que lo atizan en la hoguera de las pasiones sin freno; i las coincidencias no eran exclusivas del tema, sino que se advirtieron, además, en algunos pormenores, tanto en la novela como en el drama. El dato negativo, tal como enseguida lo expongo, ilustra el caso que ofrezco a modo de ejemplo: el novel dramaturgo dominicano conoció la novela española en referencia, cuando ya hacía dos años que había sido representado su drama; i ese drama nunca llegó a conocimiento del esclarecido autor de MARIANELA i de GLORIA, de ELECTRA i de EL ABUENO.

En el campo de las ideas, cuando el sol nada nuevo alumbra o alumbra apenas algo nuevo, el plagio ha perdido el carácter delictuoso que en otro tiempo, ya remoto, tuvo. No ha ocurrido así en el campo de las formas artísticas o literarias. En lo que al lenguaje incumbe, o sea a la locución con que se expresa cada pensamiento o una serie de proposiciones, el plagio ha conservado aquel carácter. Plagiarios son, pues, quienes hacen suya—como surjida de su intelecto i de su pluma—cualquiera obra ajena, sin alterar la forma, o apenas alterándola, i conservando en su propio molde el fondo con las mismas ideas que lo constituyen.

Cuando se es literato o escritor de justa fama o

de renombre conocido, o cuando se es maestro por la donosa péndola o por el acrisolado estilo, tal como Alfonso Hernandez Catá ha llegado a serlo en donde quiera que se hable i escriba el idioma ennoblecido por Cervantes i Jovellanos, por Bello i Montalvo, por Galván i Diaz Rodriguez, por Rodó i Ricardo Del Monte—el plagio resulta absurdo o es imposible.

Cabe afirmar—i yo lo afirmo—que los grandes escritores i los buenos estilistas nunca fueron ni serán plagiarios.

Pienso que aun podria alegarse en contra del supuesto o presunto plagio, sugerido en forma interrogativa por la estimable revista habanera, la notable diferencia que existe i salta a la vista—en lo que toca a las condiciones literarias i estéticas i a las condiciones de estilo, atribuidas a las obras de ese género—si se establece la comparación entre el uno i el otro cuento. Es evidente que el CUENTO DE ODIOSUPO—i no poco—al fácil cuento de la HORA NEGRA.

Concluyo—i lo hago al amparo de los argumentos i las razones que aduzco en los párrafos anteriores—dándoles una contestación negativa, categórica, a la pregunta formulada al respecto por la redacción de la revista AURORA:— No hai tal plagio.

1928.

EL ALMA URUGUAYA.

A Julio Lerena Juanicó.

I

Recorro con las alas del espíritu, siquier adolorido i fatigado, cada país a su turno i por temporadas breves, las tierras de nuestra América que demoran al sar del continente. Yo no olvido que en ellas hubo una cordial acogida la Embajada Nacionalista a fines de 1920 i hasta abril de 1921.

Hágalo, a veces, evocando impresiones i recuerdos de cosas que fueron i de cosas que son i perduran: i a veces me detengo, complacido, para ver i ponderar nuevos motivos de progreso o de cultura, los cuales deberían servirles de emulador ejemplo a no pocos pueblos de la misma familia indoespañola que a menudo se quedan a la zaga.

Ahora —en un lapso comprendido entre el florido mayo i el pródigo octubre— héme detenido algún tiempo más en el Uruguay i especialmente en su capital: la gentil i almada Montevideo. La ciudad costera, la del cerro épico, atalaya del patriotismo en vela, abunda en atractivos de varia índole que hanle impreso un sello, mui suyo, como forjado en oro nativo.

Aludo a su doble aspecto social i político.

No es aventurado decir —i yo lo digo— que los uruguayos han propendido, en lo que va corrido del presente siglo, a enriquecer su acervo económico, a la vez que su tesoro intelectual i artístico, i han conse-

guido armonizar, mejor que la mayoría de los países indoespañoles, el régimen de su vida social i el régimen de sus instituciones jurídicas. Cabe afirmar, pues, que el organismo i la institución —o sea la Nación i el Estado— actúan en la república oriental rioplatense con el mismo ritmo de libertad i de trabajo i con el mismo acorde de cultura i de progreso.

En los seis meses transcurridos desde mayo hasta octubre inclusive —tal como antes lo indico— menudearon en Montevideo los actos de civismo i de cultura más sugestivos i dignos todos de encendida loa i de mención honorífica. La prensa uruguaya, tanto en sus diarios políticos o de intereses generales cuanto en sus revistas literarias o ilustradas, ha puesto a excelente luz la nutrida serie de aquellos actos sociales.

Una manifestación nacional es lo primero en que se detiene la vista complacida. Celébrase, con júbilo de pueblo libre, el triunfo alcanzado por la lejión uruguaya en los Juegos Olímpicos que hubo en Amsterdam, en un concurso de escojidas falanges atléticas de varios países de ambos mundos. El alma uruguaya se hinchó de juvenil alborozo al aclamar, con patriótico orgullo, la victoria de su lejión invicta.

Hubo una serie de actos escolares. Emuláronse a porfia.

Dos conferencias reclaman mi atención i mi aplauso. Dictó la una el joven galeno Juan Antonio Collazo i discurrió, lucidamente, sobre un arduo problema biológico. Sus investigaciones, directas i originales, han despertado un interés vivísimo en los centros científicos de Montevideo. Dictó la otra un dilecto amigo mío i de la causa nacionalista domini-

cana: el Dr. Dardo Regules. Su disertación —hecha en el "Liceo Miranda", versó sobre los fines de la enseñanza secundaria. El éxito estaba previsto. Dardo Regules es orador i periodista de merecida fama. En el Parque de los Aliados hubo el 12 de octubre un acto festival espléndido. Organizólo el Club Atlético Atenas. Concurrieron varias escuelas graduadas. Fueron muy lucidos los ejercicios de gimnasia que realizaron diversos grupos escolares. Uno de dos mil niñas, uniformadas, se llevó la palma en una serie de evoluciones de ritmo varonil i femenil belleza.

Con sendos homenajes se enaltece la vida i la obra aducativa de una dama viva i el numen i la lira de oro de una poetisa muerta. En honra de Margarita Munar de Sanguinetti —maestra jubilada— se realizó el primero. En el aula magna de la Universidad se le rindió varias a la educacionista. Un album de dulces memorias— como de las hijas a la madre espiritual— da fe de su labor escolar i cívica. En elogio suyo se dijeron varios discursos. Con algunas palabras inició el homenaje el Secretario de Instrucción Pública. Lucía Piñeyro i Luisa Luisi leyeron entre aplausos su discurso respectivo. Inclínome ante la segunda. Ella es la calandria del ilustre trío fraternal que luce ese itálico apelativo.

En honor de la décima musa que fué Delmira Agustini se llevó a cabo el otro homenaje. Era el XIV aniversario de su trágica despedida del mundo en que ella no cupo.

Encima de su sepulcro cayeron deshojadas por manos trémulas de emoción las margaritas i las rosas de la ofrenda lírica, mientras Luis Alberto Gulla

decía su oración laica i Sarah Rallo leía su poema de amor i de lágrimas. Ese acto emotivo se prolongó luego en la Casa de Arte con sendos discursos de Rómulo Narro i de A. Zum Felde.

Lauros fueron las palabras de Juana de Ibarbouro. Con esos lauros ciñó la noble poetisa la lira rota de la noble poetisa muerta.

Labios juveniles, por último, desgranaron el "Rosario de Eros" maravilla lírica, como la más pura ofrenda rendida a la gloria de la décima musa del Rio de la Plata.

• • •

Das exposiciones celebró la ciudad de Montevideo en un semestre. En la Casa de Arte se abrió al público una interesante i bella exposición artística, ilustrada con algunas conferencias a gusto del auditorio. En el magnífico edificio denominado el Palacio Salvo se organizó e inauguró oficialmente la otra. Esta fué una exposición nacional de las industrias uruguayas, abierta a fines de octubre, en la cual lucieron diversas instalaciones hechas con un gusto exquisito. Por allí desfiló casi todo el país satisfecho de esa evidente demostración de su progreso, de su cultura i de su patriotismo.

• • •

Las estatuas tuvieron su turno.

En el Parque de los Aliados se alza ya el monumento erigido en honor de un patriota. El general Eugenio Garzón es el héroe. El Perú, reconocido, hizo ese regalo al pueblo uruguayo. En su tumba se colocó, además, una tarja de bronce con una leyenda conmemorativa. A ese doble acto asistieron embaja-

das peruanas i argentinas i ante la épica escultura desfilaron las escuelas militares i los cadetes del Uruguay, del Perú i de la Argentina.

El 20 de mayo se había inaugurado en el Prado otro monumento en mármol. Es una estatua sedente que representa a una poetisa no ha mucho fenecida: María Eugenia Vaz-Ferreira. El escultor Belloni firma esa obra de arte.

El discurso inaugural estuvo a cargo del Dr. Carlos M. Prando. Araceli Soto leyó el suyo en representación de la Universidad de Mujeres. La Dra. Isabel Pintos de Vidal pronunció otro discurso; i con sendas disertaciones le rindieron homenaje de amor dos de sus hermanas en el numen i la lira: Juana de Ibarbourou i Luisa Luisi. Un alto poeta, Emilio Oribe, púsole fin al acto con un canto de la suya.

Florencio Sánchez, el inductor o el precursor del teatro rioplatense, por su obra dramática reveladora del alma uruguaya, tiene ya su monumento. Encima se alzará un busto en bronce, con su vera efigies, bajo en sol de su bandera i de su gloria.

• • •

Una densa sombra de duelo nubló el 6 de julio el cielo azul del alborozo público. Ese día murió en Montevideo un alto prócer de la ciencia: El Dr. Américo Ricaldoni. Aún no había entrado a la edad vetusta. Fué un clínico i un neurólogo eminente. Fué un doctor profesor en la Facultad de Medicina i Cirugia i fundó i dirigió el Instituto de Neurología. Era un sabio i su literatura médica comprende unos cincuenta ensayos i monografías. Todos los centros sociales i todos los gremios urbanos, en Montevideo, se inclinaron reverentes al pasar su cadáver. Fué un duelo

nacional la muerte de ese prócer de la ciencia. El verbo de varios oradores, en un concierto de elogios i de emociones, hizo el recuento de sus éxitos i el justo panegirico de su vida.

Que su alto ejemplo le sobreviva!

Entro ahora al escenario de la vida pública.

La prensa diaria ha cobrado mayor auge i se mueve con mayor libertad en sus actividades cívicas. Es allí, cada vez más, una fuerza social que educa i edifica.

Continúa el tren de la política corriendo sobre la ancha vía de la democracia i continúa el ensayo de la organización mixta, en la función ejecutiva del Estado. Pero un nuevo centro, o un nuevo núcleo, de carácter político, se ha constituido dentro o tal vez al margen del partido tradicional de la mayoría. Algo que huelga?

Quizás nó! Eso pienso i lo digo porque veo figurando en ese centro —"Unión Cívica"— como prócer civil de vanguardia a un noble i grande amigo mío: el Dr. Juan Zorrilla de San Martín: el insigne autor de la "Leyenda patria", del "Poema de Tabaré" i de la "Epopéya de Artigas."

II

Como quien regresa de un viaje ideal, concluida ya la visita espiritual que hizo a la amable tierra de Artigas, de Rodó i de Varela, paseo ahora la mirada en torno mío i vuelvo a ver sobre mi mesa revuelta, en un bello desorden, a quienes han sido mis compañeros de viaje. Unos, los diarios, relatan con pormenores aquellos actos. Otros, las revistas, los ilus-

tran con magníficos fotgrabados. Abiertos están ahí los libros i las misivas. Surje del montón —no anónimo— un florilejio en prosa de sabor orientalista por su título. "Los príncipes azules" es un bello libro de primicias de un alma recién abierta a las emociones estéticas: Silvia Guerrico. Hai ahí sendos volúmenes de versos. El uno es de Franchi; el otro, de Figueira. Callorda, ministro del Uruguay en Cuba, me envía dos volúmenes en prosa. Con el uno "evoca el pasado"; con el otro expone la "idea de una liga" novomundial, americanista, tal como el genio de Bolívar la concibiera. Páginas breves, "a la deriva", forman el libro de J. Martín Ferreiro; i un caballero andante, o trotamundo, P. Minelli, va con el suyo, humorista, "por todos los caminos", sacando no pocas cosas con alma de la vieja maleta de su hermano fenecido. "Raza ciega" es el título promisor de un volumen de nueve cuentos, no más que nueve, escritos por Fco. Espínola. Son cuentos de cepa uruguaya i de alma criolla. La vida gaucha vibra en ellos. Cabe decir —a duo de almas con un mi buen amigo montevideano— que ese joven cuentista es ya émulo i será pronto dignísimo sucesor del admirado Javier de Viana.

Deténgome ante el último volumen recibido.

Como un regalo de los dioses abrese ante mis ojos un nuevo libro del orador i poeta esclarecido que es el más ilustre de la ilustre falanje de mis amigos del Uruguay. Es un volumen de ensayos sobre varios temas de arte, historia, crítica i filosofía. "El libro de Ruth" se llama, i el postrer ensayo de la serie es una glosa bíblica del casto idilio del anciano bethlemita i la dulce mohabita.

Idealismo i misticismo, a la par, iluminan las mejo-

res páginas del precioso libro. Es la voz del patriarca septuagenario —Don Juan Zorrilla de San Martín— que, desde la nevada montaña de la vida, mira hacia el cielo, escruta el horizonte i habla a los cuatro vientos del espíritu.....

Ahora hojeo el epistolario.

Son cartas bienvenidas. Proceden todas de Montevideo.

El ritmo de la cordialidad predomina en todas. En cada una de ellas la emoción alterna con las ideas. Las ideas son siempre nobles i a veces magnas. Las emociones, efluvios del alma, son éticas i estéticas. A veces, líricas. Amistad i simpatía son aves del cielo, como la alondra, i anidan i cantan en diversas frases efusivas del epistolario. Como un ánfora votiva arden algunas frases i su perfume evoca añoranzas i despierta memorias del alma. Amistad i simpatía extreman su gentileza o su cariño, al conocer algo de mi pluma o de mi lira, o al ponderar cualquiera de las flores o de los frutos caídos del árbol de mi vida, toda ella consagrada al servicio de la verdad, del bien i de la justicia en el ara augusta de la prensa, de la cátedra o de la tribuna.

Las últimas cartas recibidas por mí expresan cálidos votos de adhesión al homenaje en honra del Maestro. No haré la transcripción de sus frases: son íntimas i cordiales. Sólo evocaré los claros nombres—caros a mi afecto—de las personas a quienes aludo cuando hablo de mi visita ideal a Montevideo.

Nombrarlas es renovar las emociones que me produjo la lectura de sus cartas. Ellos: Julio Lerena Juanicó, Osvaldo Crispo Acosta, Alfredo C. Franchi, Gastón Figueira. Ellas: Carmen Izcúa de Muñoz, que alza a dos manos su alegre lira en medio al coro de los "frutos" de su "alma"; Raquel Saenz, soñadora de añoranzas, que evoca "la almohada de su sueños", en un acorde de risas i de lágrimas; i Juana de Ibarbourou, la lira de los milagros, con su "raiz salvaje" i sus "lenguas de diamantes". Ellas son las tres gracias líricas o son tres de las nueve musas que ahora señorean el parnaso uruguayo.

A Juana de Ibarbourou —la dilectísima— se le va a rendir, en la gentil Montevideo, un encendido homenaje de amor i de glorificación, no ya como a "Juana la Lírica", sino como a "Juana de América".

• • •

Concluyo i resumo lo que dejo escrito.

En todo cuanto he visto i en todo cuanto he leído —en el lapso transcurrido desde el florido mayo hasta el pródigo octubre— he vuelto a sentir el temblor sagrado i las vibraciones épicas i cívicas del alma uruguayo.....

1928.

EPISTOLARIO.

ALBA ROJA

A Vargas Vila.

Salud i paz en la lucha por el ideal i en la lucha por la vida, noble amigo!

He leído con fruición esa alba roja, de fuego i de libertad, de erguida protesta de los erectos de espíritu contra las cosas sin alma: contra los abusos, las vendimias, las explotaciones bestiales del mal llamado régimen conservador: el régimen de la fuerza bruta.

Esos, los malos, quedan, con ese libro-martillo, clavados en la picota (no profanemos la cruz) del escándalo i de la ignominia. Estos, los buenos, los apóstoles i los evangelistas, los héroes i los mártires, quedan ahí, en plena luz de libertad i de ideales, aunque truncos, como la protesta luminosa —social i cívica— en contra de todo lo que medra en la sombra, lo que se arrastra en las tinieblas, lo que se refocila en el fango de las concupiscencias cesarinas o de bajo-imperio.

I qué magistralmente trazados están esos perfiles. Los personajes del doble drama, social i político, son de altísimo relieve; están vivos, están hablando; son creaciones de arte encarnadas en el verismo i en la realidad del medio.

I cuán hermosa es la rica cuota que puso en la obra la fecunda fantasía i el estro soberano, dos fuerzas que son una, del innovador artista!

1902.

BOLIVAR.

A José Enrique Rodó.

Estimado amigo: Hoi llegó a mis manos la edición de noviembre de la interesante revista **Mes Literario**, de Coro, Venezuela; la cual, por peregrina concordancia, abre sus páginas con el estudio "la obra de Rodó", de mi sobrino Pedro Henríquez Ureña, i las cierra con "el Libertador juzgado por Rodó", de la docta pluma que ha dado **Ariel i Motivos de Proteo** a la literatura española e hispano-americana.

Acabo de leer, con serena i grata comunión de mi espíritu con el suyo, caro amigo, ese ejemplar estudio de Ud. acabado por el fondo i por la forma, i me he quedado con la visión luminosa, definitiva, de aquel varón egregio que, en la hora histórica propicia, sumó "la variedad más rica i concorde" de aptitudes i facultades en un armónico conjunto de actividades, que es la unidad característica del genio, tal como Ud. lo evoca, i del héroe, tal como Carlyle lo concibe.

Así Bolívar, en esta síntesis gloriosa: el Libertador.

Ciertamente que —según Ud. lo ve desde la eminencia de su punto de vista psicológico i de su concepto histórico— "él es ya del bronce frío i perenne, que ni crece, ni mengua, ni se muda". Pero...—"falta, todavía, que se realce el pedestal a la altura condigna..."—agrega Ud., puesta en el porvenir que se acerca la previsora mirada del pensador americanista, como quien lo interroga e invita para que anticipe al presente, aun incierto, las energías civilizadoras, de evo-

lución i de progreso, merced a las cuales se encumbra-
rá a plena luz, dominadora del espacio i del tiempo por
siglos i evos, la excelsa figura epónima de verdad, de
bien i de belleza que es Simón Bolívar.

Me ha dado Ud. una vez más, por medio de la lec-
tura de las páginas consagradas a poner en altísimo re-
lieve la vera-efigies del libertador de un mundo, un nue-
vo goce intelectual i de emoción estética que atenúa, si-
quiera en parte, el íntimo dolor de asistir al doble e i-
rrracional espectáculo que, ya en sus intermitentes con-
vulsiones internas, ora en sus torpes diferendos exter-
nos, ofrece al mundo, a modo de vulgar mentís al réji-
men jurídico de cada pueblo constituido i a la solidari-
dad internacional de los mismos, la mayoría de las re-
públicas insulares i del continente; cuando deberían
todas levantar los robustos hombres i el corazón ente-
ro, en fraternal emulación de nobilísimo esfuerzo de
razón i de voluntad, para dar a Bolívar el grandioso pe-
destal que Ud. ha previsto en sus anhelos de magna ci-
vitas ibero-americana.

Esos son también los míos, mi estimado amigo, i
;ojalá que la gran voz que, desde las cumbres en donde
se destaca el óptimo genio de América, así despierta a
los dormidos i llama a los rehacios, para cristalizar en
un bloque hemisférico de ideas i de acción común el
pensamiento fundador del estadista i el sueño civiliza-
dor del héroe, ni clame en el desierto ni se pierda en el
vacío!

1912.

SEMBRADOR DE IDEAS.

A Enrique José Varona.

Mi mui distinguido amigo:

Sucesivamente he tenido el gusto de leer sus dos amables cartas a mí dirigidas, referentes al docto dominicano don Manuel de Monteverde: la una, autógrafa, del 3 de diciembre; la otra, pública, del 11 de ese mismo mes e inserta en **El Figaro** habanero.

Agradézcole sobre modo la benévola atención que usted ha tenido conmigo, a ese respecto, i dóime por satisfecho con los datos que me suministra en abono de su dicho i del alto concepto en que tiene usted al prócer intelectual dominico-cubano.

Al decirle yo que aquí no se le conocía, claro es, referíame a la ignorancia en que hemos vivido acerca de las varias fases luminosas de su espíritu i de las obras debidas a su ciencia o a su donoso ingenio literario. Ni **El Plantel** ni **La Gaceta**, recordados ahora por usted como exponentes de la cultura i la labor de nuestro paisano, salvaron nunca el canal para venir a tierra quisqueyana; i **El Fanal** —en donde algo mío, de valor escaso, se publicó hace unos ocho lustros— solía visitar-nos, mui de tarde en tarde, cuando lo dirigía Fabio Freire, hace poco fenecido.

Tampoco he tenido ocasión de leer el libro de Calcagno —al cual pone usted, u opone, algún reparo de sana crítica— aunque en ocasiones lo haya visto citado dentro i fuera de Cuba.

Ah! las dos islas hermanas estuvieron mucho

tiempo, algo más de media centuria, como vueltas de espaldas —la una de la otra—, roto en apariencia el vínculo de familia que las unía dentro del régimen colonial de España, no obstante que la antigua Española, le hubiese dado a Cuba, en tres exilios selectos, sendos núcleos de intelectuales. De ahí, sin duda, la ignorancia en que, por lo común, se vivía en Santo Domingo respecto de la vida mental i estética del pueblo cubano. Apenas sí sabíamos de algunos pensadores i maestros, como don José de la Luz i don José A. Saco, i de los poetas mayores, como Heredia i la Avellaneda. Era reducido el número de los que conocían a Plácido, Milanes, Fornaris, Teurbe, Mendive, Luaces, Palma.....

Con la última legión de emigrados dominicanos —entre los cuales iba un adolescente, Nicolás Heredia i Mota, futuro prócer de las letras— i a partir de la lucha iniciada en Yara, cuando, a su turno, Cuba halló en Santo Domingo hogar i cariño para sus emigrados, prodújose un cambio mui favorable. Dijérase que, ahora de frente, se daban las manos para atar de nuevo el vínculo roto i ponerse al habla, cordialmente, como les cumplía i cumple hacerlo a dos hermanas: las primogénitas del mundo colombino. Entonces fuimos lectores, a ratos, de su prensa. **El Triunfo**, **El País** i otros diarios habaneros nos daban las pulsaciones de su vida política; **Revista de Cuba**, la de Cortina, el malogrado tribuno, i **Revista Cubana**, sucesora de aquella, la de Varona, el pensador i poeta, ambas selectísimas, nos daban a conocer el grado máximo de la cultura ambiente.

Así se les vió, aún más unidas, desde la salida épica de Montecristi. Martí i Máximo Gómez, no son un mero símbolo, sino la encarnación representativa de dos almas en una: la de Cuba i la de Quisqueya,

Menteverde fué, en el Camagüey legendario, un sembrador de ideas. Otros dominicanos, dentro i fuera de Cuba, han sido, en grados diversos, iluminadores i obreros de la patria cubana: de la República cordial, con todos i para todos, como la quisieron i fundaron los dos eximios próceres.

Que la generación actual, en ambas, se oriente i avance al porvenir con el legado de amor i justicia que, en el ara augusta, depusieron en su día los patricios, los próceres, los héroes de Cuba i de Quisqueya!

DE ESTETICA.

A Rafael Estrada.

Distinguido amigo:

Bajo un sobre certificado recibí, ha pocos días, tres ejemplares de un fascículo que versa "Sobre los Estudios Estéticos".

Uno de ellos luce una amable dedicatoria "al maestro de juventudes hispánicas", como homenaje del joven esteta costarricense. Gracias por la doble galantería.

Otro inscribe, en el reverso de la carátula, el nombre del escritor cubano Chacón i Calvo, estimado amigo mío, acaso por error cometido en el despacho. Ese se lo devuelvo, sin demora, por si Ud. lo necesita para remitírselo a Madrid, España, en donde él reside como secretario de la legación cubana.

He leído, en horas de silencio, propicias a ese género de lecturas, los doce párrafos contenidos en las treinta páginas que informan su interesante estudio.

No conozco sus dos volúmenes de versos "Huellas"

i "Viajes sentimentales" que, por incompresión, o por reacción de ciertos espíritus rehacios a renovaciones o a nuevas orientaciones, parece que alzaron una polvareda como para echarle tierra en los ojos a quienes apacentasen la mirada en el campo lírico cultivado por el poeta.

Mas no necesito haber leído sus poemas —los cuales leería como dádiva de su lira— para apreciar el vuelo libre de su psiquis en el espacio inmensurable que es la estética.

Renovarse es atributo de cuanto existe i es vivir en el devenir incesante del espíritu hacia el ideal insible que es la tierra celestial, o el cielo prometido, para el pleno goce de la verdadera vida: la de la verdad i la belleza.

Felicitole por su obra.

1926.

BREVIARIO CIVICO.

Excelente amigo mío:

Ya leí —o releí en cuanto al mayor número de esas viriles i nobles páginas— ese como breviario de civismo, escrito por usted a fuero de periodista i de cubano, que ha venido a enriquecer la serie de sus volúmenes én pro del nacionalismo i en contra del imperialismo.

Un alto i altivo espíritu —que trasciende en cada una de sus páginas— remueve, abona i ahonda esos "surcos de redención", trazados i abiertos por su pluma de diarista sin tacha i sin miedo.

No son surcos nuevos.

Son los surcos iniciales —los de Aguilera, Céspedes i Agramonte; los de Martí, Gómez i Maceo— abiertos i abonados con ideas, con sangre, con heroísmo, por lo común abandonados, u olvidados, con dolor i angustia de Sanguily, de Varona, de Cisneros i otros próceres insignes de Cuba libre: Son los surcos del patriotismo en vela. I su libro, estimado amigo, es como un índice inductor bajo la viva claridad de la estrella scintilaria.

Felicítote por su obra i agradézcole la amable i gentil dedicatoria que avalora, aún más, el ejemplar recibido como regalo de su afecto.
1926.

“AL AMOR DEL BOHIO”

A R. Emilio Jiménez.

Estimado amigo:

Creo que fui yo el primero que le estimuló —de viva voz i en algún párrafo epistolar— a recojer en un libro las páginas volanderas que hoi forman el volumen de “Al amor del Bohío”.

Mi pésimo estado de ánimo —mi desasimiento de todo por falta de incentivo en todo— no ha sido óbice a la lectura, aunque a trechos, de un buen número de las tradiciones i costumbres que ya conocía.

I lo felicito. Es el suyo un libro de éxito, aunque siempre sea poco el éxito económico, porque las cosas con alma proceden del pueblo i porque la referencia es exclusivamente de la pluma i la mente del tradicionalista. En su libro no se nota, como en otros que andan por ahí, que el escritor se ha ceñido a reproducir los

sucedidos o los hechos tal como se lo contaron i cualquiera lo cuenta. "Al Amor del bohío" es un libro —no copiado— tomado del medio social, i en el cual se ofrece viva i activa la psicología urbana de los barrios, en el Cibao i en otras comarcas del país dominicano, en días pretéritos; o, con las costumbres que perduran, en los días que corren fuera o al margen de otras corrientes urbanas pseudo-exóticas.

Renuevo mi feccilitación i releo, conmovido, las líneas de la amable dedicatoria.
1927.

DUARTE EN EL CIBAO.

A Joaquín G. Ortega.

Es prima noche. E iba a escribirle para darle la enhorabuena por el cívico propósito de erigir allí un busto conmemorativo del Fundador eximio, cuando recibo un telegrama de Ud., anunciador de la instalación de la Junta Erectora i de mi elección como Socio de Honor de la misma, en atención a los "merecimientos que tengo contraídos con la patria que Duarte fundó".

Agradézcoles esa demostración de noble simpatía —que Ud. llama "veneración" i "respeto"— i doile al cívico proyecto la viva adhesión patriótica que siempre le he dado a toda iniciativa que concurra, honestamente, a honrar i enaltecer al más alto espíritu, al más consciente, al más puro, al más desinteresado, al más ejemplar, al más sugestivo, de cuantos fueron los próceres Trinitarios i Febreristas, que actuaron bajo su inspiración i su jefatura desde el 16 de Julio de 1838 hasta el 27 de Febrero de 1844.

Bien hace esa ciudad en progreso, bien hace esa promissora provincia, en justificar por tal manera que merece el preclaro nombre con que se la ha distinguido. Bien ha en alzar, como el más noble i el más alto símbolo del nacionalismo sin mancilla i de la mayor extensión en el sacrificio épico, el busto representativo del Fundador de la República.

Renuévoles mis fecilitaciones i mi agradecimiento.

1927.

DUARTE EN PUERTO RICO.

Al Sr. Presidente del Concejo Municipal de San Juan, Puerto Rico.

Mui señor mío:

Todo homenaje rendido al prócer perilustre, alma fundadora i sin mancilla, que fué el eximio dominicano Juan Pablo Duarte, es para mí motivo selectísimo de una profunda emoción nacionalista i de otra no menos profunda de reconocimiento como dominicano. I también como antillano.

Así las he sentido ahora, cuando he sabido, por un cálido telegrama del digno cónsul de la República en esa ciudad capitalina, el rasgo de interantillanismo realizado por ese ilustre Ayuntamiento al dictar una resolución para darle el preclaro nombre del Fundador egregio a una calle de Santurce.

Con esa doble emoción escribo esta carta para dar a ese Concejo un voto de simpatía por el suyo en amor i honra del alto prócer Fundador de la República Dominicana.

1928.

LA BANDERA DE YARA.

A Manuel Sanguily i Aristi.

Mi querido amigo:

En mayo recibí su nuevo valioso regalo: el opúsculo relativo a la Bandera de Yara. En seguida lo leí con el vivísimo interés que me inspira cuanto concurre a edificar el alma cubana i, a la vez, el alma dominicana.

Su opúsculo es dos veces bello: por el fondo i por la forma. Yo seguía, atento i conmovido, la elucidación de ese tema espiritual, nacionalista, i por algunos periódicos iba conociendo el proceso que debía conducir i condujo al cabal esclarecimiento del punto controvertido. Su opúsculo, estimado amigo, ha dicho al respecto la última palabra i ha formulado el voto decisivo. La bandera de Céspedes, hecha por Candelaria Acosta, la misma que ese prócer preclaro desplegó al viento en La Demajagua i tremoló en el templo de la épica Bayamo, al recibirla de manos de su gran teniente el general Luis Marcano —el adalid dominicano— es la que ocupa sitio de honor, como una santa reliquia, en el testero de la Cámara de Representantes, en la capital de Cuba, i bajo cuya égida se emiten las leyes en nombre de la República.

Esa es la auténtica. Con documentos i con datos fehacientes i con razonamientos de una lógica irrefutable ha demostrado usted —luego de esclarecer, a luz plenaria, el proceso histórico que acompaña a la gloriosa enseña— que esa i no otra es la bandera auténtica: la victoriosa bandera de Yara.

Candelaria Acosta —la venerable viejecita, Cambula, que es otra reliquia cubana— llegó luego a la Habana i, en acto público de edificación cívica, reconoció "su bandera" i la ungió de nuevo con su grito de alborozo, con su afirmación categórica i con sus besos i sus lágrimas efusivos.

• • •

Leyendo su opúsculo, he creído, en más de una ocasión, que el espíritu del padre i prócer insigne vibraba, con un mismo ritmo de ejemplar civismo, en el espíritu i en la pluma de su noble hijo. Es la lei de la herencia que en usted se cumple. El hijo honra a su padre i es honra de Cuba.

Con esa emoción mental i afectiva quedome pensando en mi grande amigo muerto i en mi buen amigo vivo. I, por ambos, sigo pensando en Cuba: ia de mis viejos amores.

1928.

ACCION DE GRACIAS.

A la Sociedad de Amantes de la Luz.
Santiago.

Señor Presidente:

Mis amigos i consocios:

Por amor i por deber me place i debo expresaros por escrito, como lo hago ahora con esta carta, el fácil discurso en acción de gracia que esperábais de mí, sin duda, i que una intensísima emoción de luz i sombra, subyugadora, me vedó desenvolver al final de aquel acto de homenajes i de ofrendas —sin precedentes en los

fastos de la vida social dominicana —con el cual se ponderó, *ex-abundantia cordis*, mi obra de enseñanza i edificación ética, mental i cívica, enalteciéndola, i se me colmó de honores i de cariño.

Paréceme sentir aún i respirar el plácido ambiente de cordialidad i de afecto, fragante i cálido, que me envolvió en su diáfano velo, luminoso, aquella noche única, inolvidable, de exaltaciones del alma nacional en vela, abierta, como la mía, a las más nobles i más puras efusiones del espíritu.

Aun me parece que siento latir, en un solo ritmo con el mío, el fuerte corazón de esa ciudad dos veces épica, —donde vibra amenudo el magno corazón de la república— en cada gesto, en cada pensamiento, en cada emoción i en cada palabra de elocuencia máxima o de óptimo lirismo.

Aun me parece hallarme sumergido en aquel mar de ondas cerúleas —que fue un remanso para mi alma en duelo— formado por la atracción simpática de los legionarios de cultura i de civismo, que integran la asociación meritísima de los *Amantes de la Luz*, con un auditorio numerosísimo, no menos adicto que selecto, el cual sobrepasó las previsiones del optimismo i los anhelos del férvido entusiasmo que a todos los poseía.

Mis amigos i mis discípulos:

Yo querría deciros hoi, con el alma en la pluma con que escribo, cuán hondo i sincero ha sido i es mi reconocimiento, en el recogimiento de mi espíritu, i cuán intensa i grata ha sido i es la satisfacción de mi familia agradecida, en todas las ramas del antiguo roble ibero-hebreo, caído en edad nonagenaria, por la serie de actos festivos realizados bajo vuestro generoso pa-

trocenio i en amor i honra del Maestro; mas echo de ver que mi alma, florecida de rosas como un ánfora votiva, se me quedó en la ciudad clarísima de los hidalgos caballeros i las damas gentilísimas, aquella noche única de las maravillas del verbo i de la lira i de los milagros del civismo, noche de estrellas en el cielo i en las almas, i que permanece allá todavía, en medio de mis discípulos i mis amigos, sin desasirse del alma nacional evocada por todos i por mí mismo con temblor sagrado.

Yo me diré feliz, en la última jornada de mi viaje por el mundo, legionarios de la cultura i del civismo que sois los amantes de la luz, si la glorificación cívica de mi obra i de mi vida, que el país acaba de hacer en aras de la Patria, inicia una nueva ruta i le da una nueva orientación a la juventud en marcha i si ésta culmina, por su propio esfuerzo de voluntad i de razón i de conciencia, en la cima augusta del ideal trinitario por excelencia: el ideal nacionalista; el ideal antillano i el ideal indo-ibero-americano.

Mis discípulos i mis amigos i consocios:

Os tiendo mis brazos trémulos de emoción, con ambas manos abiertas, en actitud de abrazaros i de bendeciros.....

Ciudad Primada

Octubre 4 de 1928.

MENSAJE ESTETICO

A Juana de Ibarbourou
Montevideo.

¡Ave, Poetisa!

La Cuna de América i Primada de las Indias —la Española i Colombina— va hoi hacia tí, en las alas de su noble espíritu, ansioso de belleza i templado al sacro fuego de tu numen lírico, con la ofrenda floral i votiva de su simpatía mental i de su emoción estética.

Hacia tí va, en un vuelo del alma dominicana, i a tí llega en buenhora para detenerse, complacida, en medio de las cohortes de intelectuales que te rodean i te aclaman, fervorosas, en el paraninfo de la ilustre Universidad de Montevideo—ahora convertida su aula magna en ágora i parnaso— mientras a la excelsa muséida se le ciñe a las sienes el lauro apolíneo, como Juana la Lírica, i todos le rinden pleito-homenaje al proclamarla Juana de América.

¡Ave, Poetisa!

A nombre i representación de diversos centros sociales, universitarios i escolares —todos ellos admiradores entusiastas de la apolónida uruguaya— te he traído el mensaje cordial, gentilísimo, con el cual una nutrida legión de intelectuales dominicanos se adhiere a este acto festival interamericano, celebrado por

cariño i en honra tuya, como testimonio perenne de que el cetro de la poesía —el del parnaso femenino de nuestra América— luce como un tirso florido en las manos líricas de la egregia cantora de Raíz Salvaje i de Lenguas de Diamante.

¡Ave, Poetisa!

He venido hacia tí, en un rayo de la luz solar dé la memoria del alma, desde la ciudad histórica i legendaria del Ozama, como mensajero i heraldo de Quisqueya, i le he pedido a la Fama su clarín de oro, su clarín sonoro, para anunciar i difundir el gran concierto polirrítmico que se alza hoi del uno al otro extremo del mundo indohispano —i es un celeste himno de laudes i de gloria— en honor de su lira maravillosa, dádiva de Apolo, i por amor a Juana de Ibarbourou, la dilectísima, consagrada i aclamada en Montevideo como Juana de América.

¡Ave, Poetisa!

Beso tus manos rítmicas i pongo en ellas, con este mensaje estético, los telegramas, las tarjetas i las cartas autógrafas, expresivas de sendos cálidos votos de simpatía i de adhesión al lírico homenaje, en los cuales vibra por tí i en tu loor el alma dominicana.

¡Dios te guarde, Juana la gloriosa, museída de la tierra épica de Artigas i la tierra ática de Rodó, i décima musa de nuestra América Española!

Ciudad Primada

Febrero 10, de 1929.

INDICE.

Páginas	Folios
Concepto de la Crítica.....	3
El Sueño de una Virgen.....	6
Ciencia i Poesía.....	9
Duarte en la Trinitaria.....	15
Oyendo la Melodía.....	17
El Día de las Almas.....	19
El Fonógrafo	23
Plagio	27
Copos de Espuma.....	30
Nupcial	34
Post Núbila	35
Perfiles	36
Crítica al vuelo	38
La Dolores	42
Vera efigies	46
Pincel i Lira.....	48
Triunfos cubanos	49
El Tenorio en Italia.....	51
Marta	54
Voz del Cielo.....	58
Monólogo	60
Ex-corde	62
Evoc	67
Brindis de Salas.....	69
Dulces memorias	71
Educando	79
Etica i Estética.....	83
La ciudad muerta.....	86
Artista	90
Rasgo	94
Corrente cálamó	96

Páginas	Folios
Al margen de una conferencia.....	100
Amor al Maestro.....	102
Fugaz aurora	105
Edificando	107
Arte i Civismo.....	110
La Leyenda de Judas.....	114
De la Vida.....	117
Aeronáutica	121
Hatuei en la hoguera.....	126
Pensando en Cuba.....	128
Bolívar i Olmedo.....	130
Al rededor de un tema.....	134
Al margen de la vida.....	139
Acción cívica	144
Lira rota	149
Poema	154
Arte i Nacionalismo.....	155
La Rábida	159
Hostos	165
Otra vez en la Rábida.....	167
La Bella Italia	170
Arte i Poesía.....	175
Nihil novi	179
El Alma Uruguaya.....	184
Epistolario	193
Mensaje estético	207

